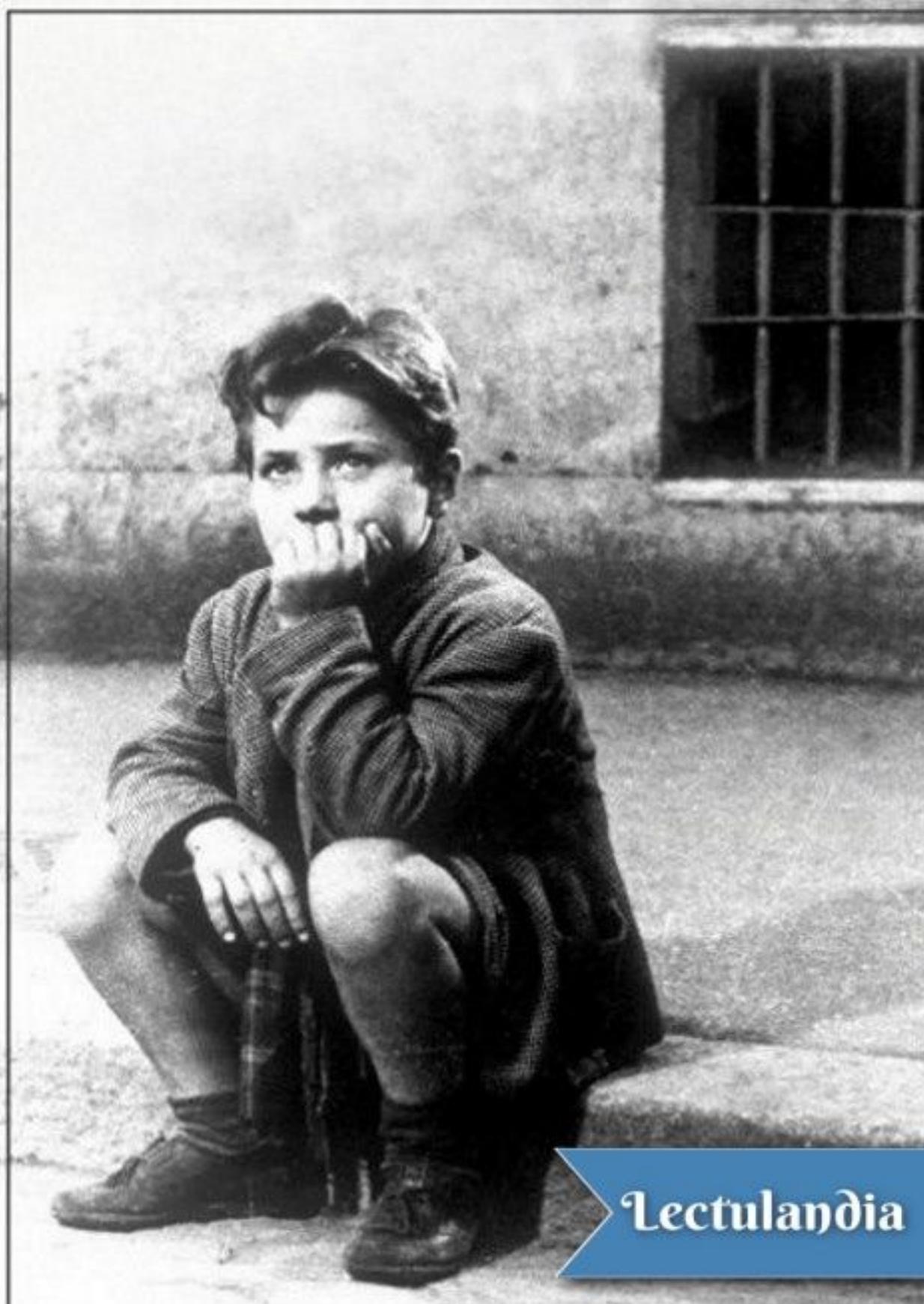


Luis Mateo Díez

La gloria de los niños



Lectulandia

Un niño de las posguerras, uno de esos niños de la orfandad y la supervivencia es el protagonista de esta novela que nos devuelve tantas imágenes de la actualidad y el pasado con la mirada de la infancia desamparada.

Un niño heroico que asume las tareas que corresponderían a los mayores, que recibe la encomienda del padre moribundo para buscar a sus hermanos, y que en la decisión de encontrarlos y recogerlos encuentra el destino de su responsabilidad y el cometido de su inocente existencia.

La aureola de los cuentos populares tiñe de emotividad y patetismo una historia llena de resonancias neorrealistas y picarescas, de sugerencias oníricas y expresionistas, en la que la ternura y el humor nutren una aventura llena de sorprendentes hallazgos.

Lectulandia

Luis Mateo Díez

La gloria de los niños

ePub r1.0

Titivillus 23.04.15

Título original: *La gloria de los niños*
Luis Mateo Díez, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



www.epublicbre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

Para Joni Val Toledo, que vino de Changchun.

La encomienda

—Ahora, hijo mío, es algo muy importante lo que te queda por hacer antes de que vuelvas a casa, aunque ya sabes que en casa no hay nadie o que, si es verdad lo que cuentan de los derrumbamientos de Larmina, puede que ni siquiera exista.

Las palabras del padre orientaban el camino de Pulgar, como si en la encomienda se estableciera la dirección que debería seguir sin que llegase a comprenderla, ya que Pulgar se había acercado a la cama del Hospital de Misericordia como el niño perdido que no sólo quiere encontrar lo que busca sino recibir el amparo que necesita, antes de que se le ordene el recado al que todos los niños siempre suelen estar dispuestos.

Pulgar llegó al pie de la cama de su padre, después de infinitas vueltas y revueltas, cuando ya el cansancio le había hecho esconderse en el hueco de las escaleras, mientras volvía a subir y a bajar las distintas plantas, recorriendo una y otra vez con el mayor cuidado las Salas del Hospital que, al fin, semejaban la oquedad de una enorme cueva.

Hubo un momento, cuando más extraviado se sentía, en que vio a un hombre en pijama que venía por el pasillo. El paso vacilante impulsaba al hombre a tender la mano en un vano intento de sujetarse que todavía le proporcionaba mayor inseguridad, y cuando Pulgar se le acercó como un temeroso lazarillo el hombre dio un respingo y se sujetó en él.

—¿Quién eres, chaval, qué buscas? —le preguntó, con la respiración entrecortada de quien está haciendo un gran esfuerzo.

—A mi padre... —reconoció Pulgar.

—Pues llévame poco a poco y no tengas prisa. Hazme este favor ya que el mayor consuelo del herido es llegar sano y salvo al retrete. ¿Tú serías capaz de calcular los pasos de este pasillo desde el extremo de la Sala de la que vengo?

—No lo sería... —confesó Pulgar, que sintió la mano del hombre como una garra que se aferraba temblorosa a su brazo.

—Son doscientos veintiséis. La herida del costado los va contando según se resienten los puntos. De los trece hay tres infectados, y son los que más escuecen.

Caminaron penosamente en la dirección que el hombre decidía, mientras la luz de la tarde declinaba tras los ventanales que sumaban la rala penumbra que Pulgar ya había percibido en otras estancias del edificio, donde los corredores daban a algún patio interior o los cielos abovedados sumían la oscura humedad que salpicaba un

reflejo cenital.

—A los niños os engaña cualquiera... —dijo el hombre, deteniéndose un momento y hablando con mucha lentitud—. Los padres ya no existen como tales en estos tiempos en que todo está echado a perder, no te equivoques. Ahora vas a decirme cómo te llamas, y luego me esperas sin moverte. Tienes que devolverme otra vez. Los doscientos veintiséis pasos son mi mayor deuda. El retrete es el principio y el fin de mis preocupaciones. La herida no cicatriza por culpa de la metralla. No oí tu nombre...

—Pulgar...

Regresó en seguida, con el mismo paso vacilante.

El pasillo concentraba en los ojos de Pulgar la sinuosa distancia en el interior de la cueva y renovaba el temor y el cansancio, como si ya el azar fuese el único requerimiento de aquel extravío que le hacía desfallecer, aunque pervivía una fuerza interior que sustentaba sus diminutas energías.

Eres de esos niños que tienen el don de la resistencia, le decía su Madrina cuando en las sucesivas noches en que Pulgar iba a velarla, después de la desaparición del marido y la muerte de sus dos hijos en el frente de Espudia, permanecía sentado en la cama como si fuese capaz de administrar un sueño que se contraponía con el más desasosegado de ella, en la proporción en que el sueño de Pulgar no necesitaba siquiera que reclinase la cabeza, apenas el murmullo de una inconsciencia premeditada para acompañar el llanto de su Madrina, la expectativa de su dolor.

Encontró la cama del padre cuando ya comenzaba a pensar que lo que le había dicho el hombre del pijama de que las razones para buscar a cualquiera en el Hospital podían resultar tan engañosas como inapropiadas, ya que el edificio ofrecía tanto desorden como sufrimiento: un interior intrincado que acrecentaba el temor y la confusión.

El hombre desapareció en la Sala correspondiente y apenas hizo un gesto de advertencia antes de irse, señalando con el dedo índice de la mano derecha el cartel que indicaba con letras borrosas la Sección de Desahuciados que Pulgar no logró descifrar.

—Ahora, hijo mío, ya te digo, que es algo muy importante lo que tienes que hacer antes de que vuelvas a casa...

Era su padre y estaba en la Sala más vacía de cuantas había revisado, en la cama más

lejana, en el rincón más extremo de ese desorden que con el sufrimiento podía destilar una atmósfera de suciedad y fiebre.

Eres un niño que siempre anhelas las cosas buenas, le decía su Madrina, y el mayor pesar que tengo es haber perdido las fuerzas para levantarme ahora mismo y hacerte un pastel.

—La única persona del mundo capaz de encontrarme... —musitó su padre, cuando Pulgar se acercó a la cabecera de la cama y observó unos instantes aquel rostro macilento que mantenía la boca abierta y en cuya barbilla, más afilada que nunca, crecían unos pelos desperdigados e hirsutos.

El mayor

Cada niño estaría en un sitio porque los hermanos habían sido repartidos entre los vecinos que huyeron del Barrio bombardeado, y la encomienda del padre trataba de dar cumplimiento a lo que hubiera suplicado la madre, si en el trance de una lejana mañana la bala perdida de alguna escaramuza no la hubiese abatido en mitad de la calle.

Los tres niños habían quedado solos en casa, obedientes a la orden de la madre de no moverse hasta que ella regresara, y Pulgar había salido muy temprano para dedicarse a la rebusca, en la que invertía el tiempo de acuerdo a la fortuna de los hallazgos, día a día más costosos y aventurados entre la competencia de quienes hacían lo mismo.

Lo que Pulgar había aumentado era la destreza para moverse entre los escombros y las basuras y el instinto para orientar la búsqueda, como si el valor de lo recuperable entre las ruinas y los desperdicios necesitase de una atención previsor, o de la mirada a la que su Madrina se refería mientras ella cerraba los ojos enfermos y encarecía el brillo de los avispados ojos del sobrino.

Eres de esos niños sagaces y despiertos, decía doblando la cabeza en la almohada, que tienen la viveza de los bichos más listos. Ya sabes que en el Bosque, como en la vida, hay que administrar muy bien lo que se quiere y lo que se necesita. Eres un niño del Bosque...

—Yo sé que tu madre nos hubiese pedido eso, que es lo más importante que ahora debes hacer... —musitó el padre, y la dificultad de las palabras alteraba la respiración y las dotaba de la reseca resonancia de los estertores—. Hay que saber que están bien atendidos y, sobre todo, si quienes los tienen querrán seguir haciéndose cargo de ellos. La mayoría de los vecinos que huyeron de Larmina se fueron a la Citeria.

Pulgar se inclinó sobre la boca de su padre.

Escuchaba la voz como un eco y tuvo la sensación de que las palabras surgían con la necesidad de la sed, como si la garganta contuviese arena.

Reaccionó en seguida, convencido de que ésa era la necesidad más urgente, algo que parecía el motivo más inmediato no ya del sufrimiento de su padre sino también

de la frustración que acabaría causándole la imposibilidad de decirle lo que quería y enumerar los recados, sabiendo que su hijo era un niño obediente.

En la Sala el silencio también encontraba alguna resonancia en la oscuridad, que se descolgaba lamiendo las escamas de los techos y las ronchas de los zócalos, sin que quedase otro murmullo de la enfermedad que el que rezuma del vacío cuando las sombras logran adueñarse de las respiraciones.

Pulgar caminó entre las camas.

La doble fila resultaba interminable y en ninguna mesilla descubrió un vaso o una jarra de agua. No se fijó en los bultos que ocupaban los lechos. Las mantas pardas cubrían los mismos volúmenes de aquellos cuerpos que más que acostados estaban escondidos con la única salvedad de algunos pies desnudos que delataban la intemperie del prófugo.

Escuchó el goteo de un grifo y se guió afinando el oído hasta llegar a él. Llenó una jarra, se hizo con un vaso y regresó al lado de su padre, no sin antes percibir el movimiento de algún reclamo, como si más allá de los pies que rebasaban las mantas alguien estuviese soñando con el mismo frescor del vidrio con que aplacar la sed de la fiebre.

—Nada más te puedo decir... —musitó el padre, que había sorbido el agua del vaso con tanta avidez como dificultad, y Pulgar observó que los labios se cerraban con la misma presión de los ojos para abrirse en seguida con el ahogo y la lágrima que podían indicar el doloroso alivio de la sed, lo que el barro enturbia en la herida del estómago—, pero no olvides que eres el mayor y en quien depositamos la confianza.

Pulgar hizo el intento de levantarse, entendiendo que lo que acababa de escuchar no sólo era lo último que le diría su padre, también la despedida.

La costumbre de los recados acentuaba el resorte de su cumplimiento al recibirlos, y en esa responsabilidad cifraba Pulgar lo que su diminuta conciencia esclarecía.

Era el mayor pero la edad no determinaba ninguno de los sentimientos con que, desde siempre, había asumido las obligaciones. La edad resultaba la señal fortuita de quien vino el primero pero no marcaba otra distancia con sus hermanos que la espontaneidad de saber cuidarlos o, cuando los tiempos comenzaron a ponerse extremadamente difíciles, la disposición de ayudar a la subsistencia, velando porque en la madre no recayeran más apremios de los debidos o que la desaparición del padre no fuese la causa definitiva del desamparo.

La despedida le llenó de desazón.

La duda era lo más temido en la voluntad de Pulgar, ya que las resoluciones habían forjado una capacidad inmediata para decidir sin que hubiese otra alternativa que el cumplimiento. Eres de esos niños que nunca justifican sus caprichos porque se avergüenzan de tenerlos, decía su Madrina. La duda indicaba un desánimo que Pulgar asumía tembloroso.

Miró el rostro de su padre, ahora más empequeñecido entre las sombras que devoraban aquel rincón, y sintió que el silencio reconvertía el miedo sin que lograra comprender lo que pasaba, más allá de la indecisión entre irse sin mayor dilación o volver a sentarse en la cama para acompañar a su padre por si, de algún modo y a pesar de la advertencia, todavía tuviera algo más que decir.

Entonces recordó el cuerpo tendido de su madre en medio de la calle, la gente agolpada, los gritos de amenaza y súplica entre los que corrían, mientras todavía se oyeron otros disparos, y decidió marcharse.

El grifo goteaba en medio de la Sala.

Un viento de humedad y ruina parecía haber levantado todas las mantas de las camas que dejaban a la intemperie los cuerpos desnudos de los enfermos.

El pañuelo morado

Esa imagen del cuerpo tendido de su madre en medio de la calle alcanzaría con el tiempo, en los recuerdos de Pulgar, una insistencia que fue vaciando el contenido de algunos sueños en que la madre le visitaba con la intención amparadora de quien viene a velar al hijo que duerme, después de los trabajos y las tribulaciones de cada día.

El sueño adquirió una consistencia reparadora en aquellos tiempos en que Pulgar afrontaba tantas obligaciones: la dependencia de lo que tenía que resolver sin que el pensamiento interfiriera en la voluntad ni hubiese razones para detenerse a decidir lo que la encomienda marcaba como un destino, ya que la conciencia de Pulgar apenas existía al lado del instinto, que era el que alimentaba el acicate de las necesidades y resoluciones.

Un bicho del Bosque no alivia la inquietud con la determinación con que resuelve la subsistencia o, como podría decir la Madrina: el niño que eres tiene el arrojo que acaso no tenga el hombre que puedas llegar a ser, porque el niño es más poderoso que el hombre. Ni la experiencia ni la sabiduría son las armas del valor. La necesidad es una fuerza que hace especialmente valerosa la inocencia.

De esos sueños benignos se benefició Pulgar y, además, la propia necesidad del reposo, el desgaste que derrotaba la actividad y preocupación de tantas horas, como si en el límite de la jornada ya no quedase otra opción que la de esconderse igual que hubiese sido preciso en el Bosque, alentó la reiteración del sueño en que la madre velaba su descanso. Era una suerte de impetración o súplica, de oración atendida en la paz del durmiente.

La necesidad recrió la costumbre, un arma que fortalecía esa capacidad del valor con que Pulgar abría los ojos cada mañana, tumbado en cualquier sitio, a veces impulsado por un primer esfuerzo casi extraordinario para desentumecer el cuerpo, o controlar el temblor del frío que se le había incrustado como una piedra en el vacío del estómago.

Podría decirse que esa bondad del sueño encaminaba la espera de la madre, como si la costumbre de la espera se hubiese transformado en la solicitud o llamada que ella jamás desatendía, al menos hasta que Pulgar creció, y el tiempo desactivó aquella

aureola de la ensoñación en la que la madre estaba a su lado, con la voz o la caricia con que el hijo se sentía suficientemente reconfortado, igual que cuando en los primeros años de su vida reposó en sus brazos.

Fue el tiempo, y con él la edad, quien restituyó el recuerdo del cuerpo tendido en medio de la calle, lo que Pulgar vislumbró en la mañana en que regresaba a casa, tras la poco afortunada rebusca, y entre el tropel de la gente y los gritos y el eco de otros disparos, se resguardó en un portal y mantuvo cerrados los ojos mientras las manos aferraban contra su pecho el hatillo de la recolección, y un temblor incontrolado comenzaba a estremecerle, no ya con la alerta del peligro que en tantas ocasiones le había sorprendido, sino con la sospecha del pañuelo morado con que su madre cubría la cabeza desde el día en que decidió raparla con el mismo tesón con que lo hizo con él y sus hermanos.

No se atrevió a moverse.

Los ojos de Pulgar se abrieron con igual temblor que el resto del cuerpo.

La gente siguió gritando.

Los requerimientos se hicieron más desesperados y sólo por un instante, o al menos en la mínima fracción de tiempo en que una mirada es suficiente para corroborar la más cruel presunción, el pañuelo y el cuerpo desmadejado en el suelo imprimieron la consistencia de lo que Pulgar guardó en la memoria como el dispositivo que la edad accionaría.

El sueño de la madre aplacó al hijo en aquellos años más difíciles de la orfandad, y luego lo apesadumbró en el futuro, cuando del sueño desvanecido se derivó el recuerdo en el que el aliento y la ternura acabaron entregando lo que de veras el dolor obtiene en la violencia de la muerte.

El perro

—¿Eres uno de esos chavales que se han quedado solos o te echaron de casa porque sobrabas?... Lo que me quieras contestar me da lo mismo, en ningún caso voy a negarte un cacho de pan y un poco de vino.

La voz llegaba tan cercana como el aliento del perro que husmeaba y cuyo hocico sintió Pulgar como una caricia húmeda pero no complaciente cerca de la rodilla.

—Vengo de Misericordia, donde está mi padre.

—Un sitio para quedarse. El que tiene la cartilla en regla y encuentra una cama, ya sabe dónde acabar. Yo jamás pude.

El perro llegó con el hocico hasta las manos frías de Pulgar, que se había incorporado al oír la voz.

—Es un animal inofensivo, no le hagas caso. Nombre no tiene, pero las intenciones son siempre las mismas que las carantoñas. Si quieres quedártelo...

Había una luz velada en el chamizo, casi insuficiente para distinguir al hombre que hablaba y percatarse de la figura del perro, que se movía inquieto.

La mañana podía abrir una ranura entre los tablones que cerraban las ventanas, pero Pulgar no fue capaz de hacerse una idea de la hora.

Los ojos le escocían con las legañas, el sueño lastraba un despertar apurado, aunque tenía la sensación de llevar ya un rato despierto y con los ojos cenados.

—Este chamizo no es el mejor refugio, nadie entiende que se mantenga en pie, pero al lisiado que no es capaz de ir más lejos no le queda otra alternativa. Si viniste de noche no te oí, y el perro husmea pero no sabe ladrar. Digo que es inofensivo por no decir que es bobo.

Pulgar aceptó el pedazo de pan y lo mojó en el vino que el hombre le ofrecía en la lata en la que había vertido media botella.

El vino estaba frío y el pan duro, el estómago se resintió con la acritud que restregaba su vacío, y Pulgar se dio cuenta de que por lo menos habían transcurrido veinticuatro horas sin probar bocado, el tiempo del largo merodeo hasta subir al Hospital y recorrer incansable las estancias que sumaban la misma confusión al abandonarlo.

—Por Misericordia me dejo caer de cuando en cuando... —dijo el hombre, que

sujetaba la lata en las rodillas—. La cartilla del que acaba da la ocasión o el descuido. También se comercia. El mayor despilfarro es el difunto documentado. No permitas que tu padre se vaya sin habértela cedido. Los niños no se hospitalizan pero un pariente en malas condiciones lo tiene cualquiera. Es un consejo gratuito, chaval, lo mismo que te ofrezco el perro.

Pulgar comprobó que el hocico del perro alcanzaba la mano en que sujetaba el pan mojado, le lamía los dedos.

—¿Y qué te dijo?... —quiso saber el hombre, mientras alcanzaba la botella y vertía más vino en la lata, sin que Pulgar comprendiera.

El perro llegó a lamer el pan que Pulgar sujetaba en la mano, y el hombre se percató y comenzó a increparle y lo apartó de un manotazo.

—Inofensivo y cochino. No ladra, olisquea. La poca raza lo hizo pobre de espíritu, pero acompaña, eso está garantizado. ¿Dónde puede ir que más le valga?... Te lo vas a quedar, alguna maña sabrás enseñarle, yo ya no tengo humor.

El estómago de Pulgar comenzaba a reposarse y poco a poco agradecía el pan mojado en el vino que masticaba pausadamente antes de ingerirlo.

—Lo que te dijo tu padre, si es que algo te dijo y te apetece contarlo. Ni el pan ni el vino te los voy a cobrar, Dios me libre de créditos y deudas. No soy un hombre de Misericordia, porfío por serlo pero no voy a lograrlo. La cartilla de un muerto es el salvoconducto de un vivo. En cualquier caso, la más improbable y mayor contradicción.

—Mi padre me manda buscar a mis hermanos... —musitó Pulgar, y en la encomienda de la voz arenosa con que su padre le había requerido resonó el estertor, y por un instante recordó la figura postrada y le acometió la duda de haberlo dejado antes de tiempo, como si la despedida todavía no se hubiera producido.

El perro regresó a su lado, se aposentó arrimando la cabeza a sus botas.

—Los padres, los hermanos. Las familias deshechas, los hogares destruidos. No me quejo de estar más solo que la una. La vida la repartí conmigo mismo, aunque toqué a poco. ¿Dónde vas a encontrarlos?...

Pulgar acarició la cabeza del perro, que alzó el hocico agradecido.

—Los recogieron unos vecinos. Mi madre había muerto, mi padre estaba desaparecido.

—Bebe algo, deja de mojar y bebe. La mañana está fría, el otoño cuando se pone serio le pierde el respeto al tiempo, no me parece que andes muy abrigado. Si un hombre al que le queda menos que los que nada tuvieron, puede aconsejarte algo, cuenta conmigo. Lo poco es gratis.

Pulgar observó cómo el hombre recogía la lata que le entregaba después de beber unos sorbos de vino que le recalentaron el estómago, y se ponía de pie con mucho esfuerzo, tal vez evidenciando aquella condición de lisiado a la que se había referido.

—Cuida de ti, chaval. Mira por lo que eres y por lo que necesitas. Los malos tiempos no tienen por qué hacerte malo, pero tampoco bondadoso. Se puede compartir un poco de pan y vino, pero la miseria es mejor no compartirla. Uno mismo ya es demasiada carga...

La Citeria

La niebla del otoño quemado fue lo que más dificultó el camino de Pulgar hacia la Citeria de Borenes donde, entre todas las orientaciones y rastros de aquel pasado cercano en que comenzaron a producirse los derrumbamientos de Larmina, el Barrio en el que vivía su familia, quedaba la indicación de un éxodo inmediato, la huida de algunas de las familias que en la Citeria habían previsto la acogida, también el conocimiento de ese Barrio extremo menos devastado que ninguno y donde los avatares de la ciudad sitiada fortalecieron cierto intermitente refugio, hasta que la Contienda finalizó.

El otoño quemado supuraba la humedad de un humo que se mezclaba con el hedor de las ruinas.

Lo que en Borenes duró más tiempo que en ninguna de las ciudades cercanas, a pesar de que los dos ríos que la circundaban refrescaban la atmósfera desde las riberas con el mismo caudal que precedió al asedio, fue ese olor de brasas salpicadas que ardieron bajo la lluvia con la combustión de los cuerpos y los enseres: el humo de la niebla como el aliento funerario y las briznas que el viento siguió llevando igual que la mácula de las esquelas que jamás tendrían nombre.

Ese Borenes funerario que Pulgar no percibía, ya que su olfato estaba acostumbrado a todas las variantes del hedor y el humo en la repetición diaria de sus rebuscas durante tantos meses, surgía ahora, en la media mañana, como el mismo fantasma del pasado al que su memoria no logró distinguir, tal vez porque, como le decía su Madrina, sois los niños quienes con más pureza miráis la vida, sin que los presentimientos y los malos sueños os la roben.

La dificultad de la niebla era la dificultad del camino, la desorientación para no perderse en aquellos tramos finales, cuando había que abandonar la carretera y encontrar el sendero que sorteaba los desmontes hacia el noroeste de la Citeria, en el punto más alto del Barrio derramado con su extraña superficie de casas de una planta que se apiñaban en diversas aglomeraciones, igual que si hubieran rodado desde el alto y unas con otras hubiesen entrechocado en los sucesivos asentamientos.

El perro seguía a Pulgar.

El hombre del chamizo le había azuzado, cuando Pulgar se fue alejando, dispuesto a correr en algún momento para que no le alcanzara.

—No es una obra de caridad... —le encareció el hombre que, a todas luces, quería adjudicárselo—, sino de compañerismo. El mejor amigo, el más fiel y el más inofensivo. Conviene que los inocentes os echéis una mano.

No le fue posible despistarle.

El perro mantenía una distancia discreta y en el momento en que Pulgar se detenía quedaba quieto, expectante. Luego, cuando Pulgar abandonó la carretera y se internó por el sendero que sorteaba los desmontes, hubo una ocasión en que se sintió perdido entre la niebla, que había ganado más intensidad. Se detuvo, la humedad le hacía tiritar, apretó los brazos contra el pecho. Fue entonces cuando se percató de que el perro se había acercado a sus botas y mordía los cordones como si quisiese desatarlos o tirar de ellos.

El perro no ladraba, como había dicho el hombre, emitía un gruñido apenas audible, pero con su merodeo parecía requerir a Pulgar para que le siguiese.

—No te digo que sea mudo... —opinó el hombre—, pero labia no tiene y, sin embargo, lo que quiere se le entiende.

Le guió como si la niebla no enturbiara ni el instinto ni la intención, de modo que Pulgar se dio cuenta de que el bicho sabía el camino en que estaba interesado y, además, logró llevarle por el conducto más rápido y menos costoso.

La Citeria de Borenes se envolvía en la misma niebla de la que apenas destacaba el hilo roto de alguna chimenea. No era posible distinguir el Barrio entero en los agrupamientos del declive, apenas el deslizamiento de los tejados con los rotos de la uralita y las tejas desencajadas entre el musgo y las plantas silvestres.

El perro alzaba el hocico, probablemente predispuesto a aceptar el agradecimiento por su trabajo.

Pulgar tuvo la intención de acariciarle la cabeza, pero se limitó a acercar su bota al vientre, que el perro lamió.

—Un bicho sentido, eso puedo asegurarlo. La carantoña la agradece como la piedad.

La rebusca

La desolación que impuso con el tiempo el recuerdo de la madre muerta sobre el sueño benefactor de aquella imagen que le acariciaba mientras dormía y hasta, en ocasiones, lo mecía en los brazos como si hubiera recuperado el calor de la ternura más temprana, tuvo alguna previsión en los sentimientos de Pulgar mientras alcanzaba las primeras casas de la Citeria, como si en el cumplimiento de la encomienda que le había hecho su padre existiese alguna culpa que debía saldar.

Los tres niños permanecían en la casa, más obedientes que asustados, todavía sin comprender que la madre no regresara, aunque los días iban demorando lo que poco a poco se transformó en un viaje entre la confusión de lo que podía haber sido una huida o un abandono.

La idea de la muerte no interrumpió la expectativa, porque ni siquiera el hábito de la misma formaba parte del conocimiento de los niños.

La muerte no era un suceso que pudieran evaluar, ni apenas se relacionaba con la ausencia, sólo con el llanto o los destemplados gritos de un dolor que les asustaban más por la estridencia que por el sentimiento.

—Mamá se fue... —decía Ninfa, y los gemelos, que tenían la costumbre de ir tras ella por el pasillo, asentían como si el grado de comprensión fuese suficiente para entender que nada extraño significaba aquello, y el hecho de que la madre se hubiera ido iba a solventarse en el momento más inesperado con su vuelta.

Ninfa era una niña alegre y entretenida, que siempre tenía algo a lo que dedicarse, como si las pocas cosas que había en la casa, los muebles, los objetos, los enseres, le suscitaban una imaginativa inclinación, suficiente para que el tiempo discurriera sin otras preocupaciones.

En los juegos siempre recababa la participación de los gemelos, que se sometían a lo que les proponía con una disciplina llena de entrega, como si la voluntad de Ninfa contribuyera a que el recado de la madre de que se portaran bien se administrara en su nombre sin tener que nombrarla.

—Se fue y cuando vuelva nos quiere ver quietos y guapos —advertía Ninfa, que tenía la costumbre de limpiar con el pañuelo el morro de los gemelos, lo único que les molestaba.

Era Pulgar quien regresaba, unas veces con el hatillo más colmado y otras sin que la rebusca hubiese dado resultado alguno, aunque en tales ocasiones se arriesgaba a distraer una fruta en algún puesto del Mercado, para lo que no había adquirido la mínima habilidad y en cuya acción padecía el mayor nerviosismo.

—¿No va a venir? —era la pregunta habitual de Ninfa, que se alejaba discreta de los gemelos para formularla.

—No se sabe —contestaba Pulgar escueto.

—Entonces, si papá tampoco vuelve, ¿estamos solos?

—Estamos juntos... —decía Pulgar, lo que probablemente acabaría entendiendo Ninfa como algo parecido a la necesidad de que los gemelos siguieran bajo su vigilancia y que en las ausencias de Pulgar no existía ningún peligro, ya que la garantía de que estaban juntos, como él aseguraba, no era otra que la de su regreso.

El hermano mayor jamás iba a fallarles, y en la costumbre de la niña se instaló aquella convicción, sin que en ningún momento la duda la angustiase, aunque alguna vez bajaba al piso de una vecina o recibía cariñosa la visita de otra, y entre el ir y venir de las gentes del inmueble, con el trasiego a que daban pie los temores de los derrumbamientos, siempre alguien se interesaba por ellos.

A Pulgar le sobrevino la inquietud de una incierta deuda en el cumplimiento de la encomienda porque, en el tropel de ocupaciones y la medida de las responsabilidades, que asumía confusamente cuando el cansancio o el desaliento lo rendían demasiado lejos del Barrio de Larmina, y se le hacía imposible volver a casa a dormir con sus hermanos, sentía la indefensión y la amargura de la desobediencia.

La mañana que volvió, después de tres días y tres noches en que tuvo que esconderse, porque la pandilla con la que en ocasiones compartía la rebusca en los vertederos fue perseguida y diezmada con algunas detenciones, el inmueble de la vivienda familiar había sido desalojado.

—Los niños los repartieron... —supo después, y entre las únicas noticias que llegó a tener de su padre, las que tiempo más tarde le permitieron saber que estaba internado en el Hospital de Misericordia, también había una indicación de ese reparto, del que él, que había estado encargándose de los hermanos, no se había podido enterar.

—Alguien podrá decirte quién se los llevó... —opinó el hombre que trajo a Larmina las noticias de Misericordia, un quincallero que había perdido la mano derecha en la explosión de una bomba enterrada en un solar, y que reconoció a su

padre con otros vecinos y camaradas.

—Mi padre mismo... —pensaba Pulgar cuando alcanzaba las primeras casas de la Citeria—. Aunque no sepa los nombres de los que se los llevaron, mientras me quedé escondido sin poder estar a su lado para atenderlos.

El perro ya no caminaba delante de él, venía a sus espaldas con esa prevención que más se parece al temor que al cuidado.

El enano

En la casa también había entrado la niebla.

La puerta estaba entornada y la chica que le indicó que en ella vivían unos refugiados de Larmina no fue capaz de recordar ningún nombre, pero sí pudo asegurar que era un matrimonio con una mujer mayor, lo que para Pulgar resultó suficiente. Alguien que puede ser un hijo viene alguna vez, dijo también la chica, pero no me parece que viva con ellos, viene y se marcha.

La niebla posaba la humedad. La casa no parecía habitada.

A veces en la memoria de Pulgar se detenía un detalle de sus correrías, el olor de la hoguera apagada, la llama del carburo, el rastro de las brasas entre las vías cuando pasaba el Hullero.

La humedad denotaba un vacío que la niebla iba envolviendo, la misma presunción de tantas estancias abandonadas en las casas donde ya no quedaba nada que rebuscar.

Se movió por el pasillo, atisbando las habitaciones desiertas, algunas estaban amuebladas y en la cocina se amontonaban los cacharros en el fregadero.

—¿Ya viniste?... —inquirió una voz al final del pasillo, y el vacío dificultó la decisión de Pulgar para acercarse a la puerta de la última habitación.

La abrió con cuidado, presintiendo que la niebla era la coartada de la desorientación, lo que iba a justificar aquella errada dirección en el interior de una casa que nadie se había tomado la molestia de cerrar.

La anciana estaba en la cama, embutida bajo las mantas y la descosida colcha, con la cara como una máscara de barro cocido reposando en la almohada.

—No eres Fido.

—Soy Pulgar.

La vieja tosió. Tenía el pelo blanco muy rapado, unas enormes orejas y la prominente barbilla pegada al embozo.

—Pulgar de pulga. No sé si eres un niño que yo conocí o el enano del Circo Malabares. Los ojos se llenan de fantasías con las cataratas.

—Soy el hijo de Loza y Samuel. El mayor.

—No me engañes, el mayor nunca puede ser el más pequeño, apenas te distingo. Eres un niño de muy poca enjundia. No se te aprecia.

Pulgar se acercó a los pies de la cama. La vieja hizo un esfuerzo por alzar la

cabeza.

—Anda, anda, no me entretengas, no estoy para contemplaciones. Si viene Fido le dices que la madre de su mujer se cansó de esperar. La gracia de Dios se reparte gratuitamente y yo ya tengo la precisa. Cierra la puerta que el aire no me conviene...

Pulgar cerró la puerta y volvió a los pies de la cama.

—Usted es doña Comba y yo soy Pulgar, el hijo de Loza y Samuel. Soy el mayor, no la engaño. Vivíamos en Larmina, en el portal de al lado. Usted me recuerda porque algunas veces acompañaba a mi tía Lidia, que cosía en el Barrio. Lidia era hermana de mi madre.

—En el Circo Malabares he visto yo, fíjate bien lo que digo, perillán, a un mosquito asustar a una fiera. Y en ese mismo Circo se desnucó el malabarista y murió arrastrada por el caballo la amazona que se llamaba Maladina. No me enojas con asuntos que no me convienen. Esa Lidia sería costurera, pero en Larmina cualquiera sabía hacer un ojal. Yo misma corté el traje con que se casó mi marido.

Pulgar observó el rostro contrariado de la anciana.

—Mis hermanos, que son tres, se quedaron solos en la casa. Mi madre murió, mi padre estaba desaparecido y yo andaba buscando lo que podía cuando desalojaron el edificio. Ya recordará que en Larmina había muchos derrumbamientos. Busco a mis hermanos.

La anciana movió inquieta y todavía más contrariada la cabeza.

—El cuento que menos me gusta de cuantos cuentos me contaron o conté, que son bastantes. No me cabe la menor duda de que eres el enano. Y te voy a decir una cosa: por mucho que te disfraces, te huelo las intenciones. No me parece que un Circo sea el mejor sitio para que un niño se haga hombre.

Pulgar se apoyó desanimado en los barrotes de la cama.

La anciana había cerrado los ojos. Los labios se movían sin que ninguna palabra saliera de ellos, apenas un murmullo que podía parecerse a la monotonía del rezo.

—Vete y déjame en paz... —ordenó la anciana abriendo un ojo, volviendo a cerrarlo y continuando el murmullo.

Pulgar caminó hacia la puerta, la abrió sin mucha convicción. La niebla se deslizaba por el pasillo como una serpiente que fuera depositando las escamas mojadas.

—Había dos niños gemelos... —escuchó, como si la voz resonara en el sueño—. Dos bocas pequeñas tienen mayor necesidad que una boca grande, la intención de tenerlos juntos no era buena porque no era posible. Esos niños no son la sal de la vida ni el

premio de la consolación ni el acervo de la piedad. Los niños son la pobreza. La vida los quiere como la desgracia los necesita. Igual desgaste.

—¿Quién los tiene?... —inquirió Pulgar, y vio que la anciana abría los ojos y hacía un gesto airado volviendo el rostro sobre la almohada.

—Vete, enano. Yo me quiero morir con la conciencia tranquila. Nada me interesa desnucarme o que me arrastre un caballo.

La taberna

El perro había desaparecido del mismo modo que el Barrio existía borrosamente entre la niebla y, sin embargo, Pulgar no tuvo muchas dudas para caminar por el declive enumerando las casas sucesivas que formaban el primer agrupamiento.

Había un poste metálico del que se desprendían los cables como si alguien los hubiese cortado y algo más abajo el transformador y la primera de las siguientes casas, que se destacaba con el desprendimiento de la uralita que hacía más peligrosa la techumbre.

Un letrero indicaba el nombre ya ilegible de la taberna y en el cercano desmonte lateral vislumbró Pulgar el hoyo que acumulaba los desperdicios hasta donde había llegado alguno de los días menos afortunados de la rebusca. Hacia ese lado se podía seguir una arriesgada pendiente por donde se atajaba hacia la línea ferroviaria y por el camino de las vías acercarse a la Estación, aunque aquella ruta estaba muy controlada por las mujeres que recolectaban el carbón que esparcían los trenes mineros y, más de una vez, los intrusos habían sido insultados y perseguidos.

El perro estaba a la puerta de la taberna y el hombre que apoyaba el codo del brazo derecho en el mostrador vuelto hacia él, sujetaba una copa en la mano derecha y tenía una colilla apagada en la comisura de los labios.

—Si es tuyo, mejor te lo llevas. El establecimiento no admite bichos... —dijo el hombre, escupiendo la colilla.

—Ni es mío ni sé cómo se llama... —reconoció Pulgar—. Me sigue desde hace un rato.

—Los bichos pegajosos suelen estar enfermos. Yo tuve un periquito que acabó amargándome la vida con mi mujer. Caprichoso, mimado, con más arrumacos que los que necesita la novia melindrosa. O ése o yo, tuve que advertirle. La sangre no llegó al río porque de pronto comenzó a pelarse, se le fueron cayendo las plumas una a una hasta que quedó mondo y lirondo.

El hombre se volvió hacia el mostrador como si ya no tuviera nada más que decir.

Pulgar se mantuvo indeciso, mientras el perro acercaba el hocico a su bota.

—Busco a la gente de Larmina... —dijo Pulgar.

—El establecimiento ya no tiene dueño. Las existencias se las quedó el parroquiano de turno, cada cual lo que buenamente quiso abonar. Algunos seguimos viniendo a consumir lo nuestro, pura costumbre.

—Algún vecino se llevó a mis hermanos...

—Refugiados y huidos hacen la vida parecida. Vienen y se van. Unos se esconden, otros merodean. Los niños son todos iguales.

Pulgar se había acercado al mostrador.

—Una copa no te ofrezco, a la Santa Infancia hay que respetarla. La cosa que más coraje me dio de cuantas en la vida llevo vistas fueron tres críos borrachos tirados en la vía del tren. Se habían roto las botellas en la cabeza unos a otros. Media gaseosa sí te puedo ofrecer...

Pulgar aceptó, el hombre le sirvió después de dar la vuelta a la barra.

—No eres de la Citeria, ¿verdad?...

—Soy de Larmina. Mis hermanos son dos gemelos y una niña. Los vecinos se los repartieron cuando los derrumbamientos. Estaban solos. Mi madre muerta y mi padre desaparecido.

El hombre liaba un cigarro.

—Me parece que los que quedan de Larmina, porque aquí no para nadie, el que viene y puede en seguida vuelve a marcharse, están abajo, en las casas del reguero. A la Citeria de Borenes la salvaron la penuria y el barro, quiero decir que la perdonó la guerra porque una bomba vale más que toda junta. Pregunta en las casas de abajo.

Pulgar se dispuso a marchar.

—Acaba la gaseosa.

—Gracias... —musitó.

—Y llama al chucho, déjalo que entre. No vamos a discriminar a un perro sin dueño. Además, voy a decirte una cosa, según lo miro más cuenta me doy de conocerlo. Ese perro es del Barrio, y alguna deuda tiene aquí pendiente. No sólo los hombres somos culpables, con los animales se condesciende más de lo debido.

—Es un perro que no sabe ladrar... —dijo Pulgar, pasándole la punta de la bota por el vientre.

—Ni el periquito volvió a cantar. Desnudo, arrecido, acobardado. Pajaritos fritos, chico. ¿Cuántos gatos has visto en Borenes en los últimos tiempos?...

Los gatos eran los bichos más recelosos y, entre las cuadrillas de la rebusca, se distinguían los cazadores, sin duda los más desalmados, generalmente los mayores de todos y los únicos que estaban armados con unos palos que en la punta tenían incrustado un gancho.

—Conejo y gato... —dijo el hombre—. La necesidad consigue que el estómago no desconfíe de nada, el gusto no es el atributo del hambre. En el frente comíamos roedores, y si no fuese una forma de perderle el respeto a mi mujer, debería confesarte que el periquito asado estaba de rechupete.

Perdido

—Esas seis casas que asoman al reguero son las últimas y las más insanas... —le indicó una mujer, que subía con mucha dificultad sosteniendo un bulto desmesurado en la cabeza—. No sé si queda alguna habitada. Los que vinieron de Larmina se metieron en cualquiera, pero el reguero lleva la suciedad del Barrio, sólo tienes que olerlo...

La niebla se deshacía y en el panorama de la hondonada los perfiles de Borenes asomaban como si la lejanía fuese mayor en la frontera de las choperas y la opacidad de los dos brazos con que podían adivinarse los surcos de los dos ríos abiertos en las vegas aledañas.

Una ciudad que no acababa de alzarse en la bruma vegetal, que no parecía crecer desde el asiento en el que el espacio urbano sustentaba la edificación, como si todo en ella contribuyera a reprimir ese esfuerzo concentrado que unifica lo que en las villas antiguas parece un puño que se cierra en el interior que salvaguardaron las murallas.

Pulgar miraba esa lejanía, y como en casi todas las ocasiones en que tenía que ir más allá de lo que hubiese sido razonable, cuando la rebusca se hacía infructuosa, comenzaba a sentir que no sería difícil perderse o que el regreso a Larmina podría sumirlo en la confusión.

Hubo una tarde en la que se internó por los huertos de la ribera del Urgo.

El invierno y el abandono hacían muy dificultosa la posibilidad de rescatar algunas patatas, unos nabos, unas coles o unas berzas.

Cavaba con un palo afilado, cortaba lo que podía con la navaja que tenía mellada la hoja.

Estaba muy entretenido en aquella operación cuando alguien dio una voz y en seguida percibió el vértigo de algunas piedras rozando su cabeza. La voz contenía una amenaza aterradora, y Pulgar tardó un momento en reaccionar, como si en la desproporción de la amenaza y el insulto no lograra percatarse de que se dirigían a él.

Comenzó a correr cuando la piedra le alcanzó en la espalda, un dolor inesperado que le cortó la respiración y le hizo vacilar hasta casi perder el equilibrio. Todavía otra piedra le pasó rozando la cabeza y los gritos, cuando ya corría desesperado, crecían y aumentaban con la inmediatez con que el perseguidor va ganando terreno, mientras el perseguido se desorienta con parecida angustia a la de las caídas en el sueño, en las que el miedo colma el límite del desamparo.

No tuvo conciencia de lo que duró la huida.

Había abandonado los utensilios del trabajo, el hatillo con la menesterosa recolección, la navaja de la hoja mellada que tanto apreciaba.

No fueron el cansancio ni el desaliento los que le hicieron detenerse tanto tiempo después, tampoco la sensación de que ya no le perseguían.

Fue el temor de haberse perdido.

Ése era el secreto habitual en las correrías de Pulgar, cuando andaba solo o cuando se sumaba a alguno de aquellos grupos de rastreadores que procedían de barrios distintos.

Miraba la ciudad en la distancia y no sabía ubicar la dirección de Larmina.

Entonces la fuerza con que su diminuto corazón palpitaba en la carrera no era muy distinta a la de las angustiosas palpitations con que de pronto comenzaba a pensar que ya debía volver, y la duda contrariaba la expectativa de hacerlo del modo adecuado.

Es un Barrio escondido, pensó Pulgar.

Su conocimiento de Borenes se ampliaba en las incursiones diarias, pero la ciudad no le ofrecía referencias muy seguras. Los niños del Barrio no tenían la costumbre de abandonarlo y la mayoría de ellos alcanzaban la adolescencia en las primeras salidas.

Nunca estuvo tan perdido como aquella tarde.

La ribera del Urgo, cuando caminaba remontando el curso del río que las aguas opacas del invierno adensaban en la profundidad, no parecía encaminarle sino irle distanciando, como si la imagen que Pulgar se hubiera hecho de los cursos circundantes del Urgo y el Nega, a uno y otro lado de la ciudad, escoltando en la mayor separación los barrios derramados, no se correspondiese con el orden geográfico.

Pulgar estaba equivocado, y, al igual que en tantas otras ocasiones, perdido.

Tuvo la idea de volver sobre sus pasos, intentar orientarse hacia el huerto donde le habían agredido, repensar desde allí el posible camino del Urgo, la dirección que hubiese recorrido, pero en seguida desistió.

La noche se le echó encima y hasta la mañana siguiente, después del sueño apresurado en un ruinoso corral, cuando la debilidad y el dolor de la espalda derrotaron la entereza con que todavía no cedía al desánimo, no logró orientarse.

La idea del Barrio escondido también le reconfortaba.

No soy de ningún sitio que podáis saber, contestaba complacido a algunas de las preguntas de aquellos compañeros ocasionales, que con frecuencia alardeaban de la importancia de sus barrios, siempre más imperativos que la propia ciudad de la que sin remedio formaban parte.

Borenes no existía en el arraigo de sus vidas.

La ciudad tardarían en conquistarla quienes se lo propusieran, tal vez como una aventura ajena a la posesión que de ella fuesen haciendo con el precario compromiso de la subsistencia a que aquellos tiempos difíciles les habían conducido.

Mundo

El reguero llevaba la suciedad del Barrio, y Pulgar no tuvo que acercarse a él para darse cuenta de la situación de las últimas casas. El hedor delataba el vertido final de un precario alcantarillado que tenía rotas las conducciones de los sumideros.

—No llames porque nadie te va a abrir... —le dijo un hombre joven, que acababa de salir de una de las casas y cerraba la puerta con llave, dispuesto a irse.

—Busco a los de Larmina... —musitó Pulgar.

—Es que no queda nadie, por eso puedes ahorrarte la llamada, chaval. El que más aguantó fue un mes. Yo guardo aquí cuatro cacharros.

El hombre se iba, dando un rodeo para evitar el reguero. Pulgar dudó un instante pero el perro se adelantó como si le incitara a seguirle.

—De ese bicho debes deshacerte, no es la mejor compañía.

—No es mío.

—Es de un muerto. La mala sombra la tiene ganada porque de la desgracia del dueño no supo avisar. Los perros fieles demuestran su condición cuando son necesarios.

—Viene detrás de mí.

—Pues no lo consientas.

Pulgar hizo un gesto para ahuyentar al perro y el hombre, que llevaba un saco a la espalda, alzó el brazo para amenazarlo.

—¿A quién buscas de Larmina?

El hombre apenas se detuvo un instante, luego continuó caminando con pasos muy decididos, de modo que a Pulgar le costó alcanzarlo y mantenerse a su lado.

—No sé... —dijo el hombre después de escucharle sin demasiada atención—. Con tantas familias como han pasado por el Barrio en los últimos tiempos, lo más complicado es acordarse de los niños de unas y otras. Y menos de los que trajeran recogidos, que claro que los había. Aquí ya no vas a encontrar un rastro fiable. De los nombres que dices ninguno me suena, y esa mujer de arriba que reconociste tiene la cabeza averiada y no sé quién la cuida. Yo gemelos nunca vi, y niños que vinieran no queda ninguno. En estas casas del reguero hubo unas chicas y dos matrimonios muy mayores.

Se iba.

El límite del Barrio confluía en un desmonte no muy pronunciado por donde el

camino se borraba con los arrastres para en seguida recobrar una forma menos desfigurada, en el tramo hacia la carretera comarcal que conducía a Borenes.

La niebla continuaba deshaciéndose y la figura del hombre comenzó a tomar velocidad, como si los pasos crecieran en su decisión, hasta que de pronto se detuvo, se volvió y le hizo una seña a Pulgar con parecida indicación a como antes había intentado asustar al perro.

Pulgar corrió hacia él y también se dio cuenta de que el perro le seguía, aunque respetando cierta distancia.

—¿Sabes dónde está el Poblado de Colma?... —le preguntó el hombre.

—No.

—En las obras que están haciendo de Regiones, cerca del Ejido. Algunos de los que marcharon de Larmina fueron allí. Es una pista.

Pulgar le dio las gracias. El hombre había descargado el saco y le miraba.

—No se me ocurre otra cosa... —reconoció—. Aunque ahora que lo pienso, también hay una familia refugiada de Larmina en un bajo de la Calle Cedero, en el siete o el nueve, cerca de la Plaza Ramadán. Yo me muevo mucho, chaval, compro cachivaches y hago chapuzas. Si tuvieras alguna dirección, preguntar no me cuesta...

El perro estaba al lado de Pulgar.

—En esa Plaza hay un Bar que se llama Corinto. Paro bastante en él, y si de algo me enterase podía dejarte razón. No se me ocurre otra cosa. Me llamo Mundo.

—Yo Pulgar.

Echó el saco al hombro y dio unos pasos.

—No consientas que ese perro vaya contigo... —dijo, torciendo el gesto—, puede darte mala suerte. Un perro no huye hasta que al amo, muerto o herido, lo rescatan. Salió como alma que lleva el diablo, y ni siquiera había ladrado bajo los escombros. Es un bicho aborrecido.

Las miradas

Desde muy pronto supo Pulgar que existían algunas obligaciones familiares que le correspondían a él.

La condición de ser el mayor se establecía sin que precisara ninguna consideración: Ninfa era la niña alegre y avispada que seguía a su madre como portadora de cualquier novedad de los gemelos y, al tiempo, cuidaba de ellos sin que los pequeños, más allá de un llanto imprevisto o la mínima reyerta de un capricho, complicaran su compañía.

Entre Pulgar y Ninfa había una relación de absoluta complicidad en las labores de la casa, aunque la edad de Ninfa no fuera suficiente para discernir lo que las responsabilidades significaban, pero el instinto de la niña y la sensibilidad para captar lo que Pulgar transmitía por indicación o delegación de la madre eran suficientes para activar su conducta.

La madre era una mujer silenciosa, y de la medida de ese silencio en seguida tuvo Pulgar la percepción de su dolor, no ya lo que proviniera de la enfermedad, pues se trataba de una mujer sana y esforzada, sino del propio sufrimiento a que la vida la hubiese reconducido, sin que ni los detalles ni los secretos de su destino pudieran ser conocidos por él, todavía un niño que ni siquiera los hubiese comprendido.

Pero Pulgar era muy observador y, en realidad, su capacidad de supervivencia, cuando los tiempos se pusieron extremadamente difíciles, maduró con ese don al que a veces se refería su Madrina.

Eres uno de esos niños que tienen los ojos muy grandes y la boca pequeña, que miran más que comentan, y aprenden de la vida lo que a los demás tanto les cuesta ver.

La percepción del dolor de la madre destilaba de la tristeza con que en ocasiones se expresa el cansancio o la desolación, ese punto en el que la mujer trabajadora parece perder la conciencia de su cometido, como si el cuerpo ya hubiese obtenido el límite del desgaste al que se puede llegar, y el alma derramara en los ojos todo el desaliento

del esfuerzo.

Madrugaba más que nadie en el Barrio, recogía la ropa en las distintas casas, iba a lavar, regresaba con las sucesivas cestas para planchar en las casas comprometidas cada jornada.

No era infrecuente que Pulgar la viese sujetando las manos en el fregadero de la cocina, como si todavía necesitara de un esfuerzo final para mantenerse en pie, mientras Ninfa recogía a los gemelos alborotadores que no renunciaban a recabar de la madre una atención cariñosa o el último capricho de que los tomara en brazos.

El dolor es el cansancio, aprendería en seguida Pulgar, o, al menos, no tendría que haber crecido demasiado para comprender que entre el trabajo y el sufrimiento existía una misteriosa correspondencia: que el esfuerzo desmedido anulaba lo que en el cuerpo de la madre resaltaba, en muchas ocasiones, como el brillo de su juventud, aquella piel, aquel cabello, el rostro que en la mañana de algún domingo se encendía como si lograra apoderarse del vestigio de una mirada inolvidable que el tiempo depositaría en la memoria del hijo.

En realidad, la imagen que Pulgar llegaría a afianzar cuando la edad recompuso el desorden del tiempo y niveló la desgracia en su justa medida, fue la que se correspondía con la mirada de algunas mañanas dominicales, curiosamente mucho más intensa y emotiva que la de la fotografía matrimonial, donde el novio que había sido su padre tenía los ojos semicerrados y en las pupilas de la novia había una nube de somnolencia.

Nadie le dijo en seguida que era el mayor, y que esa circunstancia acarrearía unas obligaciones especiales.

Ni se lo indicó su madre ni su padre hizo tempranamente aquella consideración que, sin embargo, advirtió al darle la encomienda en la cama del Hospital de Misericordia.

En la conciencia de Pulgar no hubo un aviso o una señal.

La vida administraba lo que la propia rutina iba indicando, como si de los hechos de cada día fluyeran las necesidades y las obligaciones, lo que era preciso asumir como un recado que ni siquiera necesitaba ordenarse.

Pulgar creció con esa comprensión que alimentaba el cumplimiento, y supo muy pronto que una parte imprescindible del cumplimiento le correspondía.

La madre atareada vivía una suerte de abandono, que los tiempos difíciles intensificaron, mientras el padre fue sumando las ausencias que, al fin, acabaron siendo como el resultado de una extraña conducta avalada por la incomprensión y la

indolencia.

Nada parecía salirle bien, el desánimo era el resultado de la injusticia, y en el carácter bonancible y apesadumbrado la vida iba marcando un desvarío que, en los momentos más dramáticos, se traducían en el llanto con que vergonzosamente mostraba su incapacidad.

No fue la imagen con que Pulgar reconoció a su padre cuando el tiempo borró todos aquellos sucesos y la edad, poco a poco, vino a recomponer lo que los niños merecían.

Ni siquiera aquella última entrevista en el Hospital selló la imaginación o el recuerdo.

Hubo otros momentos en que Pulgar amoldó esa figura con mayor piedad y devoción, como si necesitase que en el rastro del tiempo de la desgracia, donde fatalmente estaba la madre muerta con el pañuelo morado como la enseña de su intimidad ultrajada en medio de la calle, no soplara el aire más inmisericorde y pudiera defenderse de la memoria haciendo de ella, también en beneficio de sus hermanos, un uso más complaciente.

Rovira

La mañana de Borenes, donde la niebla se disipaba con el mismo afán perezoso del humo escaso, hizo que Pulgar se estremeciera entre los solares de las primeras edificaciones, donde lo que lentamente comenzaba a reconstruirse se emparentaba con lo derruido y, a veces, entre casa y casa quedaba un campo que parecía haber perdido cualquier propiedad.

El perro iba tras Pulgar, indeciso de alcanzarle para mantenerse a su altura, pero decidido a rebasarle de cuando en cuando o a requerir su atención al descubrir algo que casi siempre Pulgar despreciaba.

En algunos limitados montones de basura, muy removidos y rebuscados, encontraba el perro un utensilio mugriento o algún desperdicio que rozaba con el hocico y se atrevía a llevar a la boca.

Fue en uno de los solares, al pie de un muro que no acababa de desmoronarse, donde el perro husmeó con mayor interés y prevención. Caminaba delante de Pulgar, se detuvo y volvió hacia él, requiriéndole. El humo de una pequeña hoguera lamía las piedras del muro y era fácil percatarse del aroma de algún fruto asado, lo que en la respiración de Pulgar alertaba el estómago con un reclamo alimenticio.

Había un hombre asando unas patatas en las brasas. Las mantenía prendidas en tres palos que iba moviendo, de modo que la piel de las mismas se requemaba de forma muy calculada.

—¿Tienes hambre, chaval? —le preguntó a Pulgar, cuando asomó la cabeza, incapaz de disimular lo que el aroma incitaba en el estómago vacío.

—Mucha... —contestó Pulgar.

—Pues te sientas en esta piedra, a mi lado, y no tienes que esperar ni medio minuto. La más grande es para ti.

Pulgar obedeció. La cercanía de la lumbre alivió su cuerpo, el humo parecía un aliento medicinal.

—¿El chucho es tuyo?

—Me viene siguiendo, y no hay medio de echarlo.

—También puede servirnos. Le daremos la patata más pequeña. Estos perros sin dueño dan pena. Hay quien piensa que el mendigo que comparte la limosna con un

bicho es más clemente y compasivo. El egoísta está mal visto. Yo me llamo Rovira y estas tres patatas son lo último que me queda.

—Yo soy Pulgar.

—¿Y el perro?

—No tiene nombre.

El perro también se había acercado a la hoguera, donde las brasas rezumaban acrecentando el aroma de las patatas asadas, que repercutía con ansiedad en el estómago de Pulgar.

Cuando estuvieron en su punto, el hombre le acercó a Pulgar la más grande y la dejó encima de la piedra a su lado. Tomó la suya y le alcanzó la pequeña al perro, que se movió nervioso antes de decidirse a acariciarla con el hocico y jugar con ella con las patas.

Comieron en silencio, el hombre sirviéndose de una navaja y Pulgar arriesgando más de lo debido con quemarse los dedos.

—En Borenes ya no queda mucho que hacer... —dijo el hombre, que tenía una gran habilidad para pelar la patata aprovechando al límite las mondas—, pero tampoco hay demasiadas posibilidades en Doza y en Borela. Lo último de lo último es en lo que estoy metido. Tú eres un chaval listo, no hay nada más que mirarte.

Pulgar encontró en los ojos del hombre un gesto de complicidad y picardía. Se fijó en que en la muñeca izquierda llevaba un reloj y en el dedo índice de la misma mano una sortija.

—No tiene maquinaria... —dijo el hombre, al tanto de la observación de Pulgar—. Esfera y agujas. Y con la sortija no hay engaño posible, las baratijas cuando son tan malas no dan el pego. Pero sirven para la causa, no se puede tener una pinta desastrada, hay que hacer notar la desgracia de quien no tiene alternativa, del que vino a menos. La desgracia propiamente dicha. También la corbata, a pesar de los lamparones. Y la camisa sucia. No soy un actor pero tampoco un mendigo.

La patata le supo a poco, el perro fue quien más se entretuvo devorando la pulpa, lamiendo la monda con la lengua carbonizada.

El hombre sacó un pañuelo, se limpió las manos evitando ensuciarlo sin que eso fuera posible y luego lo dobló y lo devolvió al bolsillo con extremo cuidado.

Cuando se puso de pie, Pulgar se percató no sólo de lo alto que era sino de la deteriorada elegancia de su figura, como si el traje subsistiese en el esfuerzo de limitar el deterioro y en el rostro y el cabello la higiene alcanzara la línea que no sobrepasa la precariedad.

—Es la dignidad de quien está reducido a esta circunstancia, chaval. El corazón humano es bueno, la piedad comprensiva, pero hay que competir con la desesperación y el desacato. Si hay suerte, las patatas fueron el aperitivo. Supongo que sabrás correr y llorar. Tienes muy buena pinta como hijo desasistido, el perro también puede dar pena.

El dolor

Los días más tristes eran aquellos en que el dolor de la madre desataba la derrota de su cuerpo hasta el límite de las lágrimas, y lo más angustiioso de todo era la percepción con que Pulgar advertía que en ese límite estaba la meta de la desgracia, el otro extremo de lo que en alguna mañana dominical los ojos de ella adornaban con la complacencia de estar en casa entre sus hijos, de verlos, llamarlos, acariciarlos.

Esas lágrimas jamás brotaban con la resolución que las hiciese evidentes.

El dolor las restringía con un disimulo que para Pulgar acrecentaba su valor, como si en la discreción de aquella derrota, en el fluir del cansancio que abatía a la mujer hasta dificultar sus pasos, sujetarse en el fregadero, alcanzar el escaño de la cocina donde más que sentarse se desmoronaba, hubiese una intención que realimentaba el esfuerzo.

De esas percepciones, de esa observación, de esa mirada, se nutrió el crecimiento de Pulgar, se afianzó la condición inconsciente de llegar a ser el mayor, con lo que eso acabaría significando en el destino de un niño que asimilaba la responsabilidad en comparación con los otros hermanos pequeños.

La circunstancia de haber sido el primero en nacer, entre los cuatro que formaban la familia, no era el aval de una conciencia que determinase lo que le correspondía, pero la edad iba haciendo que la propia conciencia de Pulgar en la vida se nutriese de lo que le rodeaba y en su alma diminuta, como alguna vez le había dicho la Madrina, había una llama no menos reducida que iluminaba algo más allá de la comprensión.

En los niños buenos y en los niños listos hay una fuerza que distingue la sensibilidad de lo que son y el aprecio que hacen de lo que les rodea. Los niños buenos y los niños listos son los que más se parecen en la vida a esos otros niños buenos y listos que en los cuentos demuestran su bondad y su inteligencia. No hace falta que los niños se hagan hombres antes de tiempo. A veces en esa condición de la infancia es donde radica la mayor fuerza que esparce la inocencia. Nadie es más fuerte que el inocente, por mucho que la maldad resulte destructiva. Los buenos siempre acaban siendo los dueños del mundo, porque las razones de la bondad son las que corresponden al corazón humano. Es la confianza en la bondad la que hace mejor al hombre, por encima de tantas vicisitudes en las que gana el mal.

Había una pregunta que denotaba que en el sufrimiento de la madre restaba poca esperanza, como si en el reclamo de la ayuda necesaria no quedase otra opción, y al corroborar que el hombre de la casa, su marido, no había regresado, ese límite del cansancio contuviera la amarga resignación del límite de la derrota.

—¿Vino tu padre?... —le preguntaba a Pulgar, nada más abrir la puerta, o cuando Pulgar tardaba en regresar de sus correrías y rebuscas planteaba la pregunta de otra manera, como si pudiera tener alguna información de su paradero o le hubiese dejado algún recado.

Con frecuencia no venía, lo que suponía una dejación de aquellas obligaciones a las que parecía comprometido en el sostén de la familia o, al menos, en lo que Pulgar fue percibiendo una suerte de abandono enredado con infinitas justificaciones que con bastante celeridad, sobre todo cuando los tiempos se complicaron, fueron incidiendo con mayor amargura en el desánimo de la madre.

—Este hombre no tiene remedio... —dijo una vez su madre, sin que Pulgar entendiera todavía otra cosa que en la vida de su padre imperaba la vacua voluntad de hacer lo que le daba la gana, sin que habitualmente fuese rentable nada de lo que hacía, por mucho que en más de una ocasión o, a veces, durante ciertas temporadas, cumpliera con las retribuciones de lo que podía ser una dedicación o un trabajo remunerado.

Era en esas circunstancias, cuando las ausencias alargaban el deterioro de la madre y en el sufrimiento, tan irradiado por el cansancio y la desazón, ni siquiera resultaba posible rescatarla desde el apego y la ternura desbordada de Ninfa y los gemelos, cuando Pulgar comenzaba a hacerse una vaga idea de compromiso que no se correspondía ni con la edad ni con el crecimiento, pero sí con la sensación de que ser el mayor de los hermanos suponía algo más que una eventualidad en el orden de haber nacido antes.

Un día, un vecino que le demostraba mucha simpatía y con el que siempre que se encontraba en las escaleras se detenía un instante y, al sonreírle, le pasaba la mano por la cabeza como si quisiera transmitirle la convicción de su ánimo, acaso la admiración de verle siempre acarreado al hombro el resultado de sus rebuscas, le dijo mirándole a los ojos, como si quisiera remarcar muy hondamente sus palabras:

—Eres el hombre de la casa.

Fue una consideración que Pulgar no comprendió del todo y que, aunque en aquel momento alimentó cierta estima, como si esas palabras contuvieran la constatación de

una prueba favorable sobre su comportamiento, también acabaron creándole desasosiego.

En la referencia parecía evidenciarse una opinión contraria a la responsabilidad del padre, y Pulgar también presintió lo que la carencia o la sustitución suponían de culpabilidad, y fue la primera vez en que se sintió muy necesitado de hablar con su padre, de que su padre le dijese algo más allá de los comentarios triviales, habitualmente bastante divertidos, en que consistían sus escuetas conversaciones.

El hijo hambriento

El hombre caminaba decidido por la acera, Pulgar lo hacía tras él sin rebasar cierta distancia y el perro iba y venía remoloneando, siempre más cerca de Pulgar pero sin evitar aproximarse a los pies del hombre que, en esos momentos, chascaba los dedos para ahuyentarlo o infundirle confianza.

—Eres el hijo hambriento de un hombre hambriento. La familia numerosa y también muerta de hambre. Lo que tienes que hacer es lo que se te ocurra. La miseria y la pena no hay que ensayarlas. También te advierto de que si hay que correr, no te entretengas...

Pulgar atendió la indicación del hombre cuando alcanzaban una esquina.

Las calles de Borenes en aquel norte desolado de la ciudad no estaban muy concurridas, los coches y los carros surcaban lentos las calzadas.

La indicación del hombre era suficientemente expresiva para que se situara al otro lado de la calle, rebasada la esquina, y, como ya le había insinuado, que sujetara al perro y no lo dejase zascandilear.

—Me gusta porque con los bichos es frecuente que la grima y la conmiseración se den la mano, pero que se pegue a ti, aunque tengas que pisarle el rabo.

El hombre dio unos pasos cautelosos ante una tienda de comestibles, que tenía un polvoriento escaparate.

Estaba claro que la tenía perfectamente ubicada, y que en el trance de esos pasos invertía una vigilancia paralela al interior de la misma y a los posibles viandantes, manteniendo un calculado intervalo, que le sirvió para determinar el momento en que no había compradores.

De la tienda acababa de salir una mujer con una cesta, y por la acera no se veía a nadie.

Fue en ese instante cuando Pulgar le vio colarse en la tienda con un gesto tan tranquilo como resolutivo y apenas supo controlar la radical medida del tiempo en que el hombre salió disparado con algo en las manos, probablemente unos botes o latas, mientras se escuchó un juramento e inmediatamente la voz de alerta y amenaza de quien acaba de percatarse de que le han robado.

Fue el perro quien primero se movió inquieto, sin que Pulgar se hubiese enterado

todavía de su posible implicación en la estratagema, como si su condición de espectador aproximado no supusiera ninguna implicación, aunque la inquietud del perro fue suficiente para darse cuenta de que en aquella expectación existía un compromiso que no acababa de cuantificar.

—Vamos, chaval, no te hagas el tonto... —le diría después el hombre—. Eres la coartada. El padre hambriento, el hijo iluso, el perro tiñoso, la familia que no se lleva una cucharada a la boca desde hace una semana...

Corrió como alma que lleva el diablo.

Las calles de Borenes seguían desiertas en el norte asolado, donde la vida de la ciudad contaba con mayores dificultades para rehacerse, ya que en los frentes del sitio la resistencia había sido mayor y en algún momento hubo una bolsa aislada que perpetuó, mucho más allá de lo necesario, ese equívoco heroísmo de quienes mantienen la esperanza lejos de la derrota, como si en el sentido de la lucha quedase un sentido de la supervivencia que en nada se acomoda a la realidad.

—Aquí a los últimos que mataron... —dijo Rovira en algún momento en que Pulgar no podía entenderle, cuando cruzaban ante lo que había sido el arco de una puerta medieval— lo hicieron al recibirlos. El enemigo confunde al que viene porque cree que el que llega es de los suyos. Igual que si Dios le hubiese dado las llaves del cielo al Diablo.

El hombre le aguardaba en un banco del parque. Sudaba copiosamente, se había aflojado la corbata, estaba muy despeinado.

—Pimientos y sardinas... —dijo, mostrando los trofeos—. No pienses que el reparto será equitativo. El riesgo establece la justicia, ahora sólo hiciste que verlas venir. Hay una panadería donde el puente, te las arreglas para conseguir unos chuscos. Y no pienses que siempre puedo correr tan ágil, los pulmones los tengo deshechos.

Pulgar sintió cómo el hombre respiraba con dificultad. Las manos temblorosas tomaban la lata con la codicia de un tesoro.

—Ya te dije que me llamo Rovira. ¿Tú eres huérfano o andas a la que salta?

—Busco a mis hermanos.

—Dios no reparte, chaval. La vida la consume el que puede, no me pidas lo que no debo darte. Lo que busques es cosa tuya, pero mientras estés conmigo tienes que comportarte como el hijo del mayor desgraciado. Un padre no remedia lo que precisa un hijo cabal. El mundo es de las madres. Cualquier hombre que perdió el aprecio ya no merece la categoría de progenitor. A mi padre, si pudiera, lo corría a gorrazos.

La ausencia

Habrían pasado por lo menos dos semanas en aquella ausencia que Pulgar comenzaba a entender como un abandono, ya que su madre disimulaba con menos ardides que en otras ocasiones, sabiendo que siempre existía una razón más o menos interesada para justificar que su marido no volviese, cuando Pulgar encontró a su padre muy lejos del Barrio, en alguna de las incursiones más extremas, para las cuales solía sumarse a la compañía de otros rastreadores teóricamente más expertos.

Lo vio salir de una taberna y tuvo la impresión de que alguien desde dentro, y aun con la puerta entreabierta, gritó su nombre con alguna aseveración despreciativa, y en el gesto de su padre, casi en el tiempo tan instantáneo como imprevisto, hubo cierto desamparo indignado, acaso en el mero movimiento de sus manos subiéndose el cuello de la chaqueta o en la actitud de escupir la colilla que llevaba en los labios.

Los demás rastreadores, habitualmente muchachos de otros barrios que en la coincidencia encontraban, de cuando en cuando, una camaradería con menos compromisos que emulaciones, siguieron su camino, sin dar mayor importancia a que Pulgar desistiera, y tras la sorpresa y la duda Pulgar comenzó a seguir a su padre, que no parecía caminar con un rumbo orientado, sino con esa actitud de quien ni gana ni pierde en el destino con que los días conforman lo que somos, como si los propios compromisos de la existencia no tuviesen ningún rendimiento ni necesitaran la mínima justificación.

No era posible que un niño como Pulgar comprendiera la vicisitud de quienes en la vida parecen gobernados por una suerte de extravío del que ni siquiera tienen por qué ser conscientes.

La voluntad obtiene en muchas personas la mayor solvencia en la inexistencia de la misma. El extravío surte el efecto de esa derrota de los navíos sin gobierno. La derrota lleva a veces a un virar sin rumbo o, al menos, a un navegar no exactamente calculado, que en el caso del padre de Pulgar tenía una larga persistencia.

No lo podía comprender y, sin embargo, en aquella tarde en que descubrió a su padre en un barrio tan lejano, y mientras lo fue siguiendo, a cada tramo más convencido de que el hombre mantenía un rumbo incierto por las calles de Borenes, se percató de que el sufrimiento de su madre cobraba una justa correspondencia con aquella actitud, como si a los trabajos, el cansancio y el dolor que percibía en los regresos de ella, se contrapusiera el desorden de la ausencia que podía constatar tras el rastro de él.

Una ausencia que un niño como Pulgar no podría calificar de culpable, pero que en la memoria que el tiempo justificaría como la seña de otra edad llegaría a adquirir esa dimensión más estricta y certera, que apenas la propia conciencia de la desgracia compadece.

—A veces se recuerdan las cosas sin que se decida la comprensión exacta de su recuerdo... —escucharía decir Pulgar cuando fue mayor—, pero queda un sustrato crucial en la memoria. La comprensión no avala el sentido del recuerdo. La memoria es mucho más impía de lo que creemos.

Lo que hizo aquel hombre en aquella larga tarde no fue otra cosa que merodear sin ningún destino, caminar casi hasta el agotamiento con la inocua convicción de que no hay un sitio al que ir, lo que supone que no existe un compromiso de volver.

Hacia el oscurecer, cuando hasta el propio Pulgar estaba más cansado y desorientado de lo habitual, decidió acercarse a su padre, que acababa de sentarse en un peldaño de la Plaza de la Colegiata.

Intentaba liar un cigarro con muchas dificultades.

—¿Eres tú? —inquirió, como si la extrañeza complicara el reconocimiento.

—Iba para casa... —dijo Pulgar, tendiéndole una mano, con esa confianza con que los niños valoran las necesidades y se saben dueños de sus poderes, según observaba la Madrina.

—Vamos, vamos, que ya va siendo hora... —decidió él.

El hambre

—¿Buscas a tus hermanos como el que busca una aguja en un pajar?... —inquirió Rovira, que, cuando volvieron a guarecerse en otro solar, tras un paredón derruido, hizo un reparto no muy equitativo del contenido de las latas, que abrió con la navaja con mucha pericia.

—Los tienen unos vecinos de Larmina.

—Los chuscos están duros como piedras. ¿El pan lo pides llorando o prefieres que te lo tiren a la cabeza?... El hambriento tiene lágrimas de misericordia, chaval. No solicita la limosna, la implora con el dolor de estómago.

El perro los observaba moviendo la cabeza con la inquietud del convidado en quien nadie repara.

—El bicho es tuyo y corre a tu cargo. Cuando comprobemos que se comporta, tendrá su parte pero, entre tanto, con él te las entiendas. La operación ya viste que no tiene otro mérito que la decisión y los reflejos. Pero, amigo mío, cuando las cosas se tuercen, no hay piernas ni pulmones.

Rovira comía con cuidadosa delectación, partiendo las rebanadas, tomando un pimiento de la lata con la punta de la navaja, poniendo luego encima con la misma punta una sardina.

Pulgar contenía la ansiedad con dificultades, roía el pan como el perro, le temblaban los dedos al coger y partir lo que le había dado Rovira.

—Es curioso que cuando los tiempos son tan malos se agrande la maldad de esta manera. Las palizas más impías, el mayor desprecio para el que quiere llevarse apenas lo necesario para no morir de hambre. No atraco bancos ni asalto a viejas indefensas, tampoco robo en las iglesias. Entre el cuerpo magullado y el hambre propiamente dicha no hay solución.

Hablaba como si no precisara que le escuchasen, con la satisfacción con que las palabras alargan los alimentos o la necesidad de congraciarse con lo que hacía, reafirmando la valoración del riesgo y la disposición para asumirlo ya que, como acabó resumiendo, de las operaciones salían bien dos de cada tres, y algunos días las palizas y las denuncias desanimaban cualquier porvenir.

—¿No sé si me entiendes?... —requirió a Pulgar—. Me parece que el perro es

más listo que tú, mira cómo te chupa los dedos...

Pulgar se limpió las manos en los pantalones, sin que el perro dejara de lamérselas.

El hambre era una costumbre que Pulgar no determinaba con exactitud.

Siempre procuraba que Ninfa y los gemelos comiesen parte de lo que a él le correspondía y que su madre no se percatara o su padre no se diese cuenta de lo que él disimulaba.

Asentía conforme, satisfecho, aunque en el estómago el reclamo produjera el desconsuelo de su vacío, porque en la costumbre del hambre lo más penoso era incitar su requerimiento: el resto de la corteza que los gemelos habían chupado y abandonado, las cuatro migas, las mondas que cayeron al suelo...

Había logrado que la costumbre afianzara ese vacío habitual con el que su pequeño estómago administraba la precariedad, y la sensación de carencia no ocupaba su pensamiento, aunque muchas veces, de la forma más imprevista, algo parecido a un dolor o una punzada le hacía llevar las manos al vientre, y era la señal de una necesidad imperiosa que le amargaba la saliva, le hacía abrir la boca y verter alguna incontenible lágrima que no provenía del llanto.

—Los buscas, chaval... —dijo Rovira, que acababa satisfecho de consumir aquellos alimentos y chascaba los dedos después de haber usado el pañuelo con mucho cuidado—. La familia es un débito, aunque yo no la tuve afortunada. Los hermanos perdidos están en estos tiempos al cabo de la calle. Algo tendrás que decirles cuando los encuentres. Lo que ahora no voy a ofrecerte es una colilla, tampoco me sobran, pero es que nada aborrezco más que el vicio de la infancia. He visto chavales echando humo por las orejas y no lo puedo soportar.

El llanto

Hasta el mediodía Pulgar siguió los pasos de Rovira con el perro pegado a los suyos.

Lo que quedaba bajo la niebla de Borenes eran los restos de una ciudad a la intemperie.

Daba la impresión de que las calles estaban desabrigadas y el viento otoñal que iba soplando como si emergiese de las esquinas no contribuyera a limpiar lo que la niebla hubiese esparcido como el humo, sino a desvelar la suciedad del abandono.

La única instrucción que Pulgar recibió, antes de que Rovira emprendiera la operación en la tienda de una de las correderas de la Ciudadela, fue que no actuara en seguida, que convenía dar tiempo al tiempo para que la piedad obtuviera mayor eficacia.

—Es una charcutería y, como tal, lo más peligroso del ramo. Estos profesionales usan utensilios afilados. Mientras mayor sea el susto, si las cosas salen mal, mejor la actuación, pero no te me riles, chaval, porque si me dejas en la estacada no te perdono. Cualquiera día en cualquier esquina te esperará Rovira para caparte. Y el perro que no zascandilee...

Pulgar se alejó mientras Rovira se encaminaba a la tienda.

El dolor o el punzón del vacío de estómago que derrotaban la costumbre del hambre hicieron su advertencia, como si en vez del vacío fuesen los nervios, la ansiedad con que Pulgar se quedó a la espera, sin saber la medida exacta de lo que Rovira ordenaba, y con el resquemor de su amenaza.

La espera le pareció infinita y, sin embargo, apenas debió durar un minuto.

Escuchó más ruidos que voces, aunque en seguida el grito de alguna mujer y los insultos que se compaginaban con las amenazas, cuando desde la propia corredera se dirigieron hacia la tienda algunas personas alertadas, y creció el barullo como si todo el Barrio se hubiese revuelto.

Al perro le temblaba el rabo y Pulgar tuvo que hacer un esfuerzo para asomarse sin que, en principio, entre el barullo pudiese distinguir otra cosa que los airados gestos de quienes se arremolinaban a la puerta de la tienda. Los gritos cedían a las voces iracundas que agrandaban las amenazas y la indignación.

El perro comenzó a alejarse, como si el instinto guiara una resolución defensiva. Pulgar hizo un vano intento de llamarlo que el perro no atendió, aunque su manera de alejarse todavía era indecisa. En aquel momento necesitaba su compañía o tenía la

impresión de que solo iba a ser incapaz de moverse.

Sacaron a Rovira de la tienda, bien sujeto entre dos hombres y bajo la amenaza de una mujer.

Muy pronto se sumaron algunos de los que estaban en la puerta, no ya dispuestos a participar en la sujeción para que no pudiera escapar, sino propinando los mismos golpes y hasta, el más exaltado, aprisionándole furiosamente por el cuello.

—Hay que avisar a un guardia. Hay que llevarlo a la Comisaría... —eran algunas de las frases que escuchó Pulgar entre otras más alteradas, mientras comprobaba que el perro se iba definitivamente, guiado no ya por el instinto defensivo sino por el miedo que le hacía esconder el rabo entre las patas.

El grupo seguía tan excitado como resolutivo, y cuando Pulgar salió a la corredera pudo ver el cuerpo desmadejado de Rovira entre sus captores, el pelo revuelto, los brazos aprisionados hacia la espalda, un inocuo gesto de autodefensa y, por un instante, el esfuerzo de volver la cabeza hacia donde él estaba, acaso una desesperada indicación de auxilio o el mero efecto de otra de las bofetadas que seguían propinándole.

Lo que más atemorizó a Pulgar fue el hombre grueso que llevaba un enorme cuchillo en la mano y un delantal blanco, sin duda el dueño de la tienda, a quien intentaban calmar y sujetaban en la puerta.

—Lo mato, lo mato... —podían ser las palabras que concretaban la misma amenaza desde hacía unos minutos, aunque una de las mujeres, también con delantal, le exigía que soltase el cuchillo, lo que Pulgar apreció cuando comenzó a caminar sintiendo que el punzón de su estómago encogido expandía un temblor por todo su cuerpo, lo que según se fue acercando al grupo que ya comenzaba a llevarse al detenido se transformó en una incontenible tiritera, como si el miedo revolviese lo que a veces lograban el frío o la fiebre.

Los alcanzó corredera abajo, corriendo hacia ellos hasta chocar y estrecharse al cuerpo de Rovira, del que los hombres que lo sujetaban por los brazos tiraban sin piedad.

El grupo se detuvo.

El llanto de Pulgar fue al comienzo un llanto costoso, una expresión gutural de terror y desamparo. Tardó un poco en llamarle como el hijo que nombra al padre desde la desesperación y el más absoluto abandono.

—Desgraciado —dijo alguien, mientras Rovira bajaba la cabeza e intentaba mirar, también lloroso, a Pulgar—. Menudo ejemplo para un hijo.

—Un pobre crío aprendiendo las mañas del ladrón.

—Eso le enseñas, hijo de puta. A robar.

Los dueños de la tienda, que se habían quitado los delantales, se acercaban. El hombre grueso menos atemorizante sin el cuchillo, aunque sin que su rostro dejara de

mostrar toda la indignación.

—Es el hijo —le informó alguien.

—Pues con la misma denuncia, así se le cortan las alas.

El llanto de Pulgar parecía romperle la garganta, y el esfuerzo de uno de los hombres de separarlo del cuerpo de Rovira, al que permanecía aferrado con mayor desolación, fue imposible.

—Da lástima —dijo el hombre.

—Será un muerto de hambre —comentó otro.

Los que sujetaban a Rovira aflojaron la presa.

Rovira se detuvo y ellos se lo permitieron. Acercó los codos al cuerpo de Pulgar. El temblor de Rovira y la tiritera de Pulgar se unieron en un mismo estremecimiento, y Rovira, lloroso, nombró al hijo con el timbre patético de un vergonzante reconocimiento.

—Déjenlo marchar —pidió—. El hambre no es un delito de los niños. Llevamos tres días sin comer.

Hubo un largo silencio.

—Desgraciado.

—Así le enseñas.

La voz de Pulgar rompió por encima del llanto como una súplica que concentraba el eco de todas las desgracias, e inmediatamente los hombres que sujetaban a Rovira lo soltaron, y poco a poco, todavía entre algunas imprecaciones y la indignación ya más atemperada del dueño de la tienda, Rovira tomó la mano estremecida de Pulgar, hizo un gesto de resignación y agradecimiento, y comenzó a caminar con el paso lento de quien acaba de sufrir no sólo una paliza, también una afrenta.

Se fueron corredera abajo, todavía sin que los apresadores se decidieran a dispersarse.

—Un muerto de hambre... —dijo uno, con la convicción de que expresaba mejor que nada el perdón inmerecido.

—Pobre chaval. La mayor pena no es que se pueda morir de hambre, sino ser hijo de un miserable.

Auxilios mutuos

No pudo reprimir la sensación de que aquella mano que estrechaba la suya lo hacía con la complacencia con que su padre le llevó a casa aquella otra tarde, después de seguirle y acercarse a él en las escaleras de la Colegiata, donde liaba un cigarro.

Las lágrimas de Pulgar eran verdaderas y en el trance de abrazarse a Rovira la angustia recreaba su temblor, tiritaba poseído por el frío que el peligro y el miedo expanden cuando la violencia te hiela el alma.

No era algo a lo que Pulgar estuviese acostumbrado y, sin embargo, en las correrías y en algunas contadas ocasiones en que había sido testigo de actos extremos de impiedad y vejación, el temblor fluía como una convulsión que desmadejaba su cuerpo, aunque de la angustia no tuviese igual sensación que con lo que acababa de suceder, porque no se había visto involucrado de igual modo.

Caminaron en silencio durante mucho tiempo.

El paso decidido de Rovira no sólo buscaba la huida honrosa sino una suerte de recomposición de su estima y compostura. Esos trances adversos también desequilibraban su ánimo porque surtían una indignación que sobrepasaba cualquier cálculo.

—Mierda de humanidad... —masculló, sin que Pulgar le entendiese del todo.

La mano era cálida y el gesto de mantenerla entre la suya compartiendo el amparo que Pulgar recordó de la de su padre, fue lo que más contribuyó a que se apaciguase.

Por las calles de Borenes la intemperie reforzaba la soledad.

Uno podía extraviarse en el laberinto de la Ciudadela con la conciencia de que nadie la habitaba o de que los vecinos, en aquellas horas de la tarde que el otoño precipitaba hacia un oscurecer anticipado, permanecían escondidos.

Borenes era una ciudad que mostraba muy fríamente el costo de la vida tras el precio de la muerte, lo que se invierte en el esfuerzo de recobrar ese orden de las cosas cotidianas que fueron descabaladas o destruidas: el orden de la normalidad que hay que rehacer tras el absoluto desorden.

—Bueno, chaval... —dijo Rovira, llevando a Pulgar hasta un banco en un parquecillo desabrigado—. Aquí acaba la sociedad de auxilios mutuos. Te portaste según lo convenido y el numerito fue tan bueno que hasta temí que te diera un telele. Conmigo se pasaron con la somanta —aseguró, quejumbroso—. Moratones para dos semanas y el cuello retorcido, amén de las bofetadas y este ojo a la virulé. Te mentí en la estadística, no quería que te asustaras antes de tiempo.

Pulgar observaba la mano sudorosa que Rovira había soltado.

—No son dos bien y uno mal. Casi siempre lo comido por lo servido. Problemas a la par. Las palizas las contabilizo al pie de las ganancias. Dicen que Dios aprieta pero no ahoga, pero ya viste cómo quisieron ahorcarme esas bestias.

Rovira intentaba recomponer la vestimenta, bastante dañada: los bolsillos de la chaqueta rotos, las mangas sueltas, la camisa hecha una pena, la corbata arrancada.

—Y perdí un zapato —comprobó compungido, estirando la pierna derecha y alargando el pie más allá de la pernera del pantalón, donde asomaba un calcetín que dejaba ver el dedo gordo desnudo.

Se recostó en el banco.

—Me cuesta respirar —constató—. Los pulmones están llenos de agujeros, la puta vida parece un colador. Pero estuviste bien, chaval, sembrado. Tienes un sentimiento auténtico, y nada me gustaría más que siguieras conmigo.

—Busco a mis hermanos —dijo Pulgar, que había mirado de soslayo a Rovira, ya con más pesadumbre que inquietud.

—No, no, si la sociedad hay que disolverla, no te preocupes... —aseguró Rovira, cuyo gesto de recoger los brazos sobre el pecho resultó muy doloroso—. La operación salió mal, y quedamos delatados. Borenes la tengo muy trallada. Estas calamidades corren como la pólvora. Somos una pareja desigual, quiero decir que ya nos ficharon como tales.

El dolor de Rovira repercutió al intentar mover el cuello. Dio casi un grito.

—¿Y por dónde vas a buscarlos?... —inquirió cuando se repuso.

—Entre los que se fueron de Larmina. Mi padre, que está en Misericordia, me encargó que los encontrase para asegurar que están bien atendidos. Los llevaron algunos vecinos cuando los derrumbamientos.

—No te puedo echar una mano. Lo siento, chaval. Cada día está más difícil que me la pueda echar a mí mismo. De todos modos, si volvemos a vernos, voy a alegrarme.

Pulgar se dispuso a marchar. Rovira parecía tener más dificultades para moverse. Intentó incorporarse con esfuerzo y dolor.

—Oye, ¿y el perro? ¿Qué hizo el puto chucho?...

—Lo eché para que no zascandileara —mintió Pulgar.

Rovira le tendió la mano. Pulgar la estrechó pero el recuerdo de la de su padre se había disuelto.

—Vas a encontrarlos, no me cabe duda. Tienes la decisión y el empeño de los

chicos que se hicieron hombres antes de tiempo o, mejor todavía, de los hombres que conservan el arrojo de cuando fueron niños.

La mano

Aquella mano que transmitía la complacencia del padre en el camino a casa. La que Pulgar añoró tantas veces y que luego, a lo largo de su vida, fue como un requerimiento al que acudir para encontrar cierta seguridad en sus sentimientos, lo que la propia figura de aquel hombre tan frágil no podía irradiar en el recuerdo pero que en la inolvidable complacencia transmitía una convicción con la que Pulgar fue madurando en el respeto de la edad.

Nunca como en aquella tarde estuvo Pulgar más cerca de la comprensión de lo que su padre era y significaba.

Las palabras escuetas que le fue escuchando se le escaparon más de una vez en la totalidad de su sentido, pero en la intención de las mismas se reflejaba su padre como si estuviese haciendo un retrato de sí mismo sin pretenderlo y, al tiempo, del destino de lo que su vida, tan precaria y desastrada, debía a la familia, especialmente a su mujer.

—No es tu madre de las que tuvieron suerte. Yo tampoco la tuve, pero el reconocerlo no es una justificación, apenas la queja inútil. Tu madre necesitó alguien que hubiera sabido estar mejor a su lado, y yo me conformo mal en cualquier sitio. Casi nunca estoy donde debo...

La mano era cálida y, al caminar, el padre balanceaba levemente el brazo llevándola y trayéndola como un juego que le ayudaba en la divagación.

—No soy malo, Pulgar, pero tu madre es demasiado buena, y las mujeres que son así, sacrificadas y generosas, encuentran con muchas dificultades hombres que estén a su altura. No soy malo, pero no soy nada, quiero decir que no tengo la voluntad que me haga dueño de mí mismo y, por lo tanto, los arrestos para enderezar la vida y sostenerla.

La imagen de la madre revirtió con todo su poder en la conciencia de Pulgar.

No lo había pensado, pero lo sabía de sobra.

Era ella no sólo la que sostenía la familia, más allá de las intermitentes aportaciones del padre, sino la que ataba aquella dependencia común con el nudo que

jamás consentiría en desatar, como si en el sufrimiento de su trabajo y cansancio la recompensa fuese esa atadura que se expresaba muy bien en la alegría de Ninfa y los gemelos alborotando a su alrededor, o guardando silencio cuando de pronto se sujetaba con las manos tensas en el fregadero, disimulando sin lograrlo la debilidad que la haría caer.

—Por el amor la comprometí, y ésta es una de las pocas cualidades de un mozalbete de Celama que vino a Borenes a trabajar en la pescadería de su tío Celerio. Por el amor, una cosa que eres muy pequeño para entender, pero que no puedes dejar de apreciar si te fijas en lo guapa que es tu madre, y en lo guapísima que era cuando aquel mozalbete la vislumbró.

Los ojos, el pelo, la sonrisa que tanto tardó en helarse.

Entre lo que Pulgar recordaría siempre de su madre estaban los ojos, tan mal representados en la somnolencia de la fotografía de la boda que, además, al iluminarla el fotógrafo con unos colores desvaídos trastocaba el color de los mismos, de igual manera que matizaba de un rubio demacrado el pelo moreno del novio.

—Esa habilidad tuve, hijo. Un hombre sin voluntad ni recursos, más inquieto que trabajador, más iluso que cabal y, sin embargo, con la labia y la querencia que hace que la mejor mujer se quede prendada. El amor no lo eché a perder, de eso puedes estar seguro. Más amor no era posible y, sin embargo, la vida misma ni la enderezaba ni la sostenía. Dios me hizo de este modo. Ella no me mereció, quiero decir que su suerte estaba en otra parte.

De esa calidez de la mano de su padre, mucho más de lo que sus palabras pudieron indicar, se forjó la propia confianza de Pulgar en sí mismo, en la condición de los sentimientos que, con el tiempo, harían de él la persona que fue: un hombre que supo buscar la felicidad entre los avatares y desgracias de la vida con mayor denuedo y menor renuncia, haciendo de esa pretensión un reto en el compromiso de quienes fueron sus seres queridos, entre los que jamás faltaron sus hermanos.

—Pobre de espíritu, dice quien lo tiene afortunado. La pobreza del alma se muestra en el carácter, y un hombre sin cuajo es, si se descuida, un ser desvalido. Eso tiene que ver con la voluntad, con la falta de la misma. No hay ambición sin voluntad. Y hasta las ganas de vivir se reducen cuando la falta de voluntad hace costoso levantarse por la mañana, engancharse a la vida. No es la pereza propiamente dicha, hay una indolencia del espíritu que tiene algo de dolor, otro sufrimiento ajeno al cuerpo. Mi madre misma era de esa condición, y no sería nada raro que esta vicisitud la hubiese heredado de ella. En muchas ocasiones, aquella mujer que no conociste y

fue tu abuela, se quedaba quieta sentada en una silla, suspirando de la mañana a la noche. Cualquiera que se interesase por lo que le sucedía, recibía por contestación un encogimiento de hombros. Luego, cuando ya de noche se levantaba, si alguno de los hijos le preguntaba: ¿ya se decide a ir para la cama?, ella generalmente se quedaba de pie un rato y hacía dos cosas: o volvía a sentarse o musitaba dando unos pasos ligeros camino de la alcoba: donde vaya ni yo misma lo sé, al fin del mundo o al comienzo de los siglos...

La inocencia

La dirección que le dio Mundo de unos refugiados de Larmina en un bajo de la Calle Cedero, la encontró Pulgar cuando la noche ya se echaba encima.

Era el número siete o el nueve, cerca de la Plaza Ramadán, le había dicho Mundo cuando lo encontró en la Citeria, indicándole que él paraba con frecuencia en un Bar cercano que se llamaba Corinto.

Borenes se sumergía en la noche con la confianza con que las ciudades antiguas desaparecen entre las sombras, como si la noche recuperara sus orígenes y las hiciese volver al tiempo primitivo que les corresponde y del que jamás lograrán desprenderse.

Pero la noche de Borenes, en aquellos tiempos difíciles, era una noche rota y la desaparición tenía algo de vencimiento. La antigüedad no promovía el esplendor de algún misterio, apenas la vejez desastrada de la destrucción que era como la cara más mísera de la ruina.

Pulgar había perdido el temor que en tantas ocasiones alimentaba su desorientación, cuando la vuelta al Barrio se llenaba de contradicciones y la propia idea del lugar escondido, que también era un aliciente de cara a sus compañeros ocasionales, derivaba con inquietud en el extravío.

No dominaba la ciudad y en el laberinto urbano olvidaba las referencias. Eran mayores sus conocimientos de los barrios aledaños y las afueras, aunque con las vegas del Urgo y el Nega también se creaba confusión.

Pero ya nada le reclamaba en Larmina, no existía la obligación de volver y el temor se contrapesaba con la incertidumbre de verse por las calles sin esa obligación, con el único cometido de la encomienda que le había hecho su padre.

La conciencia de Pulgar se libraba fácilmente de las preocupaciones a que la situación le reconducía.

Encontrar a los gemelos y a Ninfa era la obligación, y no había otra cosa que conturbara el ánimo, más allá de los recuerdos que la orfandad sufragaba, esas limitadas iluminaciones que a veces adquirían la solvencia del sueño, como si en la inminencia de un pasado tan cercano la realidad se desdibujase y el sueño ganara un espacio del olvido, ya que el sueño se desvanece en la facilidad del despertar y no era

Pulgar un niño perseguido por los malos sueños, aunque soñaba mucho.

Eso también forma parte de la inocencia, decía la Madrina cuando divagaba sin que Pulgar, que velaba a su lado, comprendiera lo que escuchaba. El candor es la expresión de la ingenuidad y la pureza del ánimo y el limbo de los sentimientos, lo que parece indicar que el inocente se libra de cualquier conflicto. Así sois los niños de poderosos. La inocencia os inmuniza como el olvido purifica la memoria. Y por eso mismo, no hay mayor maldad que la que pervierte o maltrata a la infancia.

Los números siete y nueve estaban en dos portales contiguos. Cedero era una calle bastante estrecha que desembocaba en la Plaza Ramadán. Los viandantes iban y venían con el mismo ánimo que parecía insuflar el repliegue de la noche, tan solitarios como cariacontecidos y sin que ninguno se detuviera ante los portales que Pulgar vigilaba desde la acera de enfrente.

Tampoco se divisaba luz en las ventanas y los balcones de los inmuebles, aunque eso no era extraño, ya que la restricción eléctrica era muy rigurosa.

La puerta del siete estaba entreabierta, la del nueve parecía cerrada y en ningún caso había timbres ni llamadores, pero Pulgar recordaba que Mundo le había dicho que la familia refugiada habitaba alguno de los bajos.

La oscuridad del portal, cuando movió la puerta del siete, casi le hizo desistir.

El temor no tenía la misma solvencia del miedo, aunque Pulgar no fuese un niño miedoso, pero el temor alertaba algunas conmociones más indeterminadas y, sin embargo, el miedo le apretaba el corazón.

Hubo un ruido, como si algo se hubiese desprendido de un techo muy alto o el eco de un grito estallara en el interior de una cueva en la que había un cautivo.

El sueño

Algunas veces jugaba con los amigos a los ciegos, y hasta en alguna ocasión, cuando exageró el juego con Ninfa y los gemelos y llegó a hacerles creer que ya nunca jamás volvería a abrir los ojos, logró que se asustaran más de lo debido.

Se cogen los ojos con los dedos, se cierran los párpados y luego, con los ojos guardados en los puños o en los bolsillos, hay que saber caminar el mayor rato posible sin chocar con nada. El tiempo del que gana o pierde se mide contando los pasos que da. Cualquiera puede llamarle o advertirle, avisarle o engañarlo para que tropiece.

La oscuridad del portal le hizo cerrar los ojos.

Podía caminar con la mano rozando el zócalo de la pared, llegar a las escaleras que subirían a los distintos pisos y, al pie de las mismas, con más prevención y riesgo, comprobar si las escaleras también bajaban.

En el inmueble de Larmina la disposición del portal era ésa, y en el juego de los ciegos el cuidado era la norma para que las voces que alentaban o advertían no condujeran a la confusión.

No se volvió a oír nada.

El estrépito o el eco del grito que le detuvo apenas traspasó la puerta, no pareció muy real.

A veces Pulgar sentía que en la resonancia del sueño había ruidos y en sus duermevelas murmullos, lo que no llegaba a asustarle, ya que como niño soñador no tenía mezclado el hábito del sueño con el miedo, lo que no quiere decir que algunas veces, muy pocas, no tuviera pesadillas.

Pero en el hábito del sueño, como si del logro de una costumbre se tratase, generalmente Pulgar alcanzaba paraísos y emociones reconfortantes que, además, con cierta frecuencia, consumaban su propuesta beneficiosa.

Volaba feliz, como un pájaro disuelto en el aire a quien le daba tiempo de admirar los colores y las formas de los paisajes y las nubes, o comía dulces en una confitería de enormes escaparates y llenaba una bolsa de bolas de anís mientras los dueños intentaban convencerle de que por Dios, por lo que más quisiese no se fuera o, en cualquier caso, volviera lo antes posible, o en la felicidad del propio sueño alguien,

una voz cálida y sosegada, le contaba un cuento que en el límite de su mayor emoción prometía la continuidad de otro, la eternidad de todos los cuentos posibles con los que Pulgar también viajaba y corría las propias aventuras de aquellos niños que los protagonizaban.

Las escaleras bajaban en la disposición paralela a las que ascendían a los pisos, tal como Pulgar calculó, y cuando abrió los ojos, muy pegado a la pared, observó en la oscuridad del hueco de las mismas, hacia la altura, un reflejo cenital que podía ser el de la noche, como si hubiese una lucerna rota que permitía que la noche se colase.

Era un tramo corto, diez contados escalones, un rellano poco espacioso. La mano de Pulgar continuó guiándose por el zócalo hasta que detectó la puerta, su áspero armazón, los relieves de la madera. Apoyó la mano en el quicio, no parecía que existiese un timbre o un llamador, y todavía contuvo la respiración un instante antes de decidirse a llamar.

Recordaba un sueño, y no era de los más gratos.

No volaba feliz ni estaba en la confitería ni escuchaba el cuento que no acababa nunca.

Tampoco era un sueño que recondujera la pesadilla de alguna persecución, aquellas carreras sofocantes en las que una mano rozaba los pies veloces y que los gemelos siempre querían que volviera a recordar, pues ellos mismos se disponían a salir corriendo y a dejar que Pulgar los apresara por los talones.

Llamaba a una puerta, como ahora se disponía a hacer, y tardaban mucho rato en abrirle, como ahora estaba sucediendo, ya que primero tímidamente y en seguida con más decisión Pulgar golpeó en la puerta con los nudillos.

Abría una vieja, le miraba.

Pulgar también la miraba y existía un difuso reconocimiento, como si en aquel rostro apacible en el que brillaba la blancura del cabello y resplandecían unos ojos a los que el cansancio no lograba quitar el brillo, hubiese algo familiar, un recuerdo afectivo que en la imposibilidad de revelarse acababa haciéndose ingrato.

Entonces la vieja comenzaba a llorar o, al menos, una lágrima se dibujaba en uno de sus ojos como el preludio de lo que acabaría siendo un amargo llanto. Y cerraba la puerta, temblorosa y disgustada.

Pulgar le preguntó una vez a su madre, después de que el sueño se hubiese repetido con alguna pequeña variante, por alguna mujer como la del sueño, una de las abuelas o alguien que tuviese algún grado de relación familiar.

Yo no sueño nunca, dijo su madre. Jamás tuve un sueño, ni siquiera de niña o jovencita, afirmó con aquella convicción que tantas veces unía la tristeza y la desgana. No puedo orientarte, hijo mío, pero, en cualquier caso, será una buena

señora que alguna vez acabará por reconocerte. A un niño bueno como tú todos lo quieren.

La puerta se abrió con mucha dificultad, daba la impresión de que los goznes estaban atascados o que acaso la madera hubiese crecido humedecida.

—¿Eres el hijo de Armunia?... —inquirió con sorpresa el hombre que acababa de abrir, después de hacer un esfuerzo por distinguir a Pulgar en la oscuridad.

—Soy de Larmina y busco a mis hermanos.

—Los de Larmina viven en el bajo del nueve, pero aguarda un momento, chaval. Arriba hay una mujer que te está esperando...

Sola y perdida

Un niño no podía entender la proporción entre los sueños y la felicidad.

La constancia de la falta de los mismos tenía en la confesión de la madre, como bien recordaría Pulgar cuando se hizo mayor, esa frustración con que la no soñadora reconoce no ya su incapacidad para que los sueños visiten sus noches o entretengan el murmullo de las duermevelas, sino para que el aliciente de las fantasías recree algún sentido idealizado de la existencia, en lo que el soñar tiene de ilusión a la que aferrarse, sabiendo que en la dura realidad nada rebasa la proporción de lo verdadero.

Tampoco la madre contaba nada o, al menos, nada que no correspondiera a la verdad de la vida o, más exactamente, a la verdad de su vida, a la que pertenecían su memoria y experiencia.

Contar le suponía un gran esfuerzo.

Eran más naturales los comentarios y, por supuesto, los mandatos o las súplicas o las recomendaciones.

En muy pocas ocasiones Pulgar habría oído quejarse a su madre, tal vez en alguna discusión conyugal, poco frecuente, aunque los reiterados incumplimientos del marido, sus desapariciones y disipaciones, motivaban algunas y, sobre todo, el hecho de que con su presencia, tras los regresos, el silencio habitual de la madre adquiriera un espesor singular, y en el gesto dolorido y cansado de la misma se expandiese la indignada amargura, como si el límite de su resignada conciencia volviera a rasgarse y en ese punto de desesperación final, al que iba a llegar, se confrontara, una vez más, lo que ella misma había dado por perdido desde hacía tanto tiempo, acaso desde el instante en que sus ojos mostraron la melancólica somnolencia en la fotografía de la boda.

Esa incapacidad de contar reducía sin remedio lo que los hijos sabían, lo que los niños solicitaban con el requerimiento de lo que a ella le correspondía en el recuerdo de su propia niñez, que con bastante insistencia llegaron a pedirle, aunque el desánimo alcanzó primero a los gemelos que a Ninfa, y el propio Pulgar salió en defensa de la silenciosa negativa de la madre advirtiéndole a Ninfa que no se pusiese tan pesada.

—Mi madre era como yo... —dijo Ninfa un día, sin venir a cuento, cuando

jugaba con la muñeca, no mucho después de que la bala perdida hubiera alcanzado a la madre en la calle.

Pulgar no hizo ningún comentario, los gemelos que no andaban muy lejos ni siquiera parecieron enterarse.

—Era como yo... —insistió Ninfa—. Me dijo que de niña era clavada a mí. La misma niña. Yo quiero ser igual que ella. Quiero decir que, cuando sea mayor, quiero ser igual que ella. Igual de guapa y de buena.

De pronto los gemelos se quedaron quietos, mirándola, como si hubiesen recordado que no veían a su madre desde hacía tiempo.

—¿No va a venir?... —dijo uno.

—No viene... —constató el otro.

—Era como yo... —repitió Ninfa orgullosa, mientras acunaba la muñeca.

Pulgar miraba por la ventana de la cocina.

Los escombros que se acumulaban en el patio interior iban creciendo como si alguien hiciese una recolección de lo destruido: la cosecha de la ruina que en el Barrio siempre había tenido un fértil resultado, ya que el abandono contribuía a ella.

Recordó algo de lo poco que hubiera contado su madre, las palabras tan estrictas, las emociones contenidas, una caricia cautiva, un beso solapado, el seguimiento pegajoso de los gemelos, cogidos de la falda hasta que desistían sin que ella se lo pidiese.

Lo recordó mientras miraba a Ninfa acunar a la muñeca y repetir otra vez que su madre era como ella.

En la Estación de Doza, podía tener seis años.

Me llevó mi tío Elidió a esperar a mi tía Veda, venía en el tren a media tarde. No sé lo que me llamó la atención en el andén, cualquier bobada. De pronto me di cuenta de que mi tío no estaba a mi lado.

Me parece que no me moví pero según fue pasando el tiempo, empecé a asustarme y a moverme, incapaz de llamarlo, ya que la voz no me llegaba al cuello de la camisa.

El tren llegó y en el andén hubo cada vez más gente. Luego, poco a poco, mientras yo iba de un sitio a otro, seguro que como mucho cuatro pasos a un lado y los mismos para volver, la gente comenzó a irse y, cuando quise darme cuenta, estaba sola.

Sola y perdida.

Pulgar se imaginó fácilmente a Ninfa en la Estación de Doza, tal como su madre

contaba aquel suceso. Sola y perdida. Esa imagen rescataba también lo que él mismo había sentido en aquellos extravíos en los que Larmina desaparecía del mundo.

Miraba por la ventana.

Los escombros eran como el espejo donde se reflejaba un cielo de piedra y barro.

No tardaron en recogerla.

Todos los niños se pierden. Todos los niños estuvimos alguna vez perdidos. El mundo está lleno de niños perdidos.

Armunia

Subió las escaleras según la indicación que le hizo el hombre, aunque no acababa de entender a lo que se refería cuando le dijo que arriba había una mujer que le estaba esperando.

—No importa que no seas el hijo, en cualquier caso se alegrará de verte... — opinó el hombre, que había dejado de observarle asombrado pero lo hacía con mucha curiosidad, como si no acabara de convencerse de que no se trataba de una aparición —. Es el tercero derecha, no hace falta que llames, la puerta la tiene siempre abierta. Y espera un momento, chaval, te voy a dar una vela para que no tropieces.

Mantuvo la vela en la mano derecha y fue ascendiendo los escalones con mucho cuidado, rozando con la izquierda el zócalo. El hombre había cerrado la puerta después de entregarle la vela encendida.

—¿Es que eres de Larmina?... —quiso saber.

—De allí soy, y busco a mis hermanos —volvió a repetir Pulgar.

—En el nueve te dirán algo, y a lo mejor hasta Armunia puede echarte una mano. Un hijo no se pierde todos los días. Esa mujer te espera. Es un consuelo.

No estuvo completamente seguro de haber ascendido hasta el tercero, pero cuando cruzó el rellano y acercó la mano izquierda a la puerta se dio cuenta de que, tal como le había advenido el hombre, no estaba cerrada.

Era un piso muy parecido al suyo de Larmina, con el mismo recibidor y el pasillo que encaminaba las habitaciones hasta el fondo de la cocina y la galería.

Esa sensación le hizo moverse con mayor seguridad, como si también el interior conservara un aroma nada extraño, aquella cercana emanación de colonia y lana que se mezclaba con el guiso y la cera, o la acritud de la sosa, el jabón y el estropajo en el lavadero, mientras la tarima resonaba con el mismo sopor de las pisadas que emitían las zapatillas de su madre o el correteo de los pies desnudos de los gemelos a quienes Ninfa había prometido perseguir.

—No me hago ilusiones... —dijo muy dulcemente la mujer que estaba al fondo del pasillo y que acababa de abrir la puerta de la galería—. No estoy tan chiflada como para pensar que el que viene es el que perdí, pero me doy cuenta de que son muchos los que no tienen donde volver. Anda, no te retrases más, seguro que estás muerto de

hambre.

En la galería había dos velas encendidas, una en la mesa camilla y otra en el cercano aparador.

Pulgar sopló la llama de la suya y, por un instante, quedó quieto, más indeciso que conturbado, ya que la figura de la mujer le producía un sentimiento contradictorio de timidez y confianza.

—Vergüenza ninguna... —le aconsejó ella—. No vienes a pedir limosna aunque tampoco quieras aparentar que lo haces para reclamar lo tuyo. Yo no me hago ilusiones ni me confundo. La cena está en la mesa, anda, no te entretengas.

Obedeció.

La mujer le indicó la silla. En la mesa había un plato en el que en seguida le sirvió una sopa humeante.

Pulgar había dejado la vela, tenía los dedos llenos de cera pero no tardó en coger la cuchara y comenzó a sorber la sopa con cierta precipitación que la mujer observó condescendiente.

—No tengas prisa. Luego voy a freírte un par de huevos, y de postre una naranja. Tampoco es un banquete, pero por lo menos que puedas acostarte sin el estómago vacío.

La mujer se había sentado frente a él, dispuesta a servirle más sopa.

—Me llamo Armunia... —le dijo, sonriente.

—Yo Pulgar. Soy de Larmina y estoy buscando a mis hermanos.

—¿Cuántos tienes?...

—Tres.

—Los encontrarás, no lo dudes. Eres muy pequeño, tienes toda la vida por delante. Los años de los niños son mucho más largos que los años de los hombres y las mujeres. Nada me hubiera gustado más que haberme quedado de niña. Seguir siendo la niña que fui y no la mujer que ya no tiene el tiempo suficiente. Hay que buscar con paciencia, pero nada impaciente más que esperar al que no vuelve. No me hagas mucho caso y, como ya te dije, no pienses que estoy chiflada, eso ni se te ocurra.

Pulgar comió tres platos de sopa.

Los huevos le supieron a poco, rebañó el plato con el pan hasta dejar brillante la loza. La naranja la acarició sin decidirse a pelarla. Aplazar el momento de hacerlo la hacía más apetitosa, no recordaba el tiempo que llevaba sin comer una naranja.

—Cómela, que te doy otra... —le animó Armunia.

—Gracias... —musitó Pulgar.

—Yo soy la agradecida. Eres un consuelo. La puerta ya viste que está abierta para

que nadie tenga que llamar, y sea más fácil que venga quien lo necesite. Un hijo cualquiera. Un niño como tú o como cualquier otro. Es verdad que un hijo muerto no tiene remedio, y que más allá del consuelo no hay otra cosa. Me animo de esta manera, aunque casi siempre la cena se queda fría.

El aviso

Dio un traspie en uno de los escalones y a punto estuvo de perder el equilibrio.

La naranja que llevaba en la mano se le fue escaleras abajo y, en la oscuridad, el riesgo se unió a la rabia de perderla y se mantuvo quieto unos segundos, como si necesitara ganar la confianza para seguir bajando, ya que algunos de los escalones parecían desajustados o rotos y resultaban inseguros.

—Ya sabes que puedes volver cuando quieras... —le había dicho Armunia, a la que había escuchado moverse por el piso y tardó un rato en regresar a la galería cuando él ya había terminado la cena—. También te voy a decir una cosa, antes de que te marches. Cuando te canses de buscar, lo mejor es que esperes. La idea de andar buscando proviene de la necesidad de hacerlo y se hace obsesiva aunque no produzca resultados. Entonces se convierte en la única justificación, y se acaba perdiendo el tiempo. También lo acaba perdiendo el que tanto busca, no sé si no será la peor manera de extraviarse. Te lo digo por experiencia.

Pulgar la miraba con los ojos muy abiertos, intentando desentrañar el sentido de aquellas palabras. Armunia le acarició la cabeza.

—Espera... —repitió, como un consejo que ella misma había aprendido—. Puedes encontrar pronto a tus hermanos, seguro que es así. Pero cuando te canses, si llega el caso, es mejor que los esperes. Tendrás que volver al Barrio y también conviene que hagas una cosa. Hay una Ermita en la Plaza del Temple, está medio derruida. Es un sitio adonde va mucha gente que busca y también, ahora que es conocida, muchos de los que se perdieron. Algunos dejan un mensaje prendido en la pared, cualquier aviso. No dejes de pasarte por ella.

Alcanzó el rellano de lo que podía ser el primer piso, oyó un ruido, tal vez una puerta que se abría, unos pasos indecisos.

—Es la prueba definitiva... —dijo finalmente Armunia, a quien Pulgar distinguió en el rostro unas ojeras muy marcadas que denotaban la huella de quien perdió la costumbre del sueño—. Cuando ya no queda otra cosa que hacer y, sin embargo, no te resignas. Espero a mi hijo, espero a cualquiera que venga. Tiene que volver para

justificar que yo lo aguarde y, si te soy sincera, debo decir que no puedo quejarme. La cena se queda fría muchas noches pero no todas.

Pulgar tuvo miedo. La contrariedad de la naranja caída cedió al temblor que le producía la sensación de que alguien le vigilaba. Dio unos pasos después de afianzar con la puntera de la bota la dirección de los siguientes escalones.

—¿Eres el chico que viene de cenar donde Armunia?... —inquirió una voz muy cerca.

—Soy Pulgar —respondió sin poder evitar el estremecimiento.

—Tienes que hacerme un favor.

Pulgar divisó el contorno de la figura cercana. Por la voz tal vez alguien joven y lleno de cautelas.

—Es un aviso.

Pulgar intentó alcanzar el siguiente escalón. Una mano se había posado en su hombro.

—Te lo pido por lo que más quieras. Es un aviso y sólo tienes que cruzar la calle, justo al portal de enfrente. Asomas la cabeza y dices: Dino te necesita. Luego, sin que tengas que comprobar nada ni recibas respuesta, puedes irte. El que aguarda el aviso ya entiende la necesidad.

—Es que me da un poco de miedo... —dijo Pulgar, cuando ya bajaba el siguiente escalón.

—Del miedo vivimos unos y otros, ya no se le puede hacer caso. No me falles. Es una necesidad. No te va a pasar nada. Dino te necesita, tres palabras asomando la cabeza al portal sin comprobar siquiera que haya alguien. Hay quien espera y hay quien necesita de los otros. Yo no sé si tú eres de los que se perdieron o de los que buscan, me da lo mismo. Yo soy de los necesitados. Lo que pido es bien poco y, sin embargo, en ello me va la vida. ¿Sabes cómo se consume en la desesperación el fugitivo?...

Pulgar se detuvo, volvió la cabeza, parecía la figura de un hombre joven y muy alto.

—Se consume sabiendo que lo dejaron solo, que no hay agarraderas. La espera así no vale de nada. El aviso requiere la contestación. Una señal, algún indicio. El fugitivo tiene que huir, no le basta con esconderse. Esta noche es la última.

La señal

—Dino te necesita.

—Dios lo confunda. Veo la señal en la ventana, la misma lamparilla que se enciende y apaga y ninguna resolución. Sólo hago que vigilar por si se decide. ¿Es que quiere que lo saque cogido de la mano?...

—Yo traigo el aviso.

—¿Y tú quién eres?...

—Soy Pulgar.

—Anda, entra, que por lo menos te vea la cara. No acabo de comprender cómo ese hombre puede escapar con tantas prevenciones. El mismo peligro de marchar lo tiene el que le ayuda, pero la falta de decisión extiende el riesgo por todas partes.

—Yo sólo traigo el aviso.

—Pero si eres un chaval.

—Subí a casa de Armunia, me dio de cenar.

—No me digas que eres uno de los mil hijos de esa chiflada. Esta calle tiene la desgracia de contarla entre sus vecinos, de igual modo que en otras hay seres que no se conocen y hasta bichos que contagian la tiña o la rabia. ¿De dónde vienes, si puede saberse?...

—De Larmina, y busco a mis hermanos.

—Vana pretensión. Vuelve al Barrio, acomódate, haz la vida que necesites, no pidas otra cosa que la que puedas obtener. Ahora empiezan a salir los escondidos y no hay sitio para todos. No busques.

—Ese hombre me dijo lo que acabo de decir.

—El aviso es que es un muerto que no se resigna o, lo que es igual, un vivo en muy malas condiciones, dadas las circunstancias. Un huido, un fugitivo.

—Le necesita.

—La otra te espera, éste me necesita. Yo soy un ser de muy pocos recursos. Los años me hicieron receloso. La vida me diezmó. La guerra me hizo añicos. Mira esta mano, la derecha, fíjate en ella, lo que pudo coger ya no lo sujeta. Lo que agarraba, no se le sostiene, ni siquiera lo alcanza. Y ahora mírame la cara, acércate, no te dé miedo, el ojo que tengo cerrado nunca jamás volverá a despertar. En realidad, bien podría decir que el tuerto duerme la mitad de lo que durmió el sano, siempre ojo avizor, pero no es el tuerto el herido, la esquirla que reventó el globo. Ahora vuelve a decirle a Dino que la necesidad es el resultado de la cobardía, que cada cual sobrelleva su carga.

—Yo me tengo que marchar.

—Haces bien, chaval. El aviso ya lo diste. La barriga ya la llenaste si, como dices, estuviste cenando donde Armunia. Buen provecho, mejor suerte.

—Es que me dijeron que en el nueve hay unos refugiados de Larmina, y a lo mejor saben algo de mis hermanos.

—En el nueve lo que hay es la misma gente intratable que en cualquier otro número. La calle está echada a perder desde que Dios maldijo Borenes y en sus plazas y correderas se aposentó el Diablo. La razón la tenían los curas, chaval. Si no hiciste la Primera Comunión ya te puedes dar por jodido.

—Me voy.

—No lo hagas sin escucharme, no seas maleducado. Ese Dino tiene la misma necesidad que el hombre que mataron ayer, casi a estas horas, unos números más abajo. Y no se puede prevalecer de ser sobrino o nieto o hasta hijo, lo que menos le importe. La obligación del que huye es salir pitando y, a ser posible, sin mirar hacia atrás. Eso vas a decirle. Yo vigilo desde aquí. Le dices que baje, que se asome, que salga, que corra. Se lo dices de mi parte.

—No voy a ir.

—Vete de una puta vez, chaval, que cierro la puerta.

—Le necesita.

—Estoy yo más huérfano que el hijo muerto de esa chiflada, y encima sin nada que cenar.

—Me hace daño.

—Es el mejor consejo, no lo eches en saco roto. Déjate de avisos, llamadas y búsquedas. Un crío como tú no tiene nada que decirle a nadie, nada que hacer, ninguna obligación. Tampoco el mundo te necesita para nada. Las necesidades son las que matan al que las tiene, aunque en muchos casos de ellas se vive. No sé si no viniste a engañarme. Ese Dino está más muerto que yo mismo, la lucecilla de la ventana es el alma en pena, una señal del más allá. El hijo de la chiflada. Anda, vete de una vez, no vaya a tener que darte dos bofetadas...

Escombros

La mañana esparció la misma niebla del día anterior, como si la respiración del Urgo y el Nega confluyese en el despertar de los dos ríos. Las vegas la arrastraban en el curso paralelo, y en el entramado urbano se detenía como la yedra perezosa que lame la piedra de la muralla.

Muy temprano emprendió Pulgar el camino por las calles que bordeaban la Ciudadela para llegar lo antes posible a los Almacenes Merecimiento, de los que sólo le habían dado la orientación.

—Son unos Almacenes de coloniales y se llaman así. De la chica que te decimos no sabemos el nombre, también es de Larmina, ella te puede ayudar.

En el bajo del nueve de Cedero había un matrimonio de mediana edad y muchos hijos, algunos de los cuales asomaron curiosos cuando, en la noche ya avanzada, le abrieron la puerta no sin prevención.

Pulgar había corrido calle abajo después de zafarse de aquel hombre que, en un determinado momento, le amenazó con darle dos bofetadas. Deambuló un rato antes de decidirse a regresar por la otra acera hasta el número nueve.

—No te engañaron... —dijo la mujer, que encendió una vela tras solicitar al marido que apagase la linterna con que se alumbró al abrir la puerta—. A esos gemelos los recordamos de sobra, ya que fue una pena ver cómo los separaban. Vivían en una calle cercana a la nuestra. Aquella mañana con los derrumbamientos hubo mucha confusión. Esa chica lo sabe, yo creo que uno vino con ella o algún conocido. Lo que es seguro es que trabaja en los Almacenes.

De Ninfa no sabían nada, a ninguna niña determinada recordaban en relación con los gemelos.

La mujer repetía que fueron momentos de mucha confusión, y que ellos lograron marcharse lo antes posible, entre el desorden de los desalojos.

—Esa zona del Barrio la acordonaron con la mayor urgencia. Lo cierto es que estábamos avisados, ya sabes que una de las primeras casas se cayó con dos familias dentro. Ahora Larmina es un montón de escombros.

Ese pensamiento determinó el sueño entrevelado de Pulgar, que, cuando volvió a deambular calle abajo, antes de decidir colarse en alguno de los portales para pasar la

noche, se fue fijando en lo que la oscuridad almacenaba como una sucia cosecha.

Los escombros parecían brotar en la noche.

La ruina tomaba en la protuberancia del sueño una peculiar deformidad, como si en el pensamiento de Pulgar se confundieran el ruido de los desmoronamientos y las masas que acumulaban el espesor de su invasión.

Fue un sueño más motivado por el cansancio que por la necesidad. El portal estaba frío y, aunque la capacidad de Pulgar para comprimir su cuerpo, sentado y abrazado a las piernas, lograba la mayor concentración y defensa, el frío incrustó algún estremecimiento que todavía logró doblarle más.

Ahora Larmina es un montón de escombros.

Las palabras de la mujer no sólo constataban el resultado de la huida del Barrio donde habían sido vecinos, sino la desaparición de lo que allí pudo ser la vida de todos ellos, lo que Pulgar recordaba sin que el sueño, que tanto se resistía, dejase esclarecer por completo, ya que el montón de escombros era como el resultado de una tormenta arrasadora, y en el pensamiento persistía esa demolición y ese estruendo: un eco de la soledad y el vacío que también alimentaría los pensamientos y los sueños que habrían de amontonarse con los recuerdos, cuando Pulgar fuese mayor.

No podía hacerse a la idea de que los gemelos hubiesen sido separados.

Los ojos de Nino y Vero tenían siempre la misma dirección y el pálpito común que les hacía ver y sentir las mismas cosas, participar de igual asombro, reconocer lo que jamás pertenecía a cada uno, como si hasta en el revuelo que formaban alrededor de la madre o el padre cuando regresaban a casa no fuera posible distinguir otra voz, otra risa, otra animación.

—No sé por qué no dejáis de ser iguales... —les dijo un día Ninfa, sin que ellos pudieran hacer otra cosa que abrir al tiempo la boca—. Sería más divertido que os pudiera distinguir, y seríamos uno más para jugar.

La lágrima

Es rubia y baja, había dicho la mujer, pero entre quienes llegaron a los Almacenes Merecimiento a primera hora de la mañana, con el aire somnoliento y apresurado de los empleados, no distinguió Pulgar a ninguna chica que respondiera a esos datos, y el intento de preguntar por ella apenas le condujo hasta el oscuro escaparate donde la muestra de los productos acumulaba tanto desinterés como descuido.

Paseó por delante de los Almacenes, fue por la calle cambiando de acera, intentando no perder nunca de vista la entrada, vigilando a las pocas personas que, a lo largo de la mañana, asomaron al interior, como si la intención de comprar fuese sustituida por la de satisfacer alguna curiosidad, o a quienes salieron para hacer un encargo o mirar la calle con el gesto aburrido del que espera que venga alguien sin demasiado interés.

La vio al mediodía.

Una chica baja y rubia, algo regordeta, de andares muy decididos. Estaba en la esquina de los Almacenes, dispuesta a cruzar y alejarse, y en ese momento Pulgar pensó que había otra entrada en la parte de atrás, precisamente donde aparcaba una camioneta que había visto llegar e irse hacía un buen rato.

La siguió.

La chica movía también con mucha decisión el bolso que llevaba en la mano derecha. Los rápidos movimientos denotaban la seguridad de su camino, tal vez hasta el cumplimiento apresurado de un encargo o una obligación en un determinado lugar, aunque Pulgar no hacía ningún cálculo: la indecisión de alcanzarla retrasaba con cierta angustia lo que podía parecer una persecución inútil, ya que la chica iba demasiado veloz y, en las calles aledañas a la Ciudadela, el círculo urbano se abría y cerraba de modo muy irregular, con los pronunciados contrastes que desparramaban algunos bloques hasta dejarlos sueltos.

Hubo un momento en que la perdió, precisamente cuando Pulgar apretaba el paso, más sofocado que nervioso, todavía sin ningún cálculo de cómo debiera abordarla y, sin embargo, decidido en la dirección de llegar a su lado y hacerse notar, acaso preguntarle lo que deseaba saber sin más miramiento ni previsión.

Estaba sentada en un banco de piedra, entre el límite de la calle y las paredes

derruidas que marcaban la línea de unos solares y la bajada de otra calle en la que los bloques se iban desprendiendo sin una ordenada continuidad.

Ahora los gestos resueltos de la chica se habían reconvertido en una actitud inmóvil.

Estaba sentada con el bolso atrapado en el regazo, la cabeza baja, las rodillas muy apretadas bajo la falda y el abrigo oscuro del que Pulgar percibió el color pardo y el desgaste que lo diluía, como si la vejez de la tela o el uso excesivo matizaran la pobreza de su antigüedad.

Se acercó a ella y lo hizo con una confianza absoluta, sin que la timidez o el respeto tuvieran que ver con aquel encuentro, ahora que ella había dejado de caminar hacia donde tan convencida se dirigía, y en el gesto de su renuncia, en aquella forma de haberse detenido, hubiese otra contradicción más allá de su voluntad, lo que probablemente comprobaba Pulgar según llegaba a su lado y distinguía en el temblor de las manos que aprisionaban el bolso, y el suspiro que vaticinaba el llanto, un triste desconcierto que en vez de alertarle le animaba.

—¿Eres de Larmina?... —le preguntó, sin que esas palabras se correspondieran con la extrañeza de quien fuese por ellas requerida, como si el nombre del Barrio resultara suficiente para establecer la referencia común que también evitaría la sorpresa.

El suspiro contenía el borde de la lágrima, el esfuerzo de que el llanto no arrancase, aunque ya parecía difícil contenerlo.

—De Larmina... —asintió ella, cuando había alzado los ojos y veía a Pulgar como la figura diminuta de una aparición.

—Yo estoy buscando a mis hermanos. Se los llevaron de Larmina algunos vecinos cuando los últimos derrumbamientos.

No pareció entenderle, siguió mirándole, volvió a suspirar, luego se llevó la mano derecha a los ojos, el nuevo suspiro no había contenido la lágrima.

—Yo vengo por el hombre que me engaña —dijo muy convencida y apenada—. Ésta es la última vez. No soy una mujer que se deja pisar. Dios sabe que ese bandido no lo merece, pero estoy aquí para echárselo en cara.

Rita

Claro que me acuerdo, le diría después, tras comprometerlo para aquel encargo que Pulgar no comprendía con exactitud, al menos el sentido razonable del mismo, acaso porque de eso se trataba, de una ocurrencia nada razonable.

—Yo lo que hago... —dijo la chica, que acababa de sacar un pañuelo del bolso y en vez de limpiarse la lágrima se sonaba la nariz— es quedarme aquí sentada, como una estatua. Es la última vez, pero tendrá que oírme.

La indecisión de Pulgar en el camino tras ella se convertía ahora en duda al escucharla, no acababa de enterarse de lo que significaba la divagación en que la chica se iba enredando, al tiempo que sus palabras dejaban deslizar la indignación creciente.

—Yo no voy a decir que el hombre que quiero puede ser un cantamañanas al que le doy sopas con onda, por mucho que él se valiera por sí mismo, ya que tampoco es eso. Se vale menos de lo que cree. Es más bobo de lo que parece. Pero el corazón, como bien se sabe, tiene sus manías y no está en la voluntad de una poder corregirlas. Lo quise por lo que imaginé, por lo que me dio que pensar, hasta que empecé a ver las cosas claras, primero con las sospechas oportunas, y luego convenciéndome de lo equivocada que estaba.

Le había hecho una indicación a Pulgar para que se sentara a su lado, y volvía a sonarse con estruendo.

—Me llamo Rita. De Larmina soy, sí, señor, aunque ahora vivo por el Ejido. Nadie sabe la razón de que ese Barrio haya sufrido tanto. He visto desplomarse tres casas como si fueran de papel. La pena de perder lo que se tiene es comparable a la desgracia de que te quiten el amor o la confianza. Un bandido es un hombre que roba lo que no mereció, que desprecia lo que con tanta devoción le dieron.

Guardó el pañuelo, cruzó los brazos, alzó el rostro con un gesto adusto, mordiéndose los labios.

—Vengo por él, a pedir cuentas, a que se explique. Es la última vez pero no conseguirá que me vaya hasta dar la cara. Desde hace tres días me pongo aquí, para que sepa que lo vigilo. Las cartas no se atreve a contestarlas. Es tan ruin como cobarde, pero yo no soy una mujer que se deja pisar, el orgullo lo tengo repartido en la misma proporción que la honradez. Y a sincera nadie me gana. La pobreza no me hizo menos trabajadora, tampoco me humilló. Se las puede dar de chupatintas, y no

por ello es más vago y menos responsable. Un hombre que no pesa cincuenta y cuatro kilos, que tiene el poco pelo blanco y un andar descompensado que siempre me hizo sospechar de que tuviese los pies planos. Una bicoca para una mujer a la que cegó el cariño o la misericordia o la conmiseración, porque ya no sé de dónde vino la manía de consentir ser su novia, ni siquiera de que me sacara a pasear.

Miró a Pulgar, acercó la mano derecha para acariciarle la mejilla.

—Pobre chico... —le dijo—. Lo sucio y desastrado que andas. No hay tiempo peor para tener la edad que tienes, aunque la mía tampoco es manca. Se pasan estos años malos y con ellos la juventud y las ilusiones. Te las roban. Soy una mujer saqueada. Aquí me puedes ver como si el que me tuvo o me quiso, que pudiera dudarse, me hubiera tirado a la basura. Piedad ninguna.

Volvió a bajar la cabeza, el suspiro fue más hondo.

—Ese hombre, al que me vas a hacer el favor de llevar el recado que te diga, me esperaba un día a la salida de los Almacenes Merecimiento, que es donde trabajo. Me gustan las rubias, dijo con la gracia sosa de quien no da más de sí. Un piropo bobalicón que, sin embargo, no me fue ajeno, en estos malos tiempos es cuando más necesitada se anda. No hay amabilidad. La esencia en frasco pequeño, dijo después, viniendo detrás de mí con la zalamería del que parece que va a dar un traspies. Me llamo Enero y a lo mejor tú te llamas Rita. Aquello me hizo pararme y volver la cara para mirarlo. El hecho de que supiera mi nombre demostraba un interés que no podía dejarme impasible. Por Enero empieza el año, la vida siempre tiene un comienzo, los meses y las circunstancias deben evitar el desorden. Un hombre que si el viento soplara un poco fuerte podría llevárselo. Muy poca cosa y, sin embargo, los ojos, que era lo más importante que tenía, mezclaban la lástima con la intención. Hay personas que comen con los ojos lo que a la boca no les llega. Lo que más me gustó, cuando empezamos a salir, es que distinguiera con tanto conocimiento de causa el rubio natural del teñido. Me gustan las rubias verdaderas, las mujeres sin espinas. Resultó un bobo con labia y, la verdad, para mi vanidad y desgracia, nunca hice asco a los bobos. De los listos no tengo buenas experiencias. Las mujeres sin espinas, ya ves qué ocurrencia.

El recado

Es un niño muy guapo, dijo Rita, y lo llevó una chica que trabaja en una casa del Paseo del Comendador, una casa muy buena, me parece que de un médico o un abogado. Un matrimonio sin hijos. La chica se hizo a la idea de que podían acogerlo y así debió de resultar. De otro gemelo no tengo noticia, pero ella sabrá decirte algo.

Pulgar caminó hacia el bloque que le había indicado. La indecisión conllevaba la duda y en los pasos, lentos y desanimados, se sentía vigilado por Rita, cuyas instrucciones contribuían a hacerle más penosa aquella distancia.

—Es un recado. La última vez, ya que me lo juré a mí misma, pero el engaño es lo que menos puedo consentir. Luego, cuando te das cuenta de que el bobo es un bandido, te come la rabia. El bobo, el iluso. La esencia en frasco pequeño, la rubia natural, ese pelo de verdad que en nada se parece al teñido de las artistas. Se te pone cara de tonta y, además, siempre hay alguien que te advierte sin disimular el recochineo. Enero no es el mejor mes. Los listos van directamente al grano, pero los bobos dan rodeos, enredan, y no se sabe si es por falsedad o porque son incapaces.

Era un bloque desprendido, al pie de la calle transversal, nada lejano al banco donde Rita permanecía sentada y, al parecer, donde lo había hecho en los últimos días, sin duda convencida de que Enero podría estar mirándola desde una de las ventanas del tercer piso, al que Pulgar debería subir.

—Vive con su madre, es hijo único, pero ella a estas horas nunca está en casa. Tampoco el hijo único es una bicoca, si se considera la cantidad de caprichos con que habitualmente se los cría. Yo aguanté lo indecible porque como pertenezco al otro bando, el de las familias numerosas, no estaba muy al tanto de las veleidades y manías del único. Son seres que sólo miran para sí mismos y la propia satisfacción, el mundo empieza y acaba en ellos. El egoísmo es la cara más sucia de las personas y, según te vayas haciendo mayor, más dolorosamente lo entenderás. Ahora Enero no sólo me parece el peor mes del año, también el más fraudulento y desvergonzado.

Antes de entrar al portal se volvió para comprobar que Rita seguía sentada en el banco. De nuevo había sacado el pañuelo del bolso y le pareció que con él en la mano

derecha le hacía una seña de ánimo o despedida.

—Le dices que aquí estoy, no para que me vigile como un cobarde y un taimado desde la ventana de la alcoba adonde más de una vez me hizo subir, sino para que baje y dé la cara y escuche lo que tengo que decirle, que no es mucho pero sí suficiente. La puerta no quiere abrirla cuando sabe que soy yo la que llama, pero ahora no le quedará más remedio. Le dices que Rita no es una mujer a la que puede pisar un mequetrefe, y que hay una mayoría comprobada de rubias teñidas, que las naturales somos las menos. Yo no pago el desprecio con el olvido ni me resigno a que me engañe un hombre que me juró su amor. Los bandidos andan por los montes, en las calles y en los barrios los hombres se la juegan sin esconderse. Dile que una mujer burlada es como un bicho herido que se lame sin que cese el dolor, y se revuelve por muchos años que pasen. Se lo dices de mi parte.

El hombre tardó un buen rato en abrir la puerta.

Era tal como Rita lo había descrito, con la única diferencia de que embutido en el pijama todavía parecía pesar menos, y los pies desnudos acentuaban su bamboleo cuando dio unos pasos vacilantes por el pasillo antes de que Pulgar se decidiera a seguirle.

—Es una pirada, chaval, ¿qué quieres que haga?...

—Yo venía a decirle lo que ella me encargó.

—Te resultará difícil. No creo que siquiera seas capaz de resumirlo. Está grillada. Yo soy un pobre enfermo. El pulmón, la espina dorsal, una úlcera de estómago. Me llamo Enero, es verdad, qué le voy a hacer, la pulmonía es el acicate del enfriamiento y el catarro. O una neumonía a la vuelta de la esquina, ya que en ese mes lo mismo hiela que nieva. El invierno de la vida de mi madre, que me tuvo solo y me acomodó hasta hacerme un solitario. Y un día como cualquier otro, sin venir muy a cuento, veo a una rubia bajita y regordeta salir de los Almacenes Merecimiento y no se me ocurre otra cosa que decirle una gracia. Fue el comienzo de la persecución en que se convirtió mi existencia. Un hombre acosado, un enfermo rendido con la malsana tenacidad con que esa mujer pudiera exterminarme.

Enero

—Dices que eres de Larmina, lo mismo que ella.

—Del Barrio.

—Nunca estuve. La vida de Borenes no la conozco más allá de estas afueras, los bloques que quedan, los que están reconstruyendo, la Ciudadela y los alrededores. La enfermedad fue el aval para que me declararan inútil. Ser hijo único también resultaba una garantía, si podía comprobarse que eras el cabeza de familia y quien mantenía a la madre viuda. En la revisión, lo primero que saltó a la vista fue mi cualidad de estrecho de pecho. No me importa reconocer lo poco que valgo porque el destino de cada cual es valer lo que se puede. No sé si los de Larmina estáis hechos de otra pasta o se os suben los humos.

—No sé. En el Barrio hay derrumbamientos, y yo busco a mis hermanos.

—Ojalá los encuentres, pero ya puedes tener cuidado con mujeres como ésa, no sé por qué vienes de su parte. De lo que te haya contado, puedes dar por verdadera la mitad de la parte más pequeña.

—Conoce a una chica que se llevó a uno de mis hermanos pequeños. Me pidió que le hiciese este recado.

—La veo uno y otro día, y me quema los nervios. Siempre viene a esta hora, cuando sale de los Almacenes y, como sabe de sobra que no la voy a recibir, que la puerta no se la abro ni por todo el oro del mundo, se sienta en el banco como una estatua y me vigila, pero yo no salgo de casa, el médico me lo tiene prohibido. Los riñones, una infección de orina. La úlcera sangrante, y algo que en los últimos tiempos hay días que me tiene recluido en la misma cama sin levantar cabeza: un dolor en el costado que, en opinión de mi madre, es una inflamación. Con este cuadro, ya puedes decir que me conoces. No es Enero el mejor mes del año, en eso no la engañé.

—Ella lo único que quiere es que dé la cara.

—¿Qué cara, por Dios, por el Santísimo Sacramento del Altar?... Cuando por la mañana soy capaz de levantarme y lo hago, como hoy lo hice, voy al cuarto de baño, me acerco al espejo y me miro. Esto es lo que veo, lo que tú ahora observas medio asustado. Las ojeras, la barba chupada, el pelo arruinado, el color ceniciento de la calvicie, lo que queda de la frente despejada que tuve cuando fui un niño listo para convertirme en un hombre desahuciado. Lo que era la frente y ahora parece el mentón. Pon la mano en ella y ya verás lo fría que está. Enero no puede ser como agosto, sólo a una chiflada puede ocurrírsele que la quiera un muerto.

—Es que dice que la engañó.

—Fue mi madre la que me metió en el embrollo. Las madres no se consuelan, el amor de los hijos las vuelve tarumba. No se resignaba a verme aquí tirado. Inútil, estrecho de pecho, eximido de todo servicio. Siempre hay un roto para un descosido, decía la pobre mujer. Lo que tienes de demediado lo tienes de inteligente. Eres un hombre no muy bien parecido pero con mucha labia y bastante decoro. Con el traje nuevo pareces un maniquí, porque el apresto disimula la escasez de la carne y aumenta el empaque de los huesos, todo estriba en plancharlo con mimo. ¿De que engaño habla?...

—De no haberse portado bien.

—Le dices que en el comportamiento de un hombre cabal, muy enfermo pero muy sereno, no hay indicios de haberse comprometido más allá de lo que la educación y el recato reclaman. O si no me entiendes, que en nada me sobrepasé ni de pensamiento ni de obra. La gracia de alegrarle el oído apenas da motivo para ufanarse. La cojo del brazo ¿y ya la tengo que llevar al altar?... Rubia, baja, regordeta. Te juro que no fue la primera que vi, después de hacerle caso a mi madre, que es la que tiene la culpa, pero es verdad que me pareció la más a mano, la que mayor caso podía hacerme. No estaba errado, pero menuda penitencia.

—Dice que es la última vez.

—Menos mal. Yo calculaba que podía cansarse en una semana. Soy un hombre acabado, le dices eso, que me viste en las últimas, que el asma apenas me deja hablar. Y aprende, chaval, no eches la lección en saco roto. Las mujeres son la mitad del cielo, pero en el reino de las madres muy bien se puede prescindir de las Princesas. Un hijo único se debe a su madre viuda. La pena con que ella lo mira, cuando piensa que un día además de único quedará huérfano, es un sentimiento cicatero aunque parezca generoso. Es la pena que ella desea borrar para dormir tranquila, para que no le quite el sueño. Hay noches en que mi madre me llama como si solicitara el apoyo moral de su difunto esposo. Me escondo bajo las sábanas. Es la llamada de la sangre. En el vacío del lecho, entre las sábanas frías que no amparan mis pocas carnes, siento la necesidad de lo que una mujer podría ofrecerme, vaya que si la siento. Se lo puedes decir también a Rita. La siento como las cosquillas que pudo hacerme, el pelo rubio natural, la echo en falta, la echo de menos.

—No sé si sabré.

—No seas tonto, estoy hablando por hablar. Le dices que me diste el recado y que no hay respuesta. La puerta está definitivamente cerrada, no hay nada que rascar. Y si te parece le haces ver que no soy un buen partido. Mira qué brazos, mira qué piernas. Ni siquiera los que volvieron del frente por su propio pie estaban en mejores condiciones. La vida que pudiera darle no es ni para contarla, menudo favor le hago mandándola a la porra...

La reliquia

Rita no estaba en el banco de piedra y Pulgar observó desconcertado los alrededores. Corrió a uno y otro lado hasta descubrirla en la esquina de la calle por donde habían venido. Daba la impresión de que se iba, como si hubiese resuelto no aguardarle, convencida de que su recado no servía para nada.

Fue tras ella y, cuando la alcanzó, se detuvo, volteando el bolso y sin reprimir el gesto indignado.

—¿Qué te dijo?... —quiso saber, con un tono de voz altivo.

—Que está enfermo.

Las manos de Rita asieron el bolso como dos garras y lo llevó contra el pecho. Avanzó unos pasos, luego dio la vuelta hasta la pared más cercana, se apoyó de espaldas contra ella, el bolso atrapado en el pecho, la cabeza inclinada hacia delante. Pulgar fue a su lado.

—Yo lo cuido... —dijo Rita con un llanto incontenible, alzando el rostro, golpeando la nuca contra la pared—. Yo soy capaz de recoger sus huesos para llevarlo cargado al hombro como un saco hasta caer rendida.

Miró a Pulgar, el llanto cesó aunque todavía los suspiros extendieron los estremecimientos y el temblor de las manos facilitó que dejara caer el bolso mientras abría los brazos como si pretendiera sujetarse mejor contra la pared.

—Llevo sus huesos porque no me importa echar a la espalda la desgracia de un hombre enfermo. Lo cuido mejor que lo cuidase una madre egoísta. Puedo tomarle la temperatura, ponerle una inyección, velarlo de noche y lavarlo para que siempre esté limpio y cómodo...

Otra vez el llanto rompió los suspiros.

En un segundo pareció recuperarse y comenzó a andar, calle adelante, como si la resolución de alejarse acentuara la contradicción de lo que estaba dispuesta a hacer sin que tuviese correspondencia.

Pulgar recogió el bolso del suelo y fue tras ella.

Rita caminaba con paso decidido, al ritmo en que Pulgar había venido siguiéndola desde los Almacenes y como si también llevase una dirección premeditada.

La voz de Rita mostraba el desasosiego de sus consideraciones y de cuando en

cuando volvía el rostro, tal vez hacia Pulgar, de quien daba por seguro que la venía escuchando, o hacia la lejanía de quien quedara abandonado sin fuerzas ya para moverse de la cama y todavía intentar distinguirla desde la ventana de la alcoba.

—Ese saco de huesos puede contener la reliquia de Enero. Yo no soy una mujer creyente, soy piadosa. La enfermedad necesita de la misericordia y el amor no es tan distinto de los sentimientos religiosos. No se trata de Dios, se trata de un ser hecho a su imagen y semejanza. La pobreza y el dolor le consumieron el espíritu. Más que pobreza, miseria, porque lo poco que pesa es lo poco que vale, el montón de huesos con que se desmorona. Ni creo ni practico. La esperanza era cuidarlo y que entre las sábanas limpias sufriera lo menos posible, o lo que sufriera lo hiciese compartido con el amor y la abnegación de quien estaba a su lado.

Caminaron durante mucho tiempo.

Habían cruzado diversas calles en los alrededores de la Ciudadela y Pulgar en algunos momentos la veía alejarse, incapaz de seguir el ritmo progresivamente acelerado de Rita, de quien le llegaban las palabras cada vez más sueltas e incomprensibles.

—De esta suerte soy deudora. De la conformidad de verme hecha unos trapos y saber que ese hombre se acaba sin que exista salvación. No da el brazo a torcer, no voy yo a contradecir la voluntad de Dios, ni siendo creyente ni estando muy segura de que Dios tenga algo que ver en este episodio. Yo tenía que haberme casado con mi primo Abril, que es un mes mucho más agradable, y era un chico sin más defecto que la poliomielitis. Arrastró la pierna y la pena detrás de mí y no supe quererlo, de lo que debo arrepentirme. Un primo hermano tiene la garantía del familiar que ofrece la confianza añadida al amor, un aval para que congeniáramos. Tampoco la pierna le pesaba demasiado...

Rita tomó el bolso que Pulgar le ofrecía.

—Gracias, chaval. El Paseo del Comendador está a la vuelta de aquella corredera, al final. La chica que llevó al gemelo se llama Lena y la casa donde sirve, ya te dije, es de un médico o un abogado, a lo mejor no te interesa que tu hermano pierda esa ocasión, si decidieron quedarse con él. Te lo tienes que pensar. A mí ya sabes que me puedes encontrar en los Almacenes Merecimiento, soy dependienta.

Le dio un beso.

—¿Lo viste muy malo de veras?... —quiso saber.

—Mucho... —musitó Pulgar.

—La enfermedad lo tiene avergonzado. Voy a decirte una cosa, aunque te parezca

rara. Lo supe desde el primer momento, desde la ocasión en que me cogió la mano, con el sudor frío de la fiebre, y cuando en los labios tuve la misma sensación. Enfermo y vete a saber, a lo mejor infeccioso. Lo que no es excusa para el comportamiento, y no deje de condolerme del engaño.

Cuatro bocas sueltas

Era un Paseo no muy largo y arbolado, con los plátanos que desnudaban en la niebla otoñal los brazos entrelazados, sin que los troncos robustos perdieran el verdor grisáceo.

La niebla semejaba en el Paseo el aliento de una respiración vegetal que lo envolvía.

Pulgar comenzó a recorrerlo.

Las viejas casas de Borenes que asomaban al Paseo tenían la uniforme variedad de su sólida arquitectura, un común recorrido de balcones con herrajes de diversos dibujos y puertas de no menos sólidas y enceradas maderas con los relucientes llamadores en la línea de los mismos adornos, como si en ese limitado espacio urbano subsistiera una consolidada y armónica modernidad.

Iba fijándose en los letreros de los portales, donde a veces se anunciaba un despacho o una consulta, y según caminaba se dio cuenta de que la humedad comenzaba a afectarle y el vacío del estómago irradiaba la alerta de un hormigueo desazonador.

Por el Paseo cruzaban personas solitarias y algunas parejas y tomó la decisión de acercarse a ellas con la mano tendida, incapaz de solicitar la limosna con alguna palabra.

No obtuvo ningún resultado y entonces se metió en el amplio local de un Café que no estaba muy concurrido, caminó hacia la barra y aguardó a que lo divisara el camarero que servía tras ella.

—Quería pedirle un vaso de leche caliente... —solicitó con la voz temblorosa que acompañaba el temblor de los brazos y el castañeteo de los dientes, que en el contraste cálido del interior del local parecían haber aumentado.

—Poco pides, chaval. ¿De dónde eres?...

—Soy de Larmina.

—Entonces no tienes casa, el Barrio lo desalojaron.

—Sí, señor.

—Las Madres Asuntas recogen a los que no tienen donde ir. ¿No conoces la Casa de la Consolación?...

Pulgar negó con la cabeza.

—Es que busco a mis hermanos.

El camarero le observó unos instantes.

—¿Cómo te llamas?...

—Pulgar.

—Pues yo me llamo Cosme, y vas a hacer una cosa. ¿Ves aquella mesa del fondo, la que está debajo de la escalera? Siéntate en ella, un vaso de leche caliente me parece poca cosa para lo que necesitas.

Pulgar hizo lo que le ordenaba, y el camarero no tardó en llevarle una bandeja con el vaso, unos bollos y un bocadillo.

—¿Sabes cómo se cura un hombre de la desgracia de que los hijos se queden por ahí perdidos?... —inquirió el camarero, intentando que la sorna de su voz pareciera graciosa.

Pulgar no le entendió y se mantuvo a la expectativa, contemplando nervioso lo que la bandeja contenía, como si necesitara que el hombre le animase para comenzar a comer.

—Se cura quedando soltero. Venga, come, y no escatimes la leche, que te sirvo otro vaso cuando lo acabes.

Pulgar le hizo caso, y necesitó un esfuerzo para lograr que el vaso no se le fuera de las manos y los bollos no se le cayeran.

—Soltero.

Cosme le miraba sonriente.

—Los hijos perdidos. Es lo que más nos da la razón. Los hijos que no puedes mantener, los que se tienen que ir, los que escapan o no vuelven. ¿Cuántos hermanos tienes?...

—Tres —dijo Pulgar, con dificultad para no atragantarse.

—Tres y contigo cuatro. Cuatro bocas sueltas, y no es un récord para los tiempos que corren. Acércate a las Asuntas, vete a la Consolación. Lo peor es la calle, no te van a dar un vaso de leche en cualquier sitio. Hazme caso, chaval.

—Me han dicho que uno de mis hermanos está recogido en una casa de aquí, del Paseo. La casa de un médico o de un abogado. Lo trajo de Larmina una chica que se llama Lena.

—¿Una chica que sirve en la casa?...

—Me parece que sí.

—Pues si es verdad, no será difícil enterarse —dijo Cosme—. Te lleno el vaso.

Pulgar comenzó a sentir que los párpados se le cerraban. Le costó terminar el bocadillo. La leche caliente reconfortaba el estómago y atraía el sueño, como si con el alivio de la humedad y el frío le llegara una parálisis que le hacía perder la

conciencia o el cuerpo se fuese diluyendo.

—Anda, da una cabezada. Voy a preguntar si alguien conoce a esa chica.

La Madrina

La figura de la Madrina formaba parte del sueño y del pensamiento y, en ambos casos, era la imagen consoladora de aquellas largas tardes en que la acompañó, cuando ella permanecía sentada en la cama, sin levantarse, con la respiración entrecortada que muchas veces le impedía hablar: el ahogo que estremecía su pecho, los ojos con el brillo helado de la fiebre, que siempre disimulaba con las mismas palabras.

—No son las décimas, es el efecto de haberlos forzado tanto. Con las bombillas pasa lo mismo, después de estar encendidas y antes de fundirse parece que brillan con la luz enferma. La costura me dejó esta mirada.

Pulgar solía sentarse a un lado de la cama.

Sobre el cabezal había una estampa de la Divina Pastora y encima de la mesita dos fotografías coloreadas: la de la boda, en la que la Madrina tenía pegada la cara a su marido, no con la espontaneidad con que tantas veces lo hubiera hecho sino cumpliendo el mandato del fotógrafo que pedía un gesto de naturalidad, y la de sus dos hijos en una posición no muy distinta.

De la desaparición del marido apenas hablaba la Madrina.

—Un hombre que se marcha de viaje y no vuelve... —decía alguna vez, más abstraída que inquieta—. De todo le puede suceder, pero lo más incomprensible es lo que deja. Las razones, si las hubiese, no se entienden, otra cosa serían las sinrazones. No se sabe. A veces con quien se vive es a quien menos se conoce, y también es verdad que un viaje es un peligro para quienes no tienen costumbre de ir a ninguna parte.

De la muerte de sus hijos en el frente de Espudia en los primeros meses de la guerra fue dejando de hablar poco a poco, cuando el dolor que colmó la desesperación se hizo crónico y esparció una suerte de pena silenciosa que en seguida fue minando la enfermedad.

La costurera recobró las habilidades y todavía durante unos años, en el tiempo desolado de la Contienda, acumuló la labor y los compromisos sin que la desgracia la retirara del trabajo, y hasta durante algunos meses, con la renovada vitalidad profesional que había dado fama a sus manos virtuosas.

—En la costura... —le decía al ahijado, que la velaba— encontré esta dicha que hace del trabajo no sólo un entretenimiento minucioso, también para que la imaginación y el pensamiento vayan a su capricho y disfrute. No soy una mujer entendida y, sin embargo, durante miles de horas estuve cosiendo sin que una idea se me escapara o cualquier ocurrencia me pudiese satisfacer.

Soñaba con ella o algún rápido pensamiento rellenaba el recuerdo veloz, sin que jamás percibiera en su rostro lo que más de una vez había comprobado: el brillo frío de los ojos era la fiebre mortal que la iba llevando, con la misma voluntad devoradora con que producía la fatiga y le cortaba la respiración.

Era una imagen radiante que transformaba cualquier mueca de dolor en un gesto apacible y que en la mirada que le había legado transmitía la felicidad y el ánimo, como si todo lo que a ella concernía tuviese que ver con otro recuerdo primitivo en el que Pulgar era un recién nacido que estaba en sus brazos.

—Eras así de guapo, más diminuto, casi invisible, daba miedo sujetarte porque te podías escurrir. Una miniatura de la que no podía pensarse que creciera para hacerse lo que ahora eres y lo que te seguirás haciendo, igual de guapo y bondadoso.

Las manos de la Madrina tomaban la cabeza de Pulgar y la llevaban sobre su hombro, como si quisiera recuperar el tiempo en que lo tuvo en sus brazos.

—Me gustaba dormirte.

La escuchaba. El rumor de la voz, las palabras que regresaban con aquel aliento de hierbas medicinales.

—Eres un niño poderoso y firme porque la vida te hizo necesario, y en la fuerza de tu inocencia cualquiera puede depositar la confianza. La gloria de que todos fuéramos como tú, sanaría al mundo...

Lena

Lena le miraba con más curiosidad que interés.

Era una muchacha delgada y nerviosa a la que los huesos parecían sujetar como un mástil que se bamboleara, mientras los ojos escrutaban todo lo que hubiese alrededor y las manos palpaban el aire. Tenía el pelo muy negro recogido en un moño y vestía una bata en la que podían apreciarse, igual que en las manos, las manchas que deja el trabajo.

—Aquí la tienes... —dijo Cosme, emulando el gesto del mago que indica la aparición—. No era difícil, chaval. Lena hace la limpieza por estos portales y algún que otro café le tengo servido. Además, las de Larmina andan a la que salta y no se despintan.

La curiosidad de Lena también alimentaba cierta desconfianza, acaso porque lo que Cosme le hubiese advertido mientras la traía no le gustaba.

—Y tú ¿quién eres?... —inquirió desabrida, como si los ojos escrutadores no procurasen un reconocimiento adecuado.

—Ya te dije que este chico busca a sus hermanos. Viene de Larmina.

Lena rehusó sentarse, desatendiendo el ofrecimiento de Cosme que, además, la invitaba a un café.

—Me dio su nombre Rita. Me dijo que usted trajo a uno de mis hermanos para que lo acogieran en la casa donde sirve.

Pulgar miraba a Cosme buscando el amparo al que aquella mujer no parecía muy propicia, y tenía la sensación de que ella no era a la que buscaba, como si el aspecto de Lena no se correspondiera con la información de Rita.

—No te asustes, chaval —le dijo Cosme—. Lena es menos huraña de lo que parece. Es que no acaba de entender lo que le cuentas o se quiere llamar andana. Es de Larmina, mujer, como tú. Un chico perdido.

—Esa Rita no me gusta un pelo... —dijo Lena, a quien por fin Cosme obligó a sentarse—. Me conoce de verme pasar, como yo la conozco por los líos que monta. Lo que te dijera de mí es un invento de su cabeza de chorlito. No sirvo en ninguna casa, limpio portales.

Cosme había ido por el café.

—Una chiflada, pregunta en Larmina o mejor en el Ejido, que es donde ahora vive. No aguanta el novio de nadie, y hubo un tiempo, por lo que tengo oído, que la

tomó con los casados y deshizo algunos matrimonios. Puede ir detrás de un hombre hasta el fin del mundo, y cuando lo alcanza ya no lo quiere.

Pulgar la escuchaba desconcertado. Lena guardó silencio. Cosme se había quedado en la barra.

—Traje al niño, es cierto... —dijo al cabo de un rato, moviendo la cabeza, arqueando el cuerpo, juntando las manos con dificultad—. Aquella mañana los desalojos fueron más precipitados que nunca, cayó una casa. Ese niño estaba solo, no había familiares, alguna gente se ocupó de los que no tenían a nadie, tanto chicos como viejos. Ya habría tiempo de saber dónde estaban.

—¿Se llama Nino o se llama Vero?... —inquirió Pulgar, y en el gesto angustiado con que lo preguntaba percibió Lena lo que en tantas otras miradas había comprobado en los últimos tiempos, cuando en su propia casa el que llegaba preguntaba nervioso por los que todavía no hubieran regresado.

—No lo sé... —dijo ella—. Es un niño que no habla.

—Tengo que verlo... —decidió Pulgar, haciendo el gesto de levantarse.

Cosme le traía el café a Lena.

—Estate tranquilo, chico, deja que Lena lo cuente todo.

—Nino y Vero son gemelos. Los separaron.

—Será uno de ellos... —dijo Lena—, pero si hay otro, ni lo vi ni lo sé. Te convendría buscar en el Poblado de Colma o en la Citeria, donde fue mucha gente de Larmina.

—Mi otra hermana se llama Ninfa.

Lena sorbía el café y negaba con la cabeza. Era fácil entender que de Ninfa tampoco sabía nada.

—¿Dónde está el niño?... —preguntó Cosme.

—En el siete, en el segundo izquierda, donde vive un matrimonio sin hijos que lo acogieron encantados. Yo sabía que iban a hacerse cargo, los conozco pero no sirvo en su casa. Limpio el portal y las escaleras. Es un abogado muy bueno, gente de dinero.

—Entonces, chaval, te lo tienes que pensar. ¿Qué vas a hacer tú con tus hermanos?... —preguntó Cosme.

—Saber dónde están y que están bien.

—Pues éste, mejor imposible... —opinó Lena—. Yo no me arrepiento de haberlo traído y en ningún momento pensé en quedármelo, me pareció que hacía una obra de caridad.

—Soltero... —musitó Cosme, encogiéndose de hombros, mientras comprobaba que la mano de Lena no se decidía a hacer el recorrido sobre la mesa para acercarse a las de Pulgar, y que en ambas había un temblor de suciedad y frío y parecida costra morada en los dedos—. Se gobierna mejor uno a sí mismo sin otras

responsabilidades, por mucho que un hombre solo tenga menos crédito que un hombre acompañado.

Los dones

La costumbre de dormir en los portales, cuando encontraba alguno abierto, la fue combinando Pulgar con la oportunidad de hacerlo en algún lugar que reuniera mejores condiciones o, a veces, donde fuera posible, ya que el sueño y el cansancio llegaban al límite de forma inesperada, como si de pronto la necesidad estuviese por encima de cualquier cuidado.

El recurso de las limosnas resultaba menos eficaz que la rebusca, no acababa Pulgar de asumir la decisión con que el pobre pide la limosna, y las palabras apenas le llegaban a los labios cuando alargaba la mano titubeante.

Hay que saber que la modestia es un don y la humildad otro parecido, decía la Madrina cuando alguna noche al terminar sus oraciones se santiguaba y el suspiro del sueño alejaba el peligro del ahogo, como si el rezo le hubiese procurado la misma serenidad del cuerpo y el alma. También en la costura se aprenden estas cosas, porque son los dones pequeños los que sirven para ser mejores y hacer las cosas de la mejor manera. No creas que el humilde y el modesto son más cobardes que el osado y el pagado de sí mismo, porque en la vida el valor se mide en la conformidad del conocimiento de lo que somos, y la sabiduría proviene de la resignación y el respeto.

Por la mañana volvió Pulgar al Paseo del Comendador.

La niebla se había levantado y el cielo no acababa de desprender la corteza otoñal que poco a poco, en el camino del invierno, se iría convirtiendo en una coraza que fortalecería la antigüedad de Borenes.

Cosme no tenía el turno de la mañana en el Café y Pulgar no se atrevió a entrar para pedir otro vaso de leche. Tampoco Lena trabajaba en los portales a aquellas horas, aunque le había informado de que en algún momento, si merodeaba por los alrededores del número siete, podría ver al niño que ella había traído y comprobar si era uno de sus hermanos, aunque por la descripción que le había hecho estaba convencido de que se trataba de uno de los gemelos.

—Es un niño que no necesita otra cosa que los ojos para decir lo que quiere, aunque ya te advierto que no habla. Aquella mañana vestía una camisa de franela verdosa y un jersey marrón con los codos rotos. El pantalón era de un color parecido a la camisa, con un tirante. Las botas un poco grandes, los calcetines comidos.

Nino y Vero vestían igual y, además, intercambiaban las prendas o no reparaban en lo que era de uno o de otro. Esa costumbre era un capricho de la madre, no sustentado en la posibilidad de que todo saliese más barato al comprarlo repetido sino en la convicción de jamás confundirse al llamarles, y en el orgullo que siempre había sentido de que fueran como dos gotas de agua.

—La mejor compañía y la que más ganancia promete... —les decía la madre al recibirlos entre sus brazos, mientras los gemelos jugaban a repetir un beso que ella debía adivinar.

No todos en casa distinguían a primera vista a Nino y Vero, y Ninfa mostraba a veces su confusión hasta lograr que se enfadaran o se compadecía de que no fuesen distintos para que parecieran más al jugar con ellos. El padre era el que con mayor frecuencia cambiaba los nombres y los gemelos normalmente respondían sin hacer caso de la confusión, lo que provocaba el malestar de la madre, que era la única que jamás se equivocaba.

—Mírate al espejo... —le decía entonces al marido—. No te puede dar miedo reconocerte después de andar tantos días desaparecido. Ellos no se confunden.

Era Nino.

La señora que lo llevaba de la mano vestía con mucha elegancia y el niño relucía como una joya pequeña. En la cabeza rapada ya había crecido un pelo repeinado y de las rodillas desaparecido las costras formadas al arrastrarse por el suelo.

Caminaron por el Paseo y Pulgar los siguió.

Le preocupaba lo que Lena había dicho de que el niño no hablaba. Pensó en Vero. Los gemelos no podían estar separados, y probablemente lo que Nino no podía expresar era lo que le faltaba, y las palabras no le interesaban para nada que no fuese hablar con su hermano.

Cuando Pulgar se detuvo no le fue fácil contener el impulso de acercarse por la espalda y, como en tantas ocasiones en el juego que más les gustaba, taparle los ojos y preguntarle quién era.

Lo había repetido mil veces con ambos, también con Ninfa, y ellos dudaban un largo rato y pronunciaban algunos nombres disparatados hasta que Pulgar imitaba el llanto del mayor desconsuelo por no saberse reconocido y les soplaba en la nuca.

—Pulgar, Pulgar, Pulgar... —repetían entonces ellos alborozados y convencidos de haberle engañado una vez más.

La separación

Por los solares de algunas de las rebuscas encontró Pulgar a los compañeros diseminados de otras ocasiones, un amigo casual que tenía el rastro perdido de los suyos o una chica que andaba huida de la casa donde la acogieron o aquellos que nunca contaban nada de sí mismos.

Ninguno parecía dispuesto a compartir la penosa aventura en que estaban metidos, ya que todos eran dueños de la misma experiencia y sabían que en la escasez de los hallazgos no existía reparto posible.

Los encuentros suscitaban el saludo no del todo cordial o hasta la desconfianza, y jamás había una información desinteresada que fuese más allá de la orientación de algún lugar más o menos indeterminado.

—El Poblado de Colma está por la carretera de Oriente... —le dijo un muchacho desgarrado que arrastraba un carro hecho con dos ruedas de bicicleta y una caja de madera en el que transportaba unos sacos de arena—, pero no vas a encontrar nada que alguien no haya llevado. Es el peor sitio.

—Es a la gente que se fue de Larmina a la que quiero buscar.

—Los refugiados tienen sus centinelas. Al primer extraño lo corren a pedradas. Yo no aconsejo a nadie que se acerque, porque lo tomaron como propiedad suya.

Lo que se podía compartir era el fuego improvisado de una hoguera, las brasas donde arrimar las botas mojadas o aliviar el escozor de los sabañones, aunque a veces el calor inmediato reseca demasiado la piel ulcerada.

—¿Alguien se acuerda de aquel chaval de Ormigo que le llamaban Picio?... El que tenía una pistola.

Pulgar recordó mejor la pistola que el rostro de su dueño.

—Ayer lo sacaron del Urgo.

—¿Quién lo sacó?...

—La patrulla. Estaba ahogado.

Nadie dijo nada. Pulgar había tenido la pistola en sus manos. Recordaba el temor de sujetarla, la advertencia de que estaba cargada y también la oferta por si quería comprarla.

Aquellos días volvió en más de una ocasión al Paseo del Comendador pero se mantuvo lejos de la casa donde vivía Nino y no quiso ver a Cosme y a Lena.

Volvía movido por la desazón de saber que Nino no hablaba y que la necesidad de

que Vero estuviese con él motivaría el mismo sufrimiento que con toda seguridad compartía el ausente.

A la encomienda del padre se unía ahora esta responsabilidad de los gemelos separados, y la desazón de Pulgar se nutría de la urgencia con que aquel sufrimiento tomaba forma, como si pudiese adivinar un dolor inconsciente en el corazón de los pequeños: lo que la separación provocaba igual que un corte entre las miradas y los sentimientos comunes.

Fue en una de aquellas ocasiones, cuando más cerca estuvo del portal de la casa donde vivía Nino, cuando supo lo que debía hacer, y en la claridad de la decisión encontró un alivio que en seguida debilitó el recuerdo de Ninfa, aunque sabía que para ella necesitaba un encargo distinto.

—Soy una niña sola... —canturreaba Ninfa, acunando a la muñeca en los brazos—. La niña sola, que está más quieta. La niña quieta que está más sola. La más feliz.

Esa niña sola era dueña de algo que los gemelos no poseían por separado, y cuando Pulgar alzaba la vista de sus tebeos y los observaba a los tres con la distracción de su vigilancia, imaginaba a Ninfa crecida y hermosa, como alguna de las heroínas de papel y, sin embargo, no lograba hacerlo con ellos, como si a los gemelos no se los pudiese figurar de otro modo y jamás dejaran de ser las dos diminutas gotas de agua que tanto apreciaba la madre.

El guardián

La sensación de que alguien le seguía comenzó a alertarle cuando llevaba un buen rato deambulando por las cercanías de la muralla, después de haber gastado las contadas monedas de unas limosnas en un bocadillo de mortadela.

Se detuvo, se quedó quieto, disimuló que ataba el cordón de la bota derecha y todavía no se había incorporado cuando el perro, que sin duda venía tras él desde hacía tiempo, le rebasó con una carrera alborozada y silenciosa, como quien se descubre gastando una broma.

El perro movía la cabeza y el rabo, plantado ante Pulgar, con la actitud de quien aguarda el gesto de asentimiento que agradece el regreso, y por un momento Pulgar estuvo tentado de espantarlo, mostrando el desagrado de volver a verlo.

—Chucho cobarde... —musitó, sin poder contener una sonrisa irónica que el perro apreciaría por encima de las palabras, y en seguida vino hacia él, bajando la cabeza, dispuesto a lamerle las botas y esperando que Pulgar lo acariciara—. No sé si en tu caso no hubiese hecho lo mismo... —reconoció entonces Pulgar, cogiéndole la cabeza—. Hubiese puesto pies en polvorosa. ¿Qué ibas a sacar en limpio que no fuera una patada?...

El perro se fue de sus manos, corrió inquieto, regresó con la misma celeridad, le dio un bocado a los cordones de la bota y tiró de ellos.

—¿Qué haces, estás loco?...

Por primera vez ladró el perro o emitió algo más que un gruñido, un ruido que implicaba una llamada de atención y se acompasaba a sus nerviosos movimientos.

—¿Dónde me quieres llevar?... —preguntó Pulgar.

El perro volvió a su lado y comenzó a andar con más sosiego, comprobando que Pulgar se decidía a seguirle.

—Vas a ser menos bobo de lo que dicen.

La muralla se iba cerrando y acababa perdiéndose en el tramo de los lienzos rotos y las casas adosadas, la mayoría de ellas en la más absoluta ruina.

También estaban arruinados los viejos jardincillos y entre los cubos sueltos, donde los lienzos de la piedra se habían vencido por completo, los montones desperdigados acumulaban la basura, como si las piedras hubiesen rodado con la suciedad y todo formara parte del mismo desperdicio.

—No sé adónde me llevas... —dijo Pulgar algo cansado.

El perro se detuvo y cuando Pulgar le alcanzó volvió a emitir aquel ladrido que no tenía consistencia de tal y, sin embargo, parecía una llamada o un requerimiento.

—Está bien, está bien... —asintió Pulgar.

La ruina de la última casa ofrecía, además, un peligroso aspecto de demolición o la sospecha de que un pedazo de la muralla hubiese caído sobre ella.

Era una ruina a la que no resultaba nada grato acercarse, y Pulgar se quedó quieto, con tanto temor como indecisión, cuando vio que el perro no sólo husmeaba entre las piedras sino que entraba por la que podía haber sido una puerta desencajada, cuyo dintel estaba totalmente vencido.

Cuando el perro volvió a asomar, Pulgar se había acercado hasta el límite de lo prudente, convencido de no ir más allá.

Poco después regresaba el perro, que de nuevo había vuelto a entrar, y tras él un hombre que se movía con muchas dificultades, con el brazo derecho sujeto en un mugriento cabestrillo y una sucia venda en la cabeza.

—Es un bicho de confianza... —dijo el hombre, que intentaba sortear las piedras y cojeaba visiblemente—. Un animal que demuestra la calidad de la raza. Alguien tenía que echarme una mano. Ha sido mi guía y mi guardián, y ahora el que encontró a quien más necesitaba.

Todavía Pulgar tardó un poco en reconocer al hombre que ya no lograba dar un paso más y que antes de poder acercarse se dejó caer al suelo con un grito de dolor, mientras el perro se apostaba a su lado como el guardián que asumía el nombramiento.

—Rovira...

—El mismo que viste y calza, aunque el dicho ya no pueda ser del todo cierto. Visto los harapos que me quedan del traje después de la última panadera y no calzo nada, los zapatos y los calcetines se perdieron en la brega...

El vicio

—¿Los sigues buscando?... No te esfuerces, con que me dejes apoyarme en los hombros es suficiente. Más de cuatro pasos seguidos no soy capaz de dar. Vamos ahí, a la vuelta, hay una piedra grande donde poder sentarse.

—Tendría que verte un médico, igual tienes algo roto.

—Roto, magullado. Me rompieron la crisma. De las tres palizas mayores que me dieron en la vida, ésta es una de ellas. Tres tíos como tres robles, y uno con un bastón. Puñetazos, patadas. Me ves vivo gracias a la encarnadura que tengo. Y, por supuesto, al entrenamiento.

—Pero ¿qué pasó?...

—Me ayudas y me siento. Una encerrona. Tampoco es la primera. Ya te dije, cuando deshicimos la sociedad de auxilios mutuos, que Borenes había dejado de ser una plaza garantizada. Máximo riesgo. Pero la necesidad también alienta el vicio. Soy un hombre que no reconoce la resignación cristiana, chaval. Tenía que haber dejado Borenes, decidirme de una vez y marchar para Armenta, donde, aunque la competencia sea mayor, también hay más campo. Así estoy a gusto, no te preocupes.

—Tienen que curarte.

—Un remiendo. Tampoco creas que mucho más. Hoy estoy peor que antes de ayer, cuando me pillaron. Son las magulladuras. Los golpes maduran como la fruta. Mira el chucho lo cariacontecido que está. Venía conmigo, de escolta. Tú lo perdiste y a mí me encontró. Y a él le debo poder esconderme aquí, me trajo como pudo, tirándome de los bajos del pantalón. La raza, chaval, el instinto de conservación. Ya puede decir que tiene dueño, a no ser que lo reclames.

—Lo vas a necesitar más que yo.

—Tú también me tienes que echar una mano, luego te digo cómo. Ha sido una suerte que te encontrara. Se lo pedí, ¿sabes?... Me acordé de ti. Un perro sagaz y responsable. El mejor amigo de un hombre echado a perder.

—Y decían que era bobo.

—Entonces, ¿los sigues buscando, tienes alguna pista?...

—Encontré a uno. Es uno de los gemelos. Lo acogieron en una casa muy buena del Paseo del Comendador. Me parece que allí está mejor que en cualquier sitio. Tengo que encontrar al otro y a mi hermana.

—Yo te propondría que vinieras conmigo, pero ya sé que no puedes y que tampoco es el mejor negocio.

—Pero ¿qué pasó?...

—El vicio. Si te digo que la necesidad me apretó tanto que hubo un momento en el que o volvía a las andadas o me tiraba al Uργο no me vas a creer, sobre todo si volver a las andadas suponía hacerlo otra vez en la Ciudadela, corredera arriba corredera abajo. La jeta que tengo no me acompaña, no es la cara vulgar que nadie recuerda, yo no soy culpable de que mi madre me pariera guapo o interesante como dicen las tías. Tienes percha y, aunque al traje le falta apresto, se nota el que lo lleva.

—¿Te reconocieron?...

—Me pasé de listo. Di demasiadas vueltas antes de entrar en la tienda de comestibles. Me paré en el escaparate, volví a pararme, me fui, vine otra vez. Como un principiante. Me faltaba decisión o estaba sobrado, no sé. El vicio no es como la virtud, chaval. Con la virtud no hay nada que administrar, con el vicio todo es poco. Cuando entré en la tienda no había nadie y yo estaba más tranquilo que al que le dieron las mejores cartas en el juego. Cogí lo que pude, latas sobre todo y, al darme la vuelta para salir, la puerta estaba cerrada y había un paisano con un bastón, el primero que me dio un estacazo en la frente que por poco me deja en el sitio. Y al mismo tiempo, salen otros dos de la trastienda, como dos robles. Una encerrona. Me atraparon: me vieron, me reconocieron y me la jugaron.

—Tenías que haberte ido, no podías seguir en Borenes.

—Me echaron de la tienda en las peores condiciones, cuando se cansaron de molerme a golpes. Supongo que no me denunciaron por eso, porque se dieron cuenta de que la paliza había sido excesiva, estaba hecho un cristo. Vine a esconderme donde el perro me trajo. Y esto que ves es lo que hay, chaval. Un hombre al que conviene echar una mano y que no tiene puerta donde llamar. Armenta es adonde debo ir. Un billete de tren, el salvoconducto.

Dos obuses

Vestir y calzar a Rovira le costó a Pulgar tres días. Los golpes continuaron madurando y hubo un momento en que el esfuerzo de moverse se hizo casi imposible.

—Esto es lo que mejor distingue el cuerpo del alma, chaval... —decía Rovira, con una ironía compasiva—. El peso muerto de la materia y el alma que lo mantiene a uno vivo. A los que no creen en nada les hacía yo pasar por esta prueba. Si no tenemos alma, ¿cómo hostias mantengo yo la existencia en tan penosas condiciones?

...

Todas las prendas las fue logrando Pulgar en los ropavejeros y en alguna mercería que liquidaba lo que no parecía propio de su oferta, ya que la subsistencia comercial conllevaba la acumulación de productos contradictorios y, al fin, en los sitios más inusitados se vendían las cosas más peregrinas.

—Todo consiste —le instruía Rovira— en que sepas recitar una buena lección. Nadie te dará nada gratuitamente, ni se trata de la limosna tradicional. Pero la actuación que tuviste cuando fuimos socios fue muy buena, y eso es crédito suficiente. Ahora conviene que el sentimiento esté por encima del llanto, aunque si se escapa alguna lágrima tampoco pasa nada. ¿Lo ensayamos?...

Pulgar no lo creyó necesario. El perro fue con él. Rovira lo consideraba una compañía adecuada.

—Es un bicho tiñoso y aparenta muy bien la inocencia del amo. El hecho de que un pobre desgraciado, que anda lampando, se haga cargo de él, da medida de un alma generosa y a la gente le gusta el desprendimiento de los que no tienen nada que llevarse a la boca. Nada hay más ingrato en el mundo que un pobre ruin. Los ricos avariciosos están en lo suyo. Deja de lado las tiendas buenas, vete a las modestas...

Poco a poco la actuación de Pulgar fue dando resultado, sobre todo cuando adquirió cierta soltura, pero sin que en ningún momento pareciera que decía algo aprendido.

—La verdad es espontánea, chaval. La gracia está en que lo digas con el esfuerzo de la timidez y el recato, como si te saliera de la propia necesidad, como si en ello te fuese la vida.

En algún establecimiento ni siquiera le hicieron caso, pero en el primero en que logró que le escucharan, una mujer que ordenaba las más variadas prendas sobre el mostrador se quedó mirándole, cogió una camisa y se la dio antes de que el hombre al

que ayudaba comenzase a protestar.

—Soy el hijo de un mutilado. Soy huérfano de madre. Mi padre se vale muy mal por sí solo. Estamos en la miseria, pero lo peor no es que no tengamos para comer, lo peor es que mi padre no tiene ropa y no puede salir a la calle. Cualquier cosa le sirve, una talla corriente. Es mutilado de la pierna derecha y el brazo izquierdo. Dos obuses.

El perro estaba a su lado, quieto, con la cabeza inclinada y el rabo entre las patas. Pulgar también bajaba la cabeza después de hacer la petición.

—Si te echan o no te hacen caso, ni un mal gesto. Te das la vuelta y te vas como viniste. La gente sin alma tampoco tiene ojos aunque luego, cuando les llega la hora, el pesar les hace ver lo que no vieron ni sintieron. La gente sin alma muere amargada.

El día que Rovira abandonó sus andrajos y vistió las prendas que Pulgar había ido consiguiendo, caminó con menos convicción de la deseable, sin que el dolor de las magulladuras fuese la causa.

—Las mangas cortas, las perneras desiguales, el cuello de la camisa me puede ahogar y de los dos zapatos uno me aprieta y el otro se me sale, además de esta triste circunstancia de que no sólo cada uno sea de su padre y de su madre, sino que además sean de distinto color. En fin, chaval, no me puedo quejar, pero tengo derecho a apenarme. La percha le da a uno cierta presunción. Ahora, mal vestido y cojo no me puedo reconocer, un espejo sería como el puñal que te clavan en el corazón...

Transeúnte

Los dos días siguientes los invirtió Pulgar en merodear por la Estación, dejándose ver por los andenes, en la Sala de Espera y en la Consigna y asomando a la Cantina a la hora de las comidas, como si su figura desamparada reiterara con el silencio un extravío que se fue haciendo perceptible y suscitó algún comentario entre los que repararon en él.

No decía nada a nadie, ni nada pedía.

En la Cantina recogió con discreción las sobras de alguna mesa y aceptó lo que ocasionalmente le dieron. Pasó la noche en la Sala de Espera, entre quienes aguardaban un tren de madrugada o hacían el cambio recién llegados y con cara de sueño.

—Vamos a ver, muchacho... —le dijo uno de los empleados de la Estación la tarde siguiente—. ¿Se puede saber lo que pintas aquí, estás perdido o te han dejado solo?...

—Vine en el Astur. Me bajé a beber agua. Se fue.

—¿Y te has quedado aquí, en la Estación, sin saber qué hacer?... Bajaste a beber agua y perdiste el tren.

—Sí, señor.

—¿Ibas solo?...

—Con mi hermano Helenio, que es tres años mayor que yo.

—¿Adónde ibais?...

—A Armenta, a casa de unos tíos. Mi hermano llevaba los billetes.

—¿Le dijiste que bajabas a beber agua?...

—No, señor, no se lo dije. Estaba durmiendo. Yo me moría de sed.

El hombre le miró contrariado.

—Ven conmigo, vamos a ver al Jefe de Estación. Vas y vienes como un alma en pena, no dices nada, parece que te comió la lengua el gato. ¿Qué pensabas hacer?...

Pulgar se encogió de hombros y bajó la cabeza.

—Los guardias tendrán que hacerse cargo de ti. ¿Es que ninguno te vio?...

—Los guardias me dan miedo.

—Los guardias tienen la obligación de identificarte y echarte una mano, no te van a comer. Te has escondido de ellos, ¿verdad?...

Pulgar asintió con la cabeza.

—¿No me estarás engañando, no te habrás escapado de casa?...

—No tengo casa. Mis tíos nos recogían en Armenta.

—¿De dónde veníais?...

—Del Castro. Somos huérfanos. Tenemos otra hermana que recogieron las Hermanas Hereditarias allí mismo, en el Castro.

En el despacho del Jefe de Estación no había nadie.

El movimiento de los trenes decrecía a aquellas horas de la tarde, apenas se movía alguna máquina de maniobras que arrastraba un vagón desvencijado.

—Te sientas ahí y esperas, sin moverte. ¿Cuántas horas llevas sin comer?...

—Me dieron algo en la Cantina.

—Y dormiste en la Sala, según tengo entendido.

Pulgar obedeció. Era un despacho pequeño, con una mesa muy grande, un panel de comunicaciones en la pared y un teléfono también adosado a ella.

Cuando el hombre regresó con el Jefe, Pulgar dormitaba.

—Transeúnte —decía el Jefe o, al menos, ésa fue la palabra que oyó Pulgar cuando, sin reparar demasiado en él, vio que se quitaba la gorra y la dejaba encima de la mesa, mientras abría un cajón, sacaba unos papeles y, mojando la pluma en el tintero, escribía con prisa.

—No sé si es lo mejor —decía el hombre que había traído a Pulgar.

—No vamos a liarnos más —dijo el Jefe—. Los menores de edad crean problemas. Le metemos el papel en el bolsillo y lo embarcamos para Armenta. Es allí donde quieres ir, ¿verdad, chico?...

Pulgar se había puesto de pie.

—Sí, señor, a casa de mis tíos.

—¿Y sabes dónde viven?...

—Sí, señor.

—Pues el Astur que perdiste es el que te lleva otra vez, no hay que darle más vueltas. Tampoco Armenta es Nueva York.

Una vicisitud

—Es un documento suficiente, chaval. El salvoconducto que necesitaba. Y, además, la condición de transeúnte me viene al pelo, en realidad es lo que soy y lo que quise ser. Nunca pude quedarme en ningún sitio y jamás me gustó la vida sedentaria. El tiempo que se queda corto es el que menos me complace.

—Me daba miedo que avisaran a los guardias.

—Eres listo, chaval. Aprendes las lecciones con exactitud y presteza. ¿Qué más puedo enseñarte?... Nunca me precié del ejemplo que pudiera dar, la vida que llevo no es un regalo para nadie y, sin embargo, contarla no puede resultar un demérito. El que la cuenta es porque tiene conciencia de ella, quien no puede contarla es señal de que no la reconoce, el peor modo de conocerse a sí mismo. No soy un ejemplo, soy una vicisitud.

—Me hubiera gustado más que me diesen un billete.

—Es un salvoconducto, nadie va a echarme el alto. No sé si Armenta se parece o no a Nueva York, no mido el mundo por la resonancia de los lugares, lo mido por la necesidad, que es lo único de lo que entiendo. Nueva York debe ser mucho más grande, pero Armenta es una ciudad intrincada en la que los negocios de la subsistencia pasan suficientemente desapercibidos. No te digo que no me apeteciera un pasaje para Nueva York. La aventura de ir tan lejos abre la posibilidad de desaparecer. ¿Te imaginas lo que es la existencia del desaparecido?... De pronto, todo lo que fuiste deja de tener sentido, se borra la vida y te quedas sin pasado. No hay constancia en ningún sitio y, en tus manos, se abre la posibilidad de ser otro, como si volvieras a nacer o pudieras reinventarte. Lejos de todo, cerca de nada. Habrá que ir a Nueva York algún día, si quieres te aviso...

—Igual no existe.

—Vamos, chaval, no seas pusilánime. Te aviso. Vienes conmigo, y si en la aduana no nos ponen pegas llevamos al perro. El chucho que emigró, el perro aventurero.

—Iré a Armenta cuando encuentre a mis hermanos.

—Sociedad de auxilios mutuos, cofradía de verlas venir y tente mientras cobro. Soy un hombre con proyectos. En estos tiempos que corren, hay que afinar la imaginación. Ése sería mi primer consejo, chaval. Eres listo, tienes el don de la viveza, no te quedas a verlas venir. La vida está quieta, lo normal es que la gente no se mueva, cada cual con lo suyo, atado a la rutina de lo que hace. Entonces el que viene y mira y en seguida se dispone a salir pitando, tiene la capacidad de la sorpresa. Una mente inquieta, una voluntad acelerada. Es como el don de la ubicuidad, una

cosa de Dios.

—No sé.

—No sabes, pero los años alimentan y el tiempo no es inocuo. No sabes pero ya tienes más conocimiento del que crees, la experiencia no se proporciona con la edad sino con la necesidad, te lo he dicho mil veces. Pocos años pero muy necesitados, lo que supone que esos pocos son muchos. ¿O no estás de acuerdo?...

—Sí.

—Ése es otro don, que sabes estar de acuerdo aunque no te percares. Lo que yo diga no va a misa, cuando se habla por los codos se habla para que diciendo lo más posible, alguna cosa sirva de algo. Haz el uso que quieras de lo que te digan, pero no dejes de escuchar. El oficio de charlatán lo ejercí cuando me diagnosticaron una úlcera de duodeno. Era una úlcera sangrante y no podía hacerme a la idea de que con aquel dolor y aquella amenaza pudiera levantar cabeza. Hablaba como un descosido, hablaba para no sangrar o, si te parece exagerado, para cerrar la úlcera con el comercio de las palabras. No se sabe lo que la labia alivia. No se sabe lo que la fe les debe a las palabras. Yo soy un hombre de Dios porque soy capaz de hablar por los codos, lo mismo que me hice charlatán podía haberme hecho predicador. Si con un poco de suerte acabamos en Nueva York, igual me lo pienso, tengo entendido que por aquellas latitudes se valora especialmente al que anuncia la buena nueva.

—No estoy enterado.

—Ni falta que te hace. Fue una suerte que el perro te encontrara. Ahora la importancia de un hombre se mide por los papeles que lo justifican, la cartilla, el salvoconducto. Me acabas de rescatar de la nada más absoluta. A la ropa me voy haciendo, las sisas y las perneras son lo peor, pero el zapato que me aprieta lo compensa el que se me sale, Dios no puede avalar la equidad absoluta. Y no puedes imaginarte lo que te agradezco esta botella de coñac, parece mentira que en tan poco tiempo hayas aprendido tanto...

El honor de los padres

Fue muy difícil llegar con Rovira a la Estación, y el esfuerzo de ayudarlo para que lograra subir al tren, buscando en la lejanía del último vagón la distancia más oportuna en la zona menos iluminada de los andenes, hizo que Pulgar estuviera a punto de desistir.

El cuerpo de Rovira se izaba sostenido en los hombros de Pulgar sin que pareciera posible el impulso final, como si el dolor concentrara el peso muerto y neutralizase la mínima agilidad para que las manos se asieran y los brazos articulasen la tracción que lo elevara.

Durante unos instantes quedó colgado, más que sujeto amarrado a las barandillas, atrapado en los escalones donde acababa de perder el zapato que le quedaba grande. Fueron los instantes que Pulgar necesitó para reponerse, y adecuar el nuevo esfuerzo a la disposición de Rovira, a quien el temblor derivado de la incapacidad comenzaba a electrizar los músculos, mientras los dedos se resentían con una descarga abrasadora.

Pitó el tren y hubo un incipiente movimiento que se transmitió en la correa de los vagones sin que el último fuese el más afectado, aunque todavía Rovira perdió pie en el escalón definitivo y a punto estuvo de perder el equilibrio.

Fue en aquel momento cuando apareció un hombre en la plataforma, alguien que parecía haberse percatado de la penosa operación con que el viajero intentaba tomar el convoy.

—Pero alma de Dios... —decía aquel hombre, que cuando logró sujetarlo arriba, mientras Rovira suspiraba como si lo hubiesen descuartizado, miró a Pulgar no menos preocupado y sin acabar de entender la situación—. En estos casos hay que pedir ayuda, hay que llamar al revisor para que eche una mano. Ese crío no tiene fuerza ni edad.

—Tiene el valor que le falta a un padre acobardado por la enfermedad y las heridas... —dijo Rovira, aceptando de nuevo la ayuda del hombre, que se disponía a meterlo en el vagón.

Pulgar se había caído en el andén, el perro estaba a su lado.

—¿Es su hijo?... —quiso saber el hombre.

—El más pequeño y el que más vale.

De nuevo pitó el tren y el movimiento de arranque hizo que entrechocaran los vagones y Rovira se balanceó con cierto riesgo, aunque el hombre no lo soltaba.

El humo fue creciendo en la Estación, derramándose por los andenes, mientras el traqueteo del convoy comenzó a tomar un ritmo menos violento, y el nuevo pitido sonó como un eco que parecía alargar la distancia de la máquina o daba la impresión de que la máquina se hubiera desprendido de los vagones y se fuera veloz abandonándolos.

Fue el humo lo que no le permitió a Pulgar ver a Rovira y a su acompañante en la plataforma, mientras se levantaba del suelo y sacudía con las manos los pantalones.

—De estos hijos está hecho el honor de los padres... —decía Rovira—. De lo que ellos pueden hacer por encima de nosotros. Del poder que tienen y el amor que jamás sabremos agradecerles.

El hombre lo conducía con cuidado.

—Parece que acaba de salir del Hospital... —comentó con discreción.

—La vida misma, amigo mío... —dijo Rovira, haciendo un vano intento por distinguir algo en la lejanía de las vías, mientras el tren tomaba velocidad—. No son heridas heroicas, no me puedo preciar de ello. La desgracia no da tiempo para andar haciéndose el valiente. Duelen, eso sí, y no siempre hay un hijo para echarte una mano o un alma caritativa como la suya.

El bastidor

No era normal que la Madrina hablara de sus hijos y acaso por esa razón Pulgar tardó un momento en darse cuenta de que a ellos se refería el relato de aquella tarde, cuando él se había sentado a los pies de la cama y, mientras ella se demoraba sobre el bastidor del bordado, como si no le apeteciese mucho el trabajo, pasaba las hojas de un tebeo que había leído infinitas veces.

—¿Cómo pudieron hacerse hombres sin que yo lo supiera?... —musitó, sin que las palabras llegasen a Pulgar, que todavía continuó unos instantes distraído—. No acabo de entender la distancia que hay entre un niño y un hombre, el camino que sigue la vida, no me doy cuenta. No soy capaz de comprenderlo cuando pienso en mí misma. La niña que fui no se corresponde con el hecho de que me hiciera mujer, la distancia ni siquiera sería capaz de medirla con el recuerdo. La infancia es un reino cerrado, ya te conté alguno de los cuentos de ese reino. El niño que eres no te va a acompañar toda la vida, el poder de la inocencia se pierde, esa edad acaba, se cierra, se consume. Ahora tienes el poder de quienes son dueños de ese reino, luego sentirás el vacío y, en alguna ocasión, la nostalgia del reino perdido y la intranquilidad del niño muerto.

No la entendía.

Las palabras resonaban con la insistencia con que tantas veces hablaba la Madrina, como si ella misma avalara su necesidad y al mirar al sobrino, sin dejar de hablar, no reparase en su atención.

La Madrina hablaba como si el pensamiento o la rememoración huyesen de sus labios y la voz, más que comunicar lo que decía, encontrara el alivio en sí misma.

—No digo nada que debiera escucharse. A nadie nombro, a nadie llamo. Parece mentira que a lo largo de la vida haya sido tan habladora y que, sin embargo, no sienta la necesidad de que me oigan. Ni siquiera hablo para entretenerme. Pero Dios sabe de sobra que no hablo en vano, sin decir lo que digo hubiese sido más duro el sufrimiento...

Pulgar la vio con la cabeza inclinada sobre el bastidor que sostenía con las manos, mientras intentaba mover la espalda. De cuando en cuando le preguntaba si quería que le mullese los almohadones o que la ayudara a cambiar de postura.

—No estoy cansada. El no moverse no es lo peor de todo. Ya sabes que en la

costura y el bordado hay que concentrarse y estar quieta. Te fijas en lo que haces y luego, cuando ya te abstraes, puedes echar a volar la imaginación. Los dedos y los ojos se hacen dueños de la labor.

Alzó la cabeza y Pulgar disimuló que seguía leyendo el tebeo, aunque pudo percibir en la mirada que se detenía en los visillos de la ventana el mismo temblor de un suspiro.

—Se hicieron hombres, no voy a contradecir lo que la vida le roba al tiempo, aquello en que la edad se complace. Y por eso cuando se marcharon al frente no había otras razones que las que justificaban las correspondientes cartillas, el alistamiento, la movilización. Ya sabes que después de muchos destinos, cada uno por su lado, pues ya sería el colmo que en la milicia hubiera que respetar la circunstancia de ser hermanos, coincidieron en Espudia. El mismo frente y distintas trincheras y parapetos, aunque esa posición no era demasiado extensa. También eran distintas las Compañías. Los dos hermanos de esa historia en que a la coincidencia le falta la casualidad, aunque en el fondo hubiese sucedido lo mismo. La casualidad de que se hubiesen encontrado, ya que la coincidencia los hizo estar en el mismo sitio. No conozco Espudia. El monte siempre me dio miedo. Si en él es fácil perderse, nada extraña que también lo sea encontrarse. A veces pienso que pudo darse la ocasión de que se tropezaran o estuviesen a medio metro uno de otro, cualquier noche, al ir o venir de una guardia, en cualquier cometido.

Esa posibilidad fue lo que a Pulgar más le inquietó. Había dejado el tebeo sobre la colcha y, en algún momento, con mucha discreción, miraba la fotografía de los primos sujeta en la pared debajo de la de la boda de los tíos, las cuatro figuras aunadas en la misma postura: pegadas las cabezas, los primos con la sonrisa franca que los tíos forzaban en el intento de obedecer al fotógrafo que les reclamaba naturalidad.

—No se pudo comprobar que murieran el mismo día, la misma hora ya sería demasiado, pero la burocracia militar ayudó a que las bajas constaran en la misma lista y, según parece, los mandos se dieron cuenta de esa circunstancia de los hermanos por los apellidos.

La Madrina volvía a bordar.

—Se hicieron hombres sin que yo lo supiera, o sin que reparara en ello hasta que supe que estaban muertos. Y no te creas que me es más fácil recordarlos como niños, no me gusta nada. No quiero recordar. Los muertos pesan mucho y yo me quedé sola. Dicen que la soledad es la mejor compañera del recuerdo, pero yo me esforcé porque lo fuera del olvido.

Un pozo

Era media mañana y la luz de Borenes parecía filtrada por un cristal que la atenuaba y la esparcía, de modo que el brillo de la humedad no obtenía ningún contraste entre el pavimento y la antigüedad de las paredes. Borenes superaba con dificultades una opacidad otoñal que contribuía a que la ciudad se difuminase en el tiempo en que la niebla no la ocultaba.

Pulgar se sentó en un banco de la Plaza.

La somnolencia le hacía menos consciente del cansancio. Lo que llevaba vagando desde que a primera hora lo despertaron y echaron del portal donde había dormido, contribuía a que se le fuera la cabeza en la indeterminación de los pasos, sin que llegara a perder el rumbo.

El perro venía a su lado como un guardián, más vivaz y alerta según percibía que el camino de Pulgar era más lento y que en algunas ocasiones, al cruzar una calle o rebasar una esquina, la lentitud derivaba en la torpeza y el peligro de que un coche pudiera atropellarlos o una bicicleta se los llevara por delante.

Se sentó y en seguida la cabeza se le fue del todo, como si en la inclinación de la misma sobre el pecho la inconsciencia primase sobre el sueño, igual que si de repente perdiera el sentido.

El guardián se apostó muy cerca, sin que en la actitud de la vigilancia pudiera suponerse que cumplía alguna obligación, apenas lo que el instinto le dictaba.

—No voy a ser tu dueño... —le había advertido Pulgar—. Vienes conmigo hasta donde quieras y te vas cuando te dé la gana.

La luz no alteraba el sueño de Pulgar, hacía más fácil el deslizamiento en un vacío que por un instante pudo parecerse a la caída que le hubiera sobrevenido al dar un paso en falso mientras andaba por las murallas.

Fue más tarde, al abrir los ojos, cuando la luz entró en ellos con la salpicadura de una niebla lechosa, y todavía durante unos minutos el sueño de Pulgar se mantuvo entre las imágenes que envolvían la sensación de la caída y el vacío: los pies desnudos que al pisar en el musgo de la piedra resbalaban y el vértigo que abría el agujero de un pozo cuyas paredes eran los lienzos circulares de las murallas.

No había nadie en la Plaza.

Pulgar se había dormido en una postura incómoda y le molestaba el cuello y apenas sentía los dedos de la mano izquierda. Se incorporó con bastante dificultad y le costó trabajo dar los primeros pasos.

Fue hacia los soportales.

El perro estaba al pie de una columna. No hizo ninguna indicación de verlo, dio algún paso más y no tardó en sentir que venía tras él.

Iba a volverse para decirle algo, cualquier palabra ingrata que se le pudiera ocurrir, cuando vio el letrero del Bar Corinto, las puertas marrones y los cristales ahumados.

El nombre del Bar suscitó la reacción inmediata, como si todavía en el recuelo de la niebla del sueño quedase una señal que atender.

Entró al Bar con la decisión de llegar a un sitio donde le esperaban, y el perro lo hizo tras él no con menos voluntad.

—¿Es la Plaza Ramadán?... —preguntó al hombre que limpiaba el mostrador con la bayeta.

—La misma.

—¿Y el Bar Corinto?...

—Como su propio nombre indica.

Pulgar se desconcertó un instante, pero el perro corrió al pie del mostrador donde un parroquiano encendía un cigarro y le sonreía como si lo conociera.

—Hay un hombre de la Citeria que me dijo que podía pasarme por aquí. Es un hombre que compra cachivaches y hace chapuzas. Yo busco a mis hermanos y él me dijo que dejaría aquí razón si se enteraba de algo.

—Mundo... —confirmó el hombre del mostrador.

—Sí, señor, Mundo.

—Pues algo dejó o, mejor, algo dijo.

El perro volvía a los pies de Pulgar, parecía tan expectante como él.

—Dijo que te quiere ver, que tiene algo que contarte.

La mala vida

—Hay una niña que hizo que me acordara de ti, aunque tampoco estuviese seguro... —le dijo Mundo cuando, tras la larga espera, apareció por el Corinto—. No sé el nombre, es rubia y con el pelo rizado. No se sabe si la recogieron de Larmina pero, hasta donde pude enterarme, es refugiada. Donde está no es un sitio para hacer muchas preguntas...

—Mi hermana se llama Ninfa, es rubia y tiene el pelo rizado, aunque mi madre solía raparla.

Mundo había dejado el saco encima de una mesa y acudía al mostrador donde nada más verle entrar le habían servido un vaso de vino.

—Ya veo que no me hiciste caso... —dijo con el vaso en la mano mirando al perro, que estaba agazapado entre los pies de Pulgar.

Se sentó frente a él y Pulgar sintió que el perro rebullía, como si se hubiera dado por aludido.

—Te advertí que ese bicho podría darte mala suerte. Es un bicho aborrecido.

Pulgar tardó un momento en acordarse de lo que Mundo le había dicho del perro cuando se encontraron en la Citeria.

—No soy capaz de quitármelo de encima... —reconoció apesadumbrado y removió los pies para que el perro se fuese.

Mundo bebía y se encogía de hombros reforzando el gesto despectivo.

—Queda de tu cuenta. Los animales domésticos que no son fieles a los amos acaban poniéndose en evidencia. En este caso, para mayor inri, el amo no lo puede contar.

El perro salió del Bar y se apostó a la puerta sin atreverse a volver la cabeza.

—Puede ser ella... —dijo Mundo—. Es una niña muy guapa y alegre. Yo no quiero meterme donde no me llaman pero me acordé de ti, a lo mejor es tu hermana. Tampoco sé qué planes tienes si encuentras a tus hermanos, andando como andas tan perdido como ellos.

—Tengo que verla.

—¿Y qué vas a hacer?...

Pulgar reparó en la mirada del hombre que servía tras el mostrador y que revelaba tanta curiosidad como Mundo. A lo largo de la espera le había estado sonsacando pero en ningún momento le había ofrecido algo de comer o beber.

—Asegurarme de que está bien.

—Pues está bien, esa impresión me dio... —dijo Mundo—. Lo que no podría jurar es que esté en el mejor sitio.

No le comprendió.

—Verás, a esa niña la tienen recogida en Casa Dora, en el catorce de Calvario, donde la Cuesta. No sé cómo pudo llegar allí, la encontraría alguna de las mujeres.

—No me parece el lugar apropiado... —opinó el hombre del mostrador, alzando la bayeta—, pero más por lo que pueda ver que por cómo puedan atenderla.

Pulgar escuchó desconcertado.

—Está limpia, cuidada. La llaman Princesa.

—Tengo que verla.

—Es una casa de mujeres y, si es tu hermana, no será difícil sacarla de allí, no querrán complicarse la vida. No se me ocurre lo que puedes hacer, tampoco puedo echarte una mano ni me gusta que digas que yo te avisé. A la niña se la ve contenta.

—De que la cuidan no me cabe la menor duda... —dijo el hombre del mostrador—. Conozco el paño. Hay vidas que no se complementan con el vicio de vivirlas, sé de varias. La necesidad merece un respeto.

Mundo vaciaba el vaso y Pulgar observaba el gesto enigmático del hombre.

—Un respeto y una consideración... —dijo según se alejaba en la barra, dispuesto a coger la botella que había dejado al extremo—. Nadie es más que nadie y la desgracia es la suerte que mejor nos iguala.

Regresó y volvió a llenar el vaso de Mundo.

—Acuérdate de Benicia. Una chica que se hizo mujer sin que nadie entendiera que la mala vida que llevaba no era otra cosa que la alternativa a lo que estaba sufriendo. No ya el pan que llevarse a la boca, la medicación, el tratamiento. Aquella dolencia que la corroyó.

Mundo vaciaba de nuevo el vaso. Parecía tener más prisa que interés en lo que el hombre contaba.

—La vimos consumirse, y nadie podría decir otra cosa que el interés estuvo muy por encima de la piedad. Digo el interés por no decir el desprecio.

—Hablas más de la cuenta... —opinó Mundo.

—Te acuerdas de sobra. La mala vida convenía al que quisiera cerrar los ojos y no compadecerse. Era guapa. Una chica que se hizo mujer por estas correderas, sin otras oportunidades que las que cada cual, para su vergüenza, quiso darle. Esas oportunidades que a nadie le gustaría confesar.

El perro cruzaba el local con mucha cautela, a los pies de un cliente que acababa de entrar. Llegó al lado de Pulgar.

—Es lo que hay, chaval... —dijo Mundo, decidido a coger el saco de la mesa cercana, tras dejar unas monedas en el mostrador—. Y deshazte de ese bicho, por lo que más quieras.

Pulgar sintió que el perro se agazapaba en sus botas.

—Tú espera un poco, muchacho... —le pidió entonces el hombre del mostrador, de quien Mundo no se había despedido—. Voy a calentarte unas patatas, igual ni te acuerdas de la última vez que comiste.

El Bosque

La Cuesta marcaba la línea descendente de una caída en el límite de la corredera, como si al final de la última casa se produjese la depresión que en el contorno de la Ciudadela tenía derivaciones menos pronunciadas.

Era media tarde y la niebla volvía a crecer entre la llovizna, lo que hizo más ingrato el camino de Pulgar, aunque el aliciente del estómago satisfecho animaba la voluntad de encontrar el número catorce de Calvario que, al fin, resultó el que correspondía a la última casa.

Durante un rato merodeó por la corredera, cruzó ante la casa, se acercó a la Cuesta. El perro le seguía o le adelantaba y, a veces, se quedaba quieto esperándole, como si adivinase que en el ir y venir de Pulgar se acrecentaba la indecisión que le llevaba y traía al mismo sitio.

De la casa salió un hombre, luego llegó otro.

Era un edificio viejo que parecía deshabitado o al que habían tapiado las ventanas y los balcones para que nadie pudiese adivinar lo que albergaba.

El hombre que salió y el que vino se esfumaron con la misma discreción, podían haber intercambiado la llegada y la partida o ser el mismo.

Cuando Pulgar se decidió a llamar al timbre de la puerta, el perro emitió uno de los gruñidos que simulaban el ladrido de su afonía y se movió inquieto, como si la decisión de Pulgar no fuera de su agrado.

Tardaron en abrir. Lo hizo alguien a quien Pulgar no distinguió. En la penumbra del recibidor palpitaba una lucecilla dorada.

—Pero ¿qué demonios buscas aquí?... —inquirió en seguida la voz de una mujer, a quien todavía Pulgar no pudo ver.

La puerta se cerró sin que lograra abrir la boca, mientras la voz aseguraba tajante que no se daban limosnas.

El perro se esforzó en los gruñidos, asustado por el portazo, y Pulgar, desconcertado, retrocedió unos pasos pero, en seguida, volvió a llamar.

La puerta tardó en abrirse y la mujer, a quien Pulgar pudo ver sin que llegara a asomarse, le hizo un gesto de desprecio y enfado.

—¿Es que estás sordo o eres bobo? No hay limosnas, no nos gustan los pedigüños.

—No vengo a pedir... —dijo Pulgar con firmeza, avanzando unos pasos, sin que

el perro se atreviera a seguirle.

—Entonces, ¿a qué vienes, qué se te ocurrió? ¿No estarás chiflado, no serás uno de esos mequetrefes que perdieron la cabeza?

Era una mujer entrada en años, con el pelo ceniciento y la cara pintada. Vestía una bata de mugrientos colores.

—Me han dicho que en esta casa hay una niña, yo busco a mi hermana.

—Te engañaron... —dijo la mujer taxativa, empujándole.

—Mi hermana es rubia, se llama Ninfa.

—No me cabe la menor duda de que eres uno de esos mequetrefes. Vete de una vez o te echo a bastonazos.

La mujer hizo el ademán de coger algo, mientras le amenazaba.

—Vamos, vamos, fuera de aquí...

Cerró la puerta y Pulgar todavía pudo oírla:

—Una niña, una niña. Vas a buscar a tu hermana donde de veras se pierden, que es en el Bosque. ¿Nunca te contaron ese cuento, mequetrefe?...

La mala suerte

En la iglesia donde volvió a dormir se repitió el sueño que le llevaba entre las viñetas de alguna aventura que no tenía argumento, como si nada sucediera en la placidez de lo que podía ser un viaje en globo o el discurrir de una canoa por las aguas de un río muy ancho.

Nada alteraba aquella emoción placentera en la que Pulgar vislumbraba el remanso del cielo y las aguas como un paisaje del que era dueño, del mismo modo que protagonizaba lo que sucedía en las viñetas de sus tebeos más manoseados, donde el explorador siempre tenía a mano el catalejo y el cazador que dirigía el safari observaba atento las riberas de la selva.

Dormía en un banco, en una de las capillas laterales. Era una iglesia desvencijada, con muchas hornacinas vacías y algunas imágenes rotas. También estaban rotas las vidrieras más altas y por el hueco de las bóvedas podía verse la misma oscuridad de la noche que derretía la niebla.

El sueño acababa con la lluvia. Una gota persistente resonaba en el cielo y en el río. Pulgar abrió los ojos y tardó un momento en darse cuenta de que la gota seguía resonando en la iglesia.

—Es la pila... —dijo alguien, y todavía no tuvo la absoluta seguridad de que quien lo decía no fuera el explorador o el cazador del safari.

Se incorporó.

Era la primera noche que dormía en la iglesia y estaba convencido de encontrarse solo.

—Cae del techo justamente en la pila de agua bendita, una curiosa coincidencia. Si te das la vuelta, puedes comprobarlo.

La gota alcanzaba el agua de la pila con la persistencia de un leve eco que intensificaba el silencio de la iglesia, pero Pulgar no lo identificó con el sueño.

—Ven aquí, estoy en el confesionario... —dijo la voz.

El confesionario estaba enfrente del banco donde había dormido. Tenía las ventanas y la portezuela cerradas, pero tras las rejillas vislumbró la figura de quien le hablaba.

—Arrodíllate al lado, que así podremos hablar mejor y con más disimulo. Ya tienes

edad para haber hecho la Primera Comunión. ¿Cómo te llamas?...

Obedeció.

La voz mantenía el tono sigiloso y a través de la rejilla lateral, donde acercó la cara, le llegó un olor acre que le hizo retirar la nariz.

—Me llamo Pulgar.

—No voy a preguntarte por los pecados, no tengo el cuerpo para gastar bromas. Estoy herido.

—La Primera Comunión la hice hace cuatro años.

—Tampoco tendrías mucho de lo que confesarte.

—No me acuerdo.

La voz se apagó con un gemido, el silencio desconcertó a Pulgar, que pudo distinguir con dificultad la figura del hombre que se contraía y hacía rechinar las maderas del confesionario como si estuviese a punto de desplomarse.

—El dolor viene y va... —dijo, casi en un suspiro—. La herida se me abrió, es en la axila, un sitio muy malo. Yo recuerdo que los pecados los inventé.

El hombre pareció reponerse.

—Llevo dos días aquí metido, y creo que llegó el momento de irme. ¿Podrás echarme una mano?

Pulgar asintió.

—Hay un cura en la iglesia, dice misa por la mañana, luego casi no viene nadie. No me atreví a pedirle ayuda, es viejo, no me fío. Y tú ¿qué haces? Si vienes a dormir a la iglesia, es que no tienes otro sitio.

—Estoy buscando a mis hermanos, soy de Larmina.

La voz se hizo menos sigilosa, el hombre parecía moverse en el confesionario, como si intentara estirar las piernas o buscar un apoyo para incorporarse.

—Allí tuve yo una novia. Si me acordara del nombre, tendría que acordarme también de algún pecado. Estos dos días, aquí metido, he hecho confesión general. Y voy a decirte una cosa, amigo mío, las cuentas me salen bien. Estoy contento y conforme. La conciencia la tengo mucho menos sucia que el cuerpo. El alma limpia. Repasé los mandamientos uno por uno. Nada de lo que arrepentirme, a no ser de la mala suerte. No me conoces en el mejor momento.

Pulgar le ayudó a salir del confesionario.

Despedía un tufo agrio, llevaba la chaqueta por los hombros, la mano derecha sujeta al cinturón en un vano intento de inmovilizar el brazo.

—Sólo se trata de que vigiles la calle, dos días son suficientes para que quienes me seguían hayan desistido. Cuarenta y ocho horas es la norma.

Pulgar hizo un intento de ayudarlo, pero le rechazó. El hombre caminó hacia la pila, metió la cabeza en ella.

—Agua bendita... —dijo—. Quita la sed y alivia el espíritu. Otra cosa es el

hambre.

—No tengo nada que darle... —confesó Pulgar.

—Así voy más ligero.

Salieron por la puerta lateral que Pulgar había descubierto para entrar en la iglesia.

—Echa un vistazo... —le pidió—. Voy a ir calle abajo, hasta el puente. Luego poco a poco por la ribera del río.

—¿Quiere que le acompañe?...

—Vuelve a dormir. Ahora me vendrá bien un poco de ejercicio. La niebla ayuda y las cuatro gotas que caigan me lavarán la cara. ¿No te diste cuenta de cómo huelo?

Mensajero de Dios

El sueño se había vuelto a repetir, pero aquella segunda noche en que Pulgar durmió en la iglesia la gota que resonaba en el cielo y en el río no caía sobre la pila bautismal, cuando alguien le zarandeó sin mucho cuidado.

Despertaba con el sobresalto de quien siente que la cestilla del globo se mueve más de lo debido o la canoa se desequilibra en la súbita corriente.

—Vamos, chico, despierta que tienes que acompañarme... —dijo el hombre que lo zarandeaba sin soltarle el brazo, mientras Pulgar se incorporaba sin saber si, al fin, caía del globo o se hundía en las aguas.

Distinguió la sotana debajo del abrigo y supo que se trataba de un cura, lo que probablemente no debería resultar tan raro habiendo entrado a dormir en una iglesia, cuando le vio alejarse entre los bancos hacia el altar y de nuevo volvió a escucharle.

—Vamos, vamos, espabila. Un día por otro y, cuando me doy cuenta, hay más fugitivos que feligreses. No es Dios el que duerme, es el Diablo quien anda despierto...

Pulgar dio unos pasos tan vacilantes como desconcertados.

El cura había llegado al altar, abría el sagrario, manipulaba una caja diminuta que le costaba abrir, volvía a cerrar el sagrario con una llave que llevaba colgada al cuello, y regresaba hacia él con la misma determinación.

—Es el viático... —dijo, sin que Pulgar entendiera a lo que se refería—. Dios emprende el viaje cuando el que lo necesita lo reclama. No hay hora prevista ni previsible. Dios está siempre de guardia, igual que el centinela.

Fue tras él con cierta dificultad, ya que según caminaba sintió las piernas entumecidas y el dolor de las articulaciones derivado de la mala postura del sueño y la dureza del banco.

—Vamos, chico, no es muy lejos pero hay que darse prisa. La muerte no suele esperar en el andén, y el que la presiente y decide aguardarla preparado no tiene sosiego. El moribundo cuenta por horas los instantes.

La niebla embadurnaba la llovizna.

El cura no era un hombre joven y, sin embargo, demostraba una gran fortaleza en la decisión de los pasos, como si aquella urgencia a la que se refería fuese el motor

que le llevaba.

A Pulgar le costó un gran esfuerzo alcanzarle y ponerse a su lado.

—Es la eucaristía. Un sacramento que, en estas circunstancias, tiene mucho de salvoconducto. No sé si me entiendes, pero tampoco hace falta, la recompensa la obtendrás por el cometido al que se te requiere. ¿Duermes en la iglesia por devoción o porque no tienes mejor sitio?...

Pulgar respiraba sofocado.

—Duermo donde puedo.

—Dios te guió, no lo dudes. Hay un alma a la que la noche le queda grande. El alma de un pecador arrepentido, cuatro calles más arriba, después del puente. Tenemos que darnos prisa, la eucaristía no se consume pero esa alma no ve más allá de la noche. ¿Sabes cómo acaba quien tiene envenenada la sangre, después de una amputación?...

Pulgar no fue capaz de contestar.

—Septicemia... —dijo el cura, deteniéndose un instante—. La expectativa de cortar por lo sano, la convicción de que ni por éstas te libras. Un brazo, una pierna, de todo se vio en los hospitales de sangre. El que muere amputado parece que muere con mayor conocimiento, como si ya fuese dueño del aviso de morir.

El camino era más largo de lo que el cura había dicho o, al menos, a Pulgar se lo pareció. Las cuatro calles más arriba fueron seis o siete y cuando, al fin, Pulgar vio que el cura se detenía en un portal hizo el último esfuerzo por alcanzarle.

—Es en el primero, escúchame atentamente, no te puedes equivocar, eres el mensajero de Dios. Aquí tienes el viático, un corazón inocente como el tuyo es el mejor depositario. La inocencia también te hace dueño de la responsabilidad. Fíjate bien, chico, la cajita contiene la Sagrada Forma, lo que llevas es a Dios. ¿Me entiendes?...

El cura puso una cajita de plata en las manos temblorosas de Pulgar, que no fue capaz de abrir la boca.

—Subes al primero, te esperan. No hace falta que digas nada ni que nada te digan. Te llevarán a la habitación del moribundo. La comunión no tiene otro secreto. Ese hombre aguarda a que llegue el consuelo definitivo, la penitencia ya la cumplió, está absuelto. Vamos, chico, no te quedes ahí pasmado...

Pulgar no reaccionaba.

—Es la hija la que quiso santificar a su padre, a ella le debe el alma afligida lo que de otra manera no hubiese podido ser. Los hijos no lo consienten, ¿entiendes?... Es la casa de un padre arrepentido, un hombre que fue pecador hasta que ella tomó las riendas. Jamás consentirían que un ministro de Dios diese la cara. De esa estratagema se trata, así de triste.

El portal estaba oscuro y Pulgar pensó que muy bien podría ser uno de los muchos en que alguna noche habría dormido, y también pensó, cuando el cura puso la mano en su espalda para animarle a entrar, que la iglesia no era el mejor sitio de cuantos había elegido: las piernas seguían entumecidas y el dolor de las articulaciones se reavivaba cuando comenzó a subir las escaleras.

La gloria eterna

—Ahora no me dejes. Te ruego que, seas quien seas, me veles un momento.

—Sólo vine a traer la comunión.

—De la mano de Dios, y por encima de esos badulaques que me juraban la mala muerte, como si en verme condenado estuviesen complacidos. Tres hijos que matan al padre, si de la muerte del alma hablamos. Una hija que determinó mi salvación. Son las hijas las que de veras responden, de ellos jamás se obtiene confianza y piedad.

—Voy a avisarla.

—Déjala que vigile.

—Me dijo que una vez que usted hubiese comulgado ya podía irme.

—Vélame, hazme compañía. Ahora ya estoy en gracia de Dios. El veneno comienza a saberme dulce. La pierna que me falta no me atormenta. Me siento más ligero. Empiezo a pensar que los cuatro miembros son demasiados, no harían falta tantos si fuésemos menos codiciosos. Todo queremos cogerlo, a cualquier lugar nos gusta ir. La pierna no la echo de menos, si acaso me gustaría saber lo que hicieron con ella. ¿Dónde la habrán enterrado y, sobre todo, lo harían con la pernera correspondiente y el calcetín que llevaba?... No me atormenta pero, si te soy sincero, me preocupa.

—Tenía prisa.

—Pues el sosiego es mejor, la prisa descabala lo que hay que hacer. De ella me arrepiento, de no haber quedado quieto, papando moscas. La velocidad contribuyó a que la vida me durara menos y tampoco obtuve mayor rendimiento. Todavía no tienes muchos años, ¿verdad?...

—No.

—Pues con los pocos, ya había crecido yo más de lo debido. Un día me miré al espejo y vi un mozalbete que me guiñaba el ojo. Tenía bigote y una sonrisa de listillo que no me gustó nada. Fue cuando me di cuenta de que era él quien ganaba la batalla de la edad, yo llevaba las de perder. Ese mozalbete hizo de mi vida lo que jamás hubiera imaginado. Petulante, vivalavirgen y hasta un poco hortera. Lo último que hubiese querido. El espejo es peligroso, ¿no te mirarás en él?...

—Pocas veces.

—Dijo un sabio de la antigüedad que hay que conformarse con lo que la vida nos va haciendo, sin reparar en el daño o la conversión. Si cambias, asegúrate de cómo vas a ser, no te avengas a hacerle caso al primero que te eche un cuarto a espadas. El

bigote debiera haberlo afeitado.

—Voy a tener que irme.

—No te pongas nervioso. Esos zoquetes estarán dormidos. Se han hecho a la idea de que no llego a mañana. Ahora, con la paz de espíritu y la resignación de que la pierna pudiera sobrevivirme, aunque me preocupe lo que con ella hayan hecho, estoy mejor. Me presta verme en estas condiciones y sabiendo que esos ateos no consiguieron robarme el sacramento. Me santifiqué, como hay Dios que estoy a medio minuto de la gloria eterna. Ya les pueden dar muy mucho por el culo, y que el Señor me perdone.

—Es que tengo que hacer algunas cosas.

—Valiente que eres, con muy pocos años y el arrojo que muchos hombres no tienen. Ayudas a un moribundo a emprender la senda definitiva por el camino recto, ahí es nada. Yo no fui un hombre honrado. El mozalbete del bigote no me permitió otra cosa que ir directamente al grano. Las pretensiones de la vida no fueron más allá de la codicia y la satisfacción. Si me acordase de una acción bondadosa me echaría a llorar. ¿A qué te dedicas?...

—Busco a mis hermanos.

—Yo no lo haría con mis hijos. Si se hubieran perdido, me habría llamado andana. Esfumados, menuda suerte. Conocí una vez a un matrimonio que echó cuentas de la familia numerosa que alimentaba, cuadró las cantidades, el tanto por ciento de los gastos, lo que a cada cual correspondía, y les salió la mitad, justo la mitad de lo que podían permitirse. Entonces lo que hicieron fue ir dejando los hijos que sobraban del modo que mejor les convino, uno aquí, otro allí, en la esquina o debajo del puente. La familia les quedó planchada. Era un placer verlos pasear los domingos. A lo mejor no te convenía encontrarlos...

—Tengo que hacerlo.

—Bueno, bueno, allá tú y allá ellos. No te quiero desanimar. Le dices a mi hija que no permita que esos badulaques asomen el morro cuando despierten. También me parece que me viene el sueño. Rézame algo antes de irte, la caridad con el moribundo tiene mayor retribución, algo sacarás en limpio de todo esto. Dios aprieta pero no ahoga. El uso de la soga lo hice por mi cuenta, para nada necesité a Dios, tampoco iba a tirarme al río. Ahora, con la conciencia limpia, que me quiten lo bailado...

El valor

Volvió a Calvario pero no llamó a la puerta del catorce. Entraban y salían algunos hombres. Vigilaba en la distancia. La niebla acompañaba aquel camino de ida y vuelta y hubo una ocasión, cuando ya el desánimo empezaba a desorientar los pasos, en que creyó escuchar su nombre.

—¿Eres Pulgar, te llamas Pulgar?...

Por la Cuesta la niebla se derramaba como el humo de una emanación que arrastraba el aire. El perro venía con la mujer, sin que pudiera saberse si la acompañaba o la seguía. Se acercó a Pulgar, movió el rabo y emitió un débil gruñido.

—Sí, señora... —afirmó Pulgar sin mucha convicción, mientras el perro daba una vuelta a su alrededor.

—Pues ven conmigo, no te puedes pasar la vida igual que el centinela en la garita. ¿Este bicho es tuyo o lo tienes alquilado?...

El perro estaba quieto, mirándole.

—Me sigue... —reconoció Pulgar—. No soy su dueño. Me parece que no lo quiere nadie.

—Pues buena ley te tiene. Yo pensaba que andaba a tus órdenes, haciendo guardia. Me dio la impresión de que te obedecía. Un animal de confianza.

Se acercó a sus botas, lamió los cordones.

—Anda, vamos, tenemos que hablar —dijo la mujer muy decidida, y Pulgar caminó tras ella siguiendo al perro que en seguida se puso a su altura.

Era una mujer joven, vestía con excesiva ligereza en la humedad de la niebla, apenas arropada con una toquilla, como si hubiese salido a la calle de forma imprevista o con la idea de regresar inmediatamente a casa.

Fue por la acera de Calvario sin poner en duda que Pulgar venía detrás, aumentando la decisión de los pasos que podían aliviarla de la humedad, con el perro dispuesto a no dejar que huyera.

Había una taberna en la esquina.

La niebla confundió a Pulgar cuando la vio desaparecer, pero el perro le aguardaba en la puerta y vigiló su entrada.

—Yo no traje a esa niña, aunque me hice cargo de ella. Una amiga la encontró perdida por Larmina. Es una amiga que no trabaja con nosotras pero que viene algunas veces.

—Mi madre murió, mi padre había desaparecido y yo no estaba cuando desalojaron la casa... —dijo Pulgar, que aceptaba la sopa que acababan de servirle, aunque le costaba trabajo sujetar la cuchara en la mano y se decidió a coger el tazón y acercar la boca para sorber.

—Ella me dijo que te llamabas Pulgar, y que tenéis unos hermanos gemelos que se llaman Nino y Vero.

—Ella se llama Ninfa.

—Ahora prefiere que la llamen Princesa. Fue Mundo el que te dijo que estaba en Casa Dora...

—Lo conocí en la Citeria, luego me dejó el recado en el Corinto y me lo dijo.

La mujer había encendido un cigarrillo, bebía una copa de anís.

—En la casa está a gusto, aunque yo comprendo que no es el mejor sitio. Pero tampoco me parece lo más adecuado que te la lleves. ¿Qué quieres hacer? ¿Tenéis familia, hay alguien que os pueda echar una mano?

Pulgar sujetaba el tazón con dificultad.

—Yo obedezco a mi padre. Hago lo que me mandó cuando estuve con él en el Hospital de Misericordia. Buscar a mis hermanos y recogerlos.

La mujer le miraba.

—Entonces, ¿qué me pides?...

—Que me devuelva a Ninfa.

—¿Y qué vas a hacer?...

—Recogerla.

—Lo que una hubiese querido para sí misma... —dijo la mujer, esforzándose por sonreír—. Un hermano que no se anda por las ramas, alguien que tiene clara la encomienda y la responsabilidad. No sé de dónde sacas ese valor siendo tan pequeño. Ya hubiera dado yo cualquier cosa por haber tenido muy cerca alguien como tú.

El olor de las Princesas

La mujer cumplió lo prometido y por la mañana Pulgar recogió a Ninfa en la puerta de Casa Dora.

—¿El chucho es nuestro?... —fue lo primero que se le ocurrió a Ninfa, cuando vio al perro apostado al lado de Pulgar, como el segundo de a bordo que se apresta a recibir las órdenes oportunas.

—No tiene dueño.

—Entonces nos lo quedamos.

—No hace falta.

—¿Y cómo se llama?...

—No tiene nombre.

Ninfa le acariciaba la cabeza al perro, que rebullía altanero, como si no le agradara.

—Lo llamo Chucho —decidió Ninfa—. Ven, Chucho, que te voy a enseñar a bailar la pavana.

—No le digas tonterías —indicó Pulgar, enfadado.

—La bailan las Princesas. Mira, Pulgar, voy a enseñarte también. ¿Ves cómo la bailo?...

Pulgar caminó contrariado, el perro se había quedado mirando a Ninfa que bailaba encantada.

—Ahora ¿adónde vamos?... —quiso saber cuando alcanzó a Pulgar, que se había hecho cargo del hatillo donde Ninfa traía sus cosas—. ¿Vamos a volver a casa o buscamos el Palacio de las Hadas o nos hacemos artistas del Circo Malabares?... A los gemelos los disfrazamos de enanos, tú te dedicas a domar los leones y yo soy la Princesa caballista.

Pulgar miró a su hermana. Llevaba un vestido nuevo y un abrigo de paño azul con los botones relucientes. También parecían nuevos los zapatos y los calcetines.

Bailaba.

—Es la pavana... —dijo—. Se baila así y así. Si en vez de estar tan sucio, estuvieras más limpio, mejor vestido y más guapo, podías ser el Príncipe. También podía bailar la Chucho si no tuviera el rabo tan feo. A las Princesas lo que más nos gusta es bailar.

El gruñido del perro se asemejó más que nunca a un ladrido.

—Se enfada... —dijo Pulgar.

—Chucho feo. Vamos a buscar una fuente para lavarlo. Y también te lavas tú, para que no te digan que eres un marrano. Yo me echo colonia. A lo que huelo es a lo que huelen las rosas. El olor de las Princesas.

Pulgar se detuvo.

—¿No te puedes callar un momento, Ninfa?...

—¿Para qué quieres que me calle?...

—Para que el perro no se ponga nervioso.

—Entonces voy a bailar sin decir ni pío.

—Baila, baila lo que quieras, a ver si te cansas.

Pulgar se sentó en el bordillo de la acera, el perro se acomodó a su lado.

Ninfa bailaba.

La mujer se había asomado a la puerta y, tras ella, otras mujeres besaban a Ninfa, que tardó un rato en escurrirse de sus brazos y, en el último momento, regresó a la puerta para recibir de la mujer el último beso.

—Es tu hermano, ¿lo recuerdas?...

Fue una extraña vibración la que hizo que Pulgar se estremeciera, como si al ver a Ninfa algo raro se hubiese revuelto en el interior de su cuerpo, una sacudida que podía parecerse al efecto de un dolor o un sufrimiento.

La alegría de verla no se correspondió con aquel sentimiento que contraponía cierta desazón y, a lo largo de aquel día, mientras Ninfa no cesaba de requerirle y hacer toda suerte de demostraciones, dando rienda suelta a su imaginación y entusiasmo, Pulgar fue aceptando la distracción y el silencio que administraban su amargura.

Recordó a su madre.

La niña parecía la caricatura de la madre muerta.

En el portal donde durmieron, agotada Ninfa en sus brazos, con el perro cabeceando al lado, le fue difícil a Pulgar sujetar una lágrima que tampoco entendió de dónde provenía. Luego tuvo un sueño espeso, menos feliz de lo habitual, más roto y desangelado.

Las hadas madrinas

—No todas son guapas, pero casi todas son buenas. Se pintan mucho y ni siquiera necesitan mirarse al espejo. Yo me he pintado alguna vez.

—No sé por qué lo hiciste.

—Porque jugaba. Pude jugar a lo que me dio la gana, y cuando cogí un lápiz y una polvera me puse los morros perdidos y todas se rieron. La Princesa está más guapa que la Emperatriz, dijeron unas. Lo más bonito que tiene la Princesa son los ojos, y no necesitó pintarlos. Esta niña es una Princesa persa. Esta niña es una Reina de Oriente.

—Hablas demasiado.

—Es que te voy a contar lo que pasó.

—Pero cuéntamelo de veras, no te andes por las ramas.

—Lo cuento como se lo contaba a mamá, no como se lo contaría a los gemelos. Los gemelos no lo entenderían. Esos niños no pueden saber que su hermana era una niña abandonada a la que recogieron en una casa donde había muchas mujeres. Los hombres que venían no eran los maridos de las mujeres, eran muchos más. Ellas no tenían maridos, pero algunas me enseñaron las fotos de los hijos. Los hijos no estaban con ellas, pero los cuidaban. No vayas a creerte que esos hijos eran niños perdidos que se habían quedado solos. Las que tenían hijos eran las madres, no sé si lo entiendes.

—No.

—Pues por las fotos se veía que eran niños guapos. Limpios. Algunos eran hermanos y se parecían menos que nosotros, no los había como los gemelos. Pero había una niña que podía haber sido hermana mía, y la madre lloraba al compararnos. Te voy a querer como la quiero, Princesa mía, me dijo, y, un día que estábamos solas, me dio un broche muy bonito. Otra que también me quiso mucho me dio una medalla de la Virgen.

—Cuéntame lo que pasó. Ya me dejarás ver el broche y la medalla.

—Bueno, lo que pasó es que había una niña que no tenía madre y un día, cuando estaba en casa con sus hermanos, dijo la gente que tenían que irse porque la casa se iba a caer. Todos salieron a la calle y de los hermanos nada supo la niña, porque lo que estaba pasando es que la gente iba y venía corriendo y dando voces, el que más y el que menos llamando al que quería encontrar. Entonces esa niña se quedó sola. ¿Te acuerdas de aquella otra, en el cuento que contaba mamá, que se perdió en el Bosque? ... Pues lo mismo.

—No me acuerdo de ese cuento.

—Iba a la casa de la bruja. Estaba perdida y se puso a llorar como una descosida, y cuando se dio cuenta iba a la casa de la bruja, aunque no supiese que era la casa de la bruja. Allí la bruja la metió en una jaula y le daba de comer para que la niña se pusiese gorda. Lo que la bruja quería es que la niña engordara mucho para poder comérsela. Luego mamá me hacía coscas en la barriga, como si me la comiera. ¿No te acuerdas o estás tonto?...

—Es que no sé lo que me cuentas, Ninfa.

—Estás tonto, Pulgar, rematadamente tonto. La niña se perdió. Da lo mismo el Bosque que aquel lío que se había armado. Ella no conocía a nadie, y la única diferencia es que no se puso a llorar y que no fue a la casa de la bruja. La mujer que la recogió lo primero que hizo fue limpiarle los mocos. Luego, en esa casa donde había tantas mujeres y donde venían tantos hombres que no eran los maridos pero que las querían tanto o más que si lo fuesen, le dieron de cenar y la acostaron en una cama muy limpia. Entonces ya reconocieron que se trataba de una Princesa. Esos ojos que tienes son de Princesa, y esa piel tan blanca y tan tierna. Vamos a mirar bien debajo de la sábana para que no haya un guisante que no te deje dormir, porque las Princesas están acostumbradas a la mayor delicadeza. Y era una Princesa.

—Me pones la cabeza como un bombo, Ninfa.

—Nunca lo supisteis.

—Habrá que buscar un palacio.

—Una Princesa abandonada que, cuando fue muy pequeña, apenas recién nacida, se la dieron a una familia para que la cuidase. La familia nuestra. Luego, cuando ya pasó el tiempo y los años que tengo, se iba a caer la casa, y otra vez la Princesa se perdió.

—Es mejor que te calles un rato.

—Ellas eran las hadas madrinas, no había bruja. Les gustaba que comiera mucho y que engordase pero no para comerme luego.

—Esa suerte tuviste.

—Ahora la Princesa y el hermano irán donde Dios diga. El hermano no es un Príncipe porque a él no se lo dieron a la familia, pero ella lo quiere igual que si lo fuese.

—Gracias, Ninfa.

—No me las des, bobo. Dame un beso, pero mejor en la mano que en la mejilla, como hacían los gemelos. Esos niños adivinaban que yo no era como ellos. No sabes las ganas que tengo de volver a verlos, ahora que ya puedo decirles quién soy de veras.

Guapa y educada

Ninfa no lograba que el perro le hiciera caso y Pulgar tampoco pudo conseguir que lo dejara en paz.

—Es un perro muy suyo, hace lo que le da la gana.

—Pero si viene con nosotros, somos sus dueños.

—Te dije mil veces que no lo somos.

—Es un chucho. Ven aquí, Chucho, que ya no vuelvo a tirarte de las orejas.

Con las contadas limosnas Pulgar pagó un vaso de leche caliente que Ninfa bebió agradecida.

—Ahora te quedas aquí sentada sin moverte. El perro se queda contigo. Vuelvo en seguida.

El perro obedeció sin mucha convicción, y Ninfa logró acariciarle la cabeza.

—Anda, Chucho, vamos a ser amigos.

Había un banco de piedra escoltado por dos arbolillos en la placita de la esquina donde estaban los Almacenes Merecimiento.

El mediodía se había llevado la niebla pero las nubes mantenían su persistencia otoñal y la luz de Borenes no remontaba lo que a lo largo de la mañana vaticinaba el declive del atardecer, como si sólo la tarde y la noche fuesen las propietarias de una ciudad que tenía dificultades para distinguir el decurso de las horas y el tránsito de los días.

El tiempo de Borenes se diluía en la niebla y en la opacidad, y el paisaje urbano se reflejaba en un espejo empañado.

Rita salió con los demás dependientes de los Almacenes y caminó sola, con el habitual paso decidido y el bolso bamboleando en su mano derecha. Pulgar la llamó.

—Mira por dónde... —dijo ella al divisarlo y acercarse sonriente—. A quien más ganas tenía de volver a ver y mayor necesidad de que apareciera.

—Me dijiste que podía recurrir a ti... —dijo Pulgar.

—Pues claro, faltaría más. Favor por favor. Pide por esa boca que también yo tengo algo que contarte.

—Encontré a mi hermano en el Paseo del Comendador, lo tiene una buena familia. Ahora necesito colocar a mi hermana Ninfa, la tengo conmigo. Es aquella

niña que está con el perro.

Rita dio unos pasos, hizo girar el bolso como unas aspas.

—¿Dónde vas a llevarla?...

—Me hablaste de las Asuntas. Un sitio para que la recogieran.

—Sí, señor, eso hacen las monjas, es una idea. Lo malo es que deben de estar atestadas. Hay más demanda que oferta. Pero el que no llora no mama, hay que intentarlo.

El perro se había alejado de Ninfa, que al ver a Rita con Pulgar se puso de pie e hizo una reverencia.

Rita se reía.

—Guapa y educada... —constató—. Dame un beso.

—Soy una Princesa... —dijo Ninfa, muy ufana—. Los besos se dan con cuentagotas. Las Princesas no pueden estar besando todo el día. A ellas las besan en la mano. Pero te lo voy a dar, no vaya a ser que Pulgar me riña.

—Tiene la cabeza llena de pájaros.

Rita no dejaba de reírse.

—Vamos a las Asuntas... —decidió, cogiendo a Ninfa de la mano con gesto resolutivo—. Conozco a la Madre Constelación, que es una monja que tiene mucho mando en plaza. A una Princesa no pueden dejarla de lado, menudo feo.

Pulgar caminó tras ellas, el perro le siguió.

—Una vez... —dijo Ninfa, encantada de que Rita le hubiese dejado el bolso para llevárselo— una niña se perdió sin que nadie supiera quiénes eran sus padres. Luego las hadas que la encontraron y la llevaron a la casa donde ellas vivían se dieron cuenta de que era una Princesa.

—Sólo hay que mirarte para saber que eres tú... —reconoció Rita—. Todas las Princesas tenéis los mismos ojos.

—Y bailo la pavana. ¿Quieres verme bailar?...

Pulgar alzó la voz:

—No, no quiere verte.

—No le hagas caso, baila.

El perro simuló un ladrido.

Las Asuntas

—Ahora verás dónde se esconde la desdicha. Tú que me viste penar por aquel hombre que tenía la enfermedad y la cobardía del invierno, y no en vano se llamaba Enero, vas a verme metida en un lío mayor, sin que desde entonces hayan pasado dos semanas. Yo soy una mujer que ni busca el engaño ni hace otras reclamaciones que las justas. Una mujer que tiene el corazón débil, eso sí, y que está necesitada del amor para que la salud no se quebrante. O es que el amor es mi enfermedad y la salud lo que me pone mala, cualquier confusión. ¿Dónde piensas que se esconde la desdicha, entendiéndolo que de una adversidad secreta se trata, de un recado que me tiene en vilo?... No te lo vas a creer. Se esconde en una hogaza, entre la miga del pan que compro cada poco...

Rita llevó a Pulgar a una Casa de Comidas donde, después de tanto tiempo, el estómago fue superando los embates del olvido en una lenta recuperación que Pulgar no logró controlar con el cuidado preciso, lo que en algún momento, entre plato y plato, le provocó la desazón que contradecía la ansiedad, y hasta tuvo que esforzarse para reprimir una sensación de mareo a la que, por otra parte, ayudaban las palabras de Rita.

A Ninfa se la habían quedado las Asuntas.

La operación de entrega por parte de Rita no ofrecía muchas explicaciones, la Madre Constelación en quien cifraba sus esperanzas había respondido cabalmente, aunque parecía complicada una entrega definitiva y ellas se encargarían de las burocracias necesarias en estos casos.

—La mayor confianza, no lo dudes... —le dijo a Pulgar, que estaba muy necesitado de que le aseguraran que la niña quedaba en el mejor sitio posible—. Nada que ver con el Hospicio. Las Asuntas son hijas de la Madre de Dios.

Rita le advirtió que era mejor que la operación la hiciese ella sola, sin que Pulgar las acompañase.

La niña perdida venía de algunas manos que la habían ido soltando, los datos eran escuetos y, por supuesto, estaba sola. La Princesa está sola, no tiene a nadie. Las niñas abandonadas son las Princesas perdidas, le decía Rita a Ninfa, que asentía mirando a Pulgar. Luego, algún día, viene el hermano de la Princesa a verla, a lo mejor ya es también un Príncipe.

—¿Y viene con los gemelos?... —quiso saber Ninfa.

—Vengo con ellos... —aseguró Pulgar.

—No sé si no me gustaba más la casa de las hadas.

El largo y alto paredón que rodeaba la huerta del Convento tenía algunas roturas y un montón de escombros en la esquina.

Ninfa cogió la mano de Pulgar, cuando éste hizo un leve movimiento para acercarse a ella, estrecharla, darle un beso.

Besó la mano de Pulgar.

—Vamos, chica... —dijo Rita muy resolutiva—. ¿No me vas a engañar con una de esas lágrimas de cristal que las Princesas guardaban en una cajita de nácar?...

La vio caminar de la mano de Rita, que casi la llevaba en volandas. Una niña diminuta, una Princesa que desaparecía poco después, cuando abrieron el portón, como si su propia fantasía la extinguiera.

El perro rozaba la cabeza en las botas que tenían los cordones desatados.

Alguna vez aquel paredón con rotos y escombros se inmiscuyó en los sueños de Pulgar, sobre todo cuando Pulgar creció y la vida zanjó esa separación definitiva que tantas cosas y recuerdos fue arrumbando, hasta el propio resplandor empañado de aquellos días en que la niebla logró que Borenes se transformara en una ciudad sumergida.

La miga

A Pulgar no le resultó fácil seguir el relato de Rita sobre la desdicha escondida en la hogaza, entre la miga del pan que compraba.

También le costó bastante terminar la copiosa comida a la que le había invitado.

—Puedes estar tranquilo... —volvía a decir ella, entre las vueltas y revueltas de lo que le iba contando con tanta preocupación como interés—. Esa niña quedó en las mejores manos, no lo dudes. Y, además, yo me ocuparé de que esté atendida, no la voy a olvidar.

Pulgar estaba convencido de que así sería.

En la Casa de Comidas había una estufa encendida y la atmósfera de los guisos saturaba el agradecimiento del estómago y un calor que en algún momento llevó a Pulgar a la cercana inconsciencia del sueño, mientras las palabras de Rita hacían su recorrido.

—Es la desdicha, porque no hay manera de que lo que me pasa sea como lo que le pasa a cualquiera. Un recado en la miga, ya ves qué disparate, aunque yo comprendo que el amor es un sentimiento disparatado y, a estas alturas de mi vida, no me voy a engañar. Nunca tuve un amor sano. Jamás conocí a un hombre que diera la cara por el conducto reglamentario.

Rita abrió el bolso y puso encima de la mesa tres papeles tan arrugados como arruinados.

—Éstos son los recados que recuperé en la miga. La misma declaración con igual letra. No creo que sean los únicos. Estoy convencida de haberme comido otros, no hay razón para ser más cuidadosa con la miga que con la corteza y es el colmo de los colmos que tal confianza corra el riesgo de desaparecer entre dos rebanadas y una loncha de mortadela. Tengo la costumbre de hacerme un bocadillo para merendar. Hay amores desdichados que pugnan por serlo, y éste parece sin remedio el amor de un panadero.

Pulgar no sabía qué decir, los papeles que Rita le acercó para que los leyese estaban escritos de forma incomprensible.

—El pan lo compro siempre cerca de Merecimiento, una tahona de confianza. La llevan tres hermanos que, para serte sincera, no son ninguna bicoca. Uno es cojo, otro

tuerto y otro manco. Vistos por separado cada cual tiene su punto más allá de su limitación, pero cuando los ves juntos parecen las piezas estropeadas de una máquina que descarriló. Yo me hago a la idea de que el enamorado es el cojo. Una pierna de menos siempre me pareció más llevadera que un ojo o un brazo, pero no sé, tampoco quiero crearme demasiadas ilusiones.

Pulgar no supo decidir el postre que le apetecía, le trajeron un flan y una naranja.

—El hecho de que el pan me lo venda cualquiera de los tres hace imposible que yo sepa quién me manda el recado. También amasan los tres. No existe el menor indicio y, a estas alturas, me veo metida, una vez más, en un asunto desdichado. El que sea de los tres no tiene valentía, y yo no voy a pasarme la vida obsesionada con la miga. ¿Quién podría decirme por qué razón los únicos hombres que vienen detrás de mí son igual de ruines y pusilánimes?...

Recogió los papeles y los devolvió al bolso.

—El favor que tienes que hacerme es muy sencillo, no te va a costar ningún trabajo. Vas a la panadería, dices que vas de mi parte, que es Rita quien te manda a comprar el pan. El que quiera hacerme llegar el recado no tendrá que disimular.

Pulgar contenía con cierta dificultad la inconsciencia del sueño, se le cerraban los ojos, la cucharilla no acababa de coger el flan.

Pinto, Leo y Eno

—A Rita le dices que haber perdido el uso del brazo derecho no es la misma limitación o desdoro que haberlo perdido de la pierna, sabiendo como bien sabemos que la pierna es un miembro crucial para el movimiento y que en el voy y vengo de los seres humanos es donde mejor se sustancia la vida. De la falta de vista de un ojo no quiero hacer valoración, bastante tiene con sobrellevarla mi hermano Eno.

—A Pinto le gustan estas comparaciones y barbaridades, pero no creo que a Rita la convenzan. Decir que su calidad de manco lo pone por encima de la de cojo que yo sustento, es tan injusto como temerario. El voy y vengo de mi existencia será más lento pero no menos lúcido y rentable. Un hombre cabal no derrota como un barco porque la cojera sea su impedimento. Tampoco diré que la limitación del manco reste las habilidades fundamentales, y mucho menos que la mitad del mundo que percibe mi hermano Eno sea en demérito de su conocimiento. Tengamos, además, cuidado con el bien de la mirada, ya que de algo sagrado se trata. Las barbaridades de Pinto no tienen contención.

—Tampoco las tuyas, Leo. En cualquier pleito, como el que ahora se suscita, yo voy a las claras y tú rastreas sobre la base de esa condición que te es propia, y de la que no puedes negar la malevolencia con que la amargura adorna a quienes se mueven con dificultades.

—Bueno, yo os propondría que dejásemos de lado los resquemores, y aclaremos hasta donde podamos la comprometida situación en que nos pone el emisario que envió Rita, que, por cierto, no nos ha dicho cómo se llama.

—Pulgar.

—Un nombre pequeño.

—Vienes de su parte a por el pan.

—Sí, señores.

—Un ardid muy ingenuo para comprobar que quien te lo despache puede ser el enamorado. ¿Piensa que en la panadería hay un enamorado y que al amasar una determinada hogaza deposita su recado de amor para ella?...

—Eso me dijo.

—Pues está equivocada.

—No le hagas caso a Eno, no está equivocada, lo que no está es acertada. No hay un enamorado, hay tres.

—Tú, chaval, que nos estás viendo ahora mismo, tal como somos y más parecidos que nunca por culpa de la harina que nos cayó encima, ¿cuál dirías que de nosotros

tres es mejor panadero, quién amasa mejor, quién tiene mejor arte?...

—Me parece que los tres.

—Fíjate un poco más antes de decidir, porque no es una pregunta inocua. A lo mejor, ya que los tres estamos enamorados y de los tres son los recados que Rita recibe, hay que tomar una resolución que deje a dos en la estacada. Y no sería mala cosa que la resolución fuese profesional. Seguro que mis hermanos están de acuerdo, por mucho que Pinto quiera echar leña al fuego de otro modo.

—Eno tiene razón. El mejor profesional de los tres puede ser el que convenga destapar. Le dices a Rita el nombre que determinemos. Ése te vendió el pan, ése mandó los recados, es el que la quiere...

—Nos observas un rato y sacas la conclusión, pero para ayudarte cada uno va a decir algo de la calidad de su amasado. No me importa empezar yo mismo.

—Mejor que empiece Leo, siempre el manco en la actividad manual lleva las de perder.

—Y, sin embargo, mira lo que un solo brazo, una sola mano tiene de habilidad recompensada. Es como si la sensibilidad y la sabiduría se concentraran en vez de tener que repartirse. No serás, por casualidad, hijo único, brazo y sostén exclusivo de la familia. Ellos, los únicos, son los más diestros.

—No te engañes. Comprueba este don del movimiento que me permite el bamboleo, lo que los brazos y las manos transmiten a la masa como en una danza que reconvierte el amasado en un ejercicio melódico. Ahora vas a ver lo que se desparrama en la masera con la vivacidad de un animal blanco...

—Agua, levadura, harina. Yo no miro lo que hago. Yo siento lo que tengo, quiero decir que el tacto me va dando la madurez del amasado y me importa un pito que la vista se haya ido al garete. Yo, chaval, tengo que cuidarme para que en vez de hogazas no me salgan hostias.

—Es lo que cada uno podemos decirte. Ahora decides y le llevas a Rita la hogaza con el último recado anónimo. ¿Quién de los tres es digno de ella?...

La hogaza

Por la tarde esperó a Rita a la salida de los Almacenes Merecimiento. Llevaba la hogaza bajo el brazo y el perro estaba con él.

—No me digas nada... —advirtió nerviosa.

La siguió hasta el Café Boreal y Rita eligió la mesa más alejada del ventanal que daba a la calle. El perro no hizo la mínima intención de entrar.

—Lo primero es lo primero... —indicó Rita, después de pedir dos cafés con leche—. Abres la hogaza y comprobamos si tiene un mensaje en la miga.

Pulgar obedeció. Ella había puesto el bolso encima de la mesa y lo retenía con las manos temblorosas. El papel apareció en seguida, tan arrugado y arruinado como siempre.

—Prefiero que lo leas tú.

—No entiendo la letra.

—Hijo, qué tiquismiquis eres.

Rita lo leyó con una sonrisa complacida que alivió el temblor de las manos.

—Todavía no me digas nada.

Pulgar removía el azúcar del café con la cucharilla.

—El cojo se llama Leo... —dijo Rita—. El manco, Pinto y el tuerto, Eno. El hecho de que un cojo me parezca menos engorroso que un tuerto o un manco no proviene de la valoración moral de las limitaciones. Yo no soy quién para juzgar a nadie, y menos en estos tiempos en que los lisiados están al cabo de la calle.

Volvió a leer el papel, la sonrisa regresó a sus labios.

—Sin que todavía me digas quién te vendió la hogaza, dime si tuviste ocasión de verlos a los tres.

Pulgar asintió.

—Ya me conoces, no soy capaz de estar quieta. Desde el día que tuve la impresión de haberme comido un recado, precisamente con el bocadillo de mortadela, empecé a fijarme en ellos sin que se dieran cuenta. Los he visto llegar a la panadería a primera hora de la mañana, y los he visto irse cuando cerraban. Viven con una hermana viuda en una casa de las correderas altas, pero cada cual va a lo suyo, no son de esos que hacen la misma vida en la panadería que en la calle. Ni tienen parecidas amistades ni alternan en los mismos sitios. Tampoco se trata de que Pinto vaya con mancos y Leo con cojos y Eno con tuertos o ciegos, aunque entre los amigos no

faltan caballeros mutilados. Se les ve solitarios y no muy condescendientes, pero cuando hay que armarla no se andan por las ramas.

Guardó el papel en el bolso, sorbió un poco de café.

—Me gusta Leo, qué voy a hacerle... —dijo, convencida—. La pierna mala lo pone más derecho. Esas patas son como mástiles. Tampoco me extrañaría que hubiese sido marinero. Un hombre que arrastra sin prevención una parte importante de su humanidad. Me gusta.

Pulgar evitó la mirada de Rita.

—Pero no te preocupes, tampoco voy a morir de pena si me dices que el que te vendió la hogaza fue Pinto. La mano de Dios no tiene por qué ser la sana. Un brazo de menos y una rama crecida que da muy buena sombra. Todo se compensa.

Rita cerró un ojo.

—Ésta es la cualidad de Eno, por nada del mundo vayas a pensar que lo aborreciese. La mitad de la vida, medio universo. Tengo suficientes agallas para verlas venir, siempre vi claro lo que debía, no necesito gafas. Y hoy por hoy, si hiciese falta, nada me importaba gastar los ahorros en un buen ojo de cristal.

A Rita se le cayó el bolso al suelo, manipulaba en su interior buscando un pañuelo.

—Vamos, chaval, que estoy ansiosa. ¿Quién es de ellos?...

Pulgar acercó la mano al vaso vacío, se encogió de hombros, parecía dudar.

—Dilo de una vez... —le conminó.

—Los tres.

—Dios mío, qué penitencia... —dijo Rita, suspirando, mientras apartaba la silla para levantarse como si un repentino impulso la reclamara—. El Señor bendice la necesidad. Esas carencias de cada cual tendrán la oportuna compensación, pero van listos si piensan que entre todos van a demostrar más fuerza que uno a uno. El amor de la hija de mi madre no es tan abundante. Yo peno pero no consiento, y todavía no nació quien me tome el número cambiado. De todas formas —concluyó, mirando agradecida a Pulgar—, mejor tres panaderos que vestir santos.

Colma

No era posible orientarse entre las chabolas del Poblado de Colma, que crecían como grumos desamparados en una extensión descontrolada.

Las viejas edificaciones de alguna alquería y los corrales derruidos no conformaban un núcleo en el crecimiento de lo que podía parecerse a una invasión en la que las barracas se improvisaban según la necesidad inmediata, y los moradores no renunciaban a la provisionalidad.

Colma se parecía a un andén en el que los viajeros iban acampando a la espera de un convoy que, si se descuidaban, podía irse sin ellos o, en el peor de los casos, arrollarlos al pasar.

Tampoco Larmina resultaba una indicación, y el nombre del Barrio se fue apagando en los labios de Pulgar, que, a lo largo del día, se sintió abrumado, como si el intento de internarse en aquel desorden apenas se viese recompensado por la expectativa de su propio extravío, lo que comenzó a preocuparle.

A pesar de todo lo que le habían dicho, parecía más fácil llegar a Colma y moverse con la tranquilidad de cualquiera de sus vecinos que salir del Poblado. El riesgo no estribaba en alcanzar aquellos límites donde podían mezclarse los refugiados más perseguidos, sino en perderse entre ellos hasta que el rumbo se extinguiese sin que quedara otro horizonte que un andén sin destino.

Pulgar recordó a su hermano en el Paseo del Comendador.

Había regresado algunas mañanas, a la hora en que habitualmente salía de la mano de aquella señora que lo llevaba y lo traía con el paso paciente del niño silencioso, atenta a lo que Nino pudiera requerir, como si lo llevara buscando lo que hubiese perdido, en la confianza de que el niño diría algo en algún momento, recordaría cualquier cosa.

—No habla pero no es mudo... —había dicho Lena—. O le comió la lengua el gato o se llevó un susto. Cualquiera día se despierta como si nada hubiera pasado.

Iba tras ellos y, al fin, tomó la decisión de acercarse y pedirle una limosna a la señora, que se detuvo un instante, sacó una moneda y la puso en su mano, mientras Pulgar observaba a Nino por el rabillo del ojo sin que él alzara la vista.

Pulgar dejó caer la moneda al suelo, se inclinó para recogerla, estaba al lado del reluciente zapato de Nino. No se atrevió a mirarle.

—Ahora lo ata y lo desata... —decía Ninfa, cuando jugaba con los gemelos a la

gallina ciega y palpaba los cordones de los zapatos mientras ellos intercambiaban sus puestos para que los confundiese—. Ata el izquierdo, desata el derecho, cualquiera que sea sin que pueda saberlo...

Era un zapato marrón, tan brillante que Ninfa podría haberse mirado en él como si fuera un espejo.

Tuvo la sensación de que Nino arrastró los ojos desde la lejanía que contrastaba con la inmediata distancia en que, con muy poco esfuerzo, hubiera podido tocarle.

Los ojos de Nino tenían un fulgor ajeno, parecían robados por la niebla que se diluía en el Paseo como un humo leve: no sujetaban ninguna curiosidad ni removían la sorpresa que con tanta frecuencia unificaba el interés de los gemelos, a los que Pulgar incitaba improvisando un ingenuo juego de manos.

Ya no se atrevió a repetir el acercamiento. En otras ocasiones caminó tras ellos, aguardando a que Nino volviera la cabeza, lo que no hizo nunca.

Recordó el portal de la casa, el Paseo del Comendador en la oscuridad que sumía el sueño de Nino.

Se imaginó la cama, las sábanas limpias, la almohada, el olor de los hermanos que se resistió en el esfuerzo de percibirlo, como si el recuerdo de Nino en la cama tan blanca y con los zapatos brillantes depositados en la alfombra hiciera más difícil un efluvio de lana y azúcar.

—A eso huelen mis niños... —decía la madre, cuando los bañaba en la pila de la cocina—. Y a leche hervida.

La piedra

Fue ese olor de lana y azúcar el que acabó adquiriendo la insistencia de un aviso, entre los agrios olores de Colma, donde el humo de las hogueras tenía la misma humedad cenicienta de la niebla, y la mañana que sucedió a la noche en que Pulgar durmió en la ruina de una cabaña, vencido por la desorientación y el frío, tuvo el alivio de una luz lechosa en el cristal empañado.

Nadie sabía nada de ninguna familia que hubiese llegado de Larmina, nadie parecía querer saber nada de nadie entre los grumos de Colma. Lo que se detectaba en la mañana era un movimiento de alerta que acaso la noche había apaciguado. Ese movimiento establecía alguna estrategia de huida y una confusión entre los que llegaban y los que se disponían a marchar, todos emboscados en igual decisión.

El olor se filtró en la debilidad de Pulgar.

Era media mañana. Las brasas de las hogueras rezumaban la acritud y, al arrimo de alguna de ellas, intentó Pulgar restablecer el ánimo y paliar la tiritera, cuando todavía los residuos del sueño reclamaban la sensación del desvanecimiento.

No estaba muy seguro Pulgar de haberse dormido entre las ruinas de la cabaña, podía haber perdido el conocimiento, y en el desmayo, en el viaje de una inconsciencia que borraba todo vestigio hasta un límite de inexistencia, el olvido era la sobrecarga de su extravío, en el regreso de aquel despertar que le hizo sentirse más debilitado que nunca.

Por eso el olor de lana y azúcar fue como un aviso que se filtró en la debilidad y alertó el ánimo.

Poco a poco fue percibiendo que en la decisión de sus pasos se restablecía lo más beneficioso del recuerdo y que tomaba la dirección acertada para que, no mucho después, aquel niño que estaba sentado en el suelo al lado de una chabola y con una piedra en la mano le mirase sin reconocerle.

Eso es lo que jamás conviene que olvides, decía la Madrina cuando acababa de contar alguno de los cuentos que hacían bueno el ejemplo de que por el hilo se llega al ovillo, y que siempre tenían una especial predilección para quien tan orgullosa estaba de sus labores de costurera y bordadora. El mundo está lleno de pistas, no todo se descubre con la sorpresa del hallazgo, hay que estar muy atento a lo que se busca y, a

ser posible, tener el hilo en las manos...

Era un niño sucio al que la poca ropa le cubría andrajosa, pero Pulgar no tuvo la mínima duda.

—Vero, soy Pulgar.

El niño no hizo ningún gesto, ni de reconocimiento ni de interés, continuó sin moverse, con la piedra en la mano, como si el peso de la misma fuese la medida de su lejanía.

—No habla... —dijo una chica que se asomó a la puerta de la chabola.

—Es mi hermano, se llama Vero. Lo estaba buscando.

—Pues ya lo encontraste.

—¿No sabes quién lo trajo?...

—Lo que sabemos es que pasó de mano en mano. Hará dos semanas que lo recogimos, pero tampoco podemos quedarnos con él. Ahora estoy yo sola, pero si quieres hablar con mis padres puedes esperar.

—Quiero llevarlo... —decidió Pulgar.

La chica miró a los hermanos con la vaga idea de que si de veras lo fueran tendrían algún parecido que debiera apreciar, tal vez más por curiosidad que por interés.

—No sé si se te parece... —dijo, encogiéndose de hombros.

—Soy el mayor. Vero y Nino son gemelos. También tengo una hermana que se llama Ninfa.

—Hay un caño donde la última chabola, allí puedes lavarlo. ¿Era mudo?...

—No.

—Pues no dice ni pío.

Dos hermanos

El perro estaba en la senda del desmonte por donde Pulgar había llegado al Poblado de Colma después de dejar la carretera. No había querido que le siguiese al Poblado y, además, en el intento de desobedecerle un grupo de chavales que corrían por los alrededores le habían tirado piedras.

—Es un bicho cobarde, no lo dudes.

Tampoco Vero mostró interés por el perro, que se acercó a ellos con las reservas habituales.

Llevaba a Vero de la mano.

El niño no había querido darle la piedra pero luego la había dejado caer. Pulgar hizo todo lo posible para que le reconociera pero Vero no parecía atender a sus palabras, tampoco a las caricias ni a las cosquillas que los gemelos compartían con Ninfa cuando los perseguía y ellos la retaban escandalosos y envalentonados.

La mano parecía más diminuta.

Pulgar la sujetaba sin apretarla. El perro los había adelantado y movía el rabo como si con aquella decisión pretendiera cobrar el aprecio que no lograba o la importancia de quien conoce mejor que nadie la dirección a seguir.

La mano reconfortaba a Pulgar.

No se le ocurría pensar en nada que justificase aquella satisfacción de sentirla en la suya, pero resultaba suficiente lo que suponía que Vero estuviese allí, caminando a su lado, y que a través de ella el silencio del hermano no tuviera la distancia insalvable del peso de la piedra que poco antes había dejado caer.

Llegaron a Borenes. Pulgar logró algunas limosnas y Vero bebió con la misma inconsistencia de un pájaro que no tiene sed un vaso de leche caliente que, en buena parte, se derramó por su barbilla.

—Eran dos hermanos, Verines y Nines... —dijo entonces Pulgar, que le ayudaba con el vaso, sentado a su lado, a la mesa del primer Bar que habían encontrado, con la voz de quien cuenta algo que contó muchas veces—. Dos hermanos que se parecían tanto que todo el mundo creía que eran el mismo. Y no los distinguían ni su padre ni su hermana Ninfa. Los únicos que los distinguían eran su madre y su hermano mayor.

La leche se había caído sobre el mármol de la mesa, que el dueño del Bar limpió con una bayeta y Pulgar aprovechó también para limpiarle la cara a Vero.

—La madre de Verines y Nines cerraba los ojos y les decía a los niños que

estuvieran callados y se movieran a su alrededor para que sin decir nada cuando cualquiera le diera un beso pudiese adivinar quién se lo daba. No sólo los conocía cuando los miraba, también cuando no podía verlos, con los ojos cerrados, aunque ellos disimulasen los besos para confundirla.

El perro también había entrado en el Bar y se metía presuroso debajo de la mesa.

—A tanto no llegaba el hermano mayor. Sabía de sobra quién era cada uno, no le pasaba como al padre y a Ninfa, nunca se equivocaba con ellos. Pero cuando querían que jugase a lo que jugaban con la madre, a reconocerlos con los ojos cerrados, no era capaz. Hasta que un día, cuando el hermano mayor salió con ellos a dar un paseo, y los llevaba a cada uno de la mano, Nines y Verines le dijeron que parara un momento y cerrase los ojos. Entonces le dieron un beso en la mano y, desde aquel momento, ya fue tan capaz de distinguirlos como cuando jugaban con la madre.

Pulgar acercó su mano a la que Vero mantenía sobre el mármol de la mesa, donde la leche se había derramado.

—El cuento que más le gustaba a Ninfa de todos los que contaba la Madrina era aquel en el que el Rey, viejo y ciego, reconocía al hijo que venía disfrazado como un vasallo después de muchos años. Besaba la mano al Rey.

Los dedos de Vero rozaron los de Pulgar.

—Ahora voy a llevarte con Nino... —le dijo, acariciándole la cabeza—. Es aquí, muy cerca, en una casa muy buena. Vais a estar otra vez juntos, y estoy seguro de que en esa casa estarán encantados de teneros a los dos...

El cumplimiento

Nadie iba a dudar de que era el hermano.

Los gemelos se parecían como dos gotas de agua y cuando estaban juntos, quietos y silenciosos, repetían el mismo gesto de ausencia, lo que hacía pensar que imaginaban la misma cosa, de igual manera que cuando dormían, uno al lado del otro en la misma cama, con las bocas entreabiertas, participaban del mismo sueño.

—Si me dices que también soñaste con soldados no me lo voy a creer... —reprochaba Ninfa a cualquiera de ellos, después de haberlos requerido al despertar—. Yo soñé con bichos.

Pulgar pensó que lo mejor de todo era acompañar a Vero hasta el rellano del segundo izquierda en el número siete del Paseo del Comendador, tocar el timbre y que el niño quedara a la puerta sin otra señal que su aparición.

Había considerado la posibilidad de buscar a Lena y pedirle que entregara a Vero como había hecho con Nino pero temió que ella pudiera negarse o que no le pareciera oportuno. Lo más directo era hacerlo de aquel modo, a fin de cuentas, una vez que él se hubiese ido, la propia Lena podría aportar alguna información.

—Nino te espera... —volvió a repetir Pulgar cuando caminaban por el Paseo, con el perro tras ellos.

En el mediodía persistía la niebla lechosa. El vacío de Borenes provenía de la disolución con que esa niebla se apoderaba de las calles, como si se fuera derramando.

Lo hizo tal como lo pensó.

Vero quedó ante la puerta del segundo izquierda y él se fue escaleras abajo con la celeridad y el cuidado de quien se apresura a desaparecer sin que sea posible descubrirle. El perro corrió tras él con el mismo sigilo. Todavía entre la niebla de las calles que bordeaban la Ciudadela siguió corriendo hasta que le fue imposible respirar.

Se sentó en un banco de piedra y, cuando logró recobrase, se dio cuenta de que la niebla contenía una humedad más fría en su espesor y comenzó a temblar.

De ese temblor se alimentó la emoción más pura y más amarga con que Pulgar dio por cumplida la encomienda de su padre moribundo en el Hospital de Misericordia y la conciencia de la absoluta orfandad en que quedaba, ahora que todo estaba resuelto y en el cumplimiento se decidía su soledad.

Volvería algunos días después para espiar a los gemelos, que habrían recuperado la limpieza y el brillo de las gotas de agua, muy bien vestidos y repeinados, probablemente oliendo a la colonia que tanto le gustaba a Ninfa, ambos cogidos de la mano por la misma señora satisfecha y, a veces, revoloteando alrededor de ella con la risa suelta y juguetona. Y se acercaría en alguna ocasión al Convento de las Asuntas donde algunas tardes las niñas acogidas salían de paseo en las compactas y bullentes filas, con Ninfa siempre en el medio y más parlanchina y animosa que ninguna de ellas.

El frío inyectó la soledad. El temblor modeló un recuerdo que perseguiría a Pulgar durante mucho tiempo, algunas veces en el propio abismo del sueño, cuando se estremecía con lo que no derivaba de la inquietud sino de ese acoso de la niebla helada que le horadaba el cuerpo.

La soledad de los niños, había dicho una vez la Madrina, se emparenta con el temor del abandono. No son los niños perdidos quienes más la padecen, son los niños abandonados.

El perro se había metido debajo del banco, como si también quisiera resguardarse de la niebla y el frío.

—Vamos... —dijo al cabo de un rato Pulgar, y el perro asomó la cabeza sin mucha convicción.

—Es un bicho tan desconfiado como caprichoso.

Pulgar caminó sin volverse.

El perro iba tras él.

Reino cerrado

Pulgar ya no se llamaba Pulgar cuando muchos años después regresó a Larmina, aprovechando alguno de sus viajes profesionales.

Era un hombre que se había hecho a sí mismo ganando la distancia y la experiencia en el razonable acomodo de la vida, y había logrado las gratificaciones del equilibrio que sustentaba su madurez, sin que la ambición hubiese dañado su destino.

Los años hicieron de Larmina un Barrio reconstruido, del mismo modo que hicieron de Borenes una ciudad que recuperó, hasta donde pudo, la nobleza de su antigüedad derrocando la decrepitud y suciedad de su vejez.

El lejano atardecer en que Pulgar había vuelto al Barrio, tras dejar colocados a sus hermanos, para comprobar que la casa donde estaba el piso de la familia se contaba entre las más dañadas por los derrumbamientos, coincidía con este otro atardecer que el tiempo surcaba sin que las calles de Larmina pudieran orientar la simetría de una misma búsqueda en la distancia de tantos años.

El hombre en que se había convertido Pulgar también necesitó orientarse en el regreso, hacer un esfuerzo suplementario para delimitar el camino que reconduciría sus pasos por la ciudad recuperada...

El niño que se despistó entre los solares, las casas derruidas y los escombros podía vislumbrar al hombre que volvía para también despistarse en el orden y la limpieza del Barrio reconstruido.

Lo que ese hombre vio, en la arquitectura de aquel inmueble que apenas conservaba el hierro de los balcones y el dintel numerado del portal, fue la línea de los visillos blancos en los cristales del cuarto piso, y pudo contar los balcones hasta quedarse con los tres que corresponderían a lo que buscaba.

El niño acertó con la calle. La prohibición de la zona acordonada no evitó que llegara a distinguir el paredón que todavía se alzaba como el resto desguzado del inmueble,

y afinando la mirada, cuando todavía el atardecer no amontonó las sombras que irían borrando Larmina, pudo adivinar el hueco de la pared de lo que habría sido la cocina de la casa o la habitación de los gemelos.

El hombre encendió un cigarrillo.

No te distraigas más de lo debido, no te dejes perder por las ilusiones que confunden la verdad de las cosas, musitó mientras expulsaba el humo y reconocía en sus labios la voz de la Madrina.

El niño le miró, estaba a su lado, con el perro jugueteando con los cordones de las botas.

—¿Eres Pulgar?...

—Sí.

—Ya ves lo que quedó de nuestra casa.

—Harán otra.

—Pero ya no será la nuestra.

—Bueno.

—¿Y qué vamos a hacer?...

—Me voy a ir.

—¿Dónde?...

—Lejos de Borenes. Ordial, Armenta o más allá todavía, a Madrid o a Barcelona...

—No es mala idea, pero no llevarás al perro...

—Es un bicho que sabe defenderse por sí mismo.

El hombre quiso darle la mano a Pulgar pero el tiempo determinaba una distancia insalvable y el recuerdo tampoco recomponía con exactitud lo que el niño representaba.

Había hecho un gran esfuerzo para olvidar al niño o, al menos, para que el niño no le ganase la partida de una memoria a la que no le interesaba resignarse. A fin de cuentas la Madrina ya le había advertido de que la infancia es un reino cerrado.

Sin embargo, en aquel atardecer, cuando tanto tiempo después había regresado a Borenes y había decidido acercarse a Larmina, no era posible prescindir del niño, ni siquiera recabar lo que los temblores seguían significando en algunos de sus sueños o la sombra de la niebla en el amanecer de un día en que la familia se había ido y le habían dejado solo.

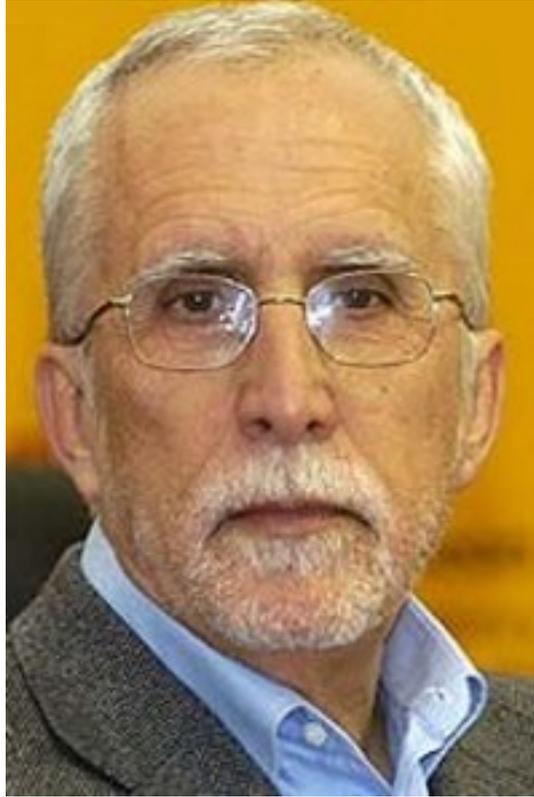
El hombre se había casado hacía mucho tiempo y tenía tres hijos. Vivía en una de aquellas ciudades que mencionaba Pulgar, la que Pulgar había elegido. También hacía muchísimo tiempo que nadie le llamaba así.

Se miraron.

Pulgar no era el espejo diminuto de lo que el hombre mantuviera en el recuerdo.

Pulgar ya no existía y, sin embargo, tampoco el tiempo era suficiente para que las fronteras del reino al que se refería la Madrina permaneciesen fortificadas, sin que fuera posible rescatar algo tras ellas.

—Vienes conmigo... —dijo entonces el hombre, como si las palabras refrendaran una orden o una súplica, pero el niño se había dado la vuelta y se alejaba por los escombros con las manos en los bolsillos.



LUIS MATEO DÍEZ (Villablino, León, 1942). Es licenciado en Derecho y ha desarrollado su vida profesional durante más de treinta años en el Ayuntamiento de Madrid. La publicación en 1973 de *Memorial de Hierbas* marca el inicio de una fecunda producción narrativa de la que cabe citar novelas como *La fuente de la edad* (1986), premio de la Crítica y Nacional de Narrativa, *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *Fantasmas de invierno* (2004) y *La piedra en el corazón* (2006). Con *La ruina del cielo* fue distinguido de nuevo en el año 2000 con el premio de la Crítica y el Nacional de Narrativa.

En el libro *El reino de Celama* (2003) reúne sus tres novelas ambientadas en ese territorio imaginario, y en *El árbol de los cuentos* (2006) recoge todos los textos publicados hasta el momento de un género que ha cultivado con asiduidad.

Desde hace unos años mantiene una dedicación especial a la novela corta, con títulos que se cuentan entre los más inolvidables: *El diablo meridiano*, *El eco de las bodas*, *El fulgor de la pobreza* y *Los frutos de la niebla*. En el año 2000 fue elegido miembro de la Real Academia Española y le fue concedido el premio Castilla y León de las Letras.